

M^{Amin}aalouf

El naufragio de las civilizaciones

Alianza
editorial



Amin Maalouf

El naufragio de las civilizaciones

Alianza editorial

Amin Maalouf

El naufragio de las civilizaciones

Traducido del francés por
María Teresa Gallego Urrutia

Alianza editorial

Índice

Prólogo

Un paraíso en llamas

De los pueblos que zozobran

El año del gran vuelco

Un mundo en descomposición

Epílogo

Créditos

*A mi madre, a mi padre
y a los frágiles sueños
que me transmitieron*

Prólogo

Los hombres conocen lo sucedido.
Lo futuro lo conocen los dioses,
de todas las luces dueños únicos y absolutos.
De las cosas futuras, las que se avecinan
perciben los sabios. Sus oídos,
a veces, en momentos de meditar profundo,
se sobresaltan. El rumor misterioso
les llega de los hechos que se acercan.
Y lo escuchan reverentes...¹

Constantin CAVAFIS (1863-1933)

Poemas

NACÍ MUY SANO EN brazos de una civilización moribunda y durante toda mi existencia he tenido la sensación de estar sobreviviendo, sin mérito ni culpabilidad, siendo así que tantas cosas a mi alrededor se convertían en ruinas; igual que esos personajes de película que cruzan por calles en que se desploman todas las paredes y salen, no obstante, indemnes sacudiéndose el polvo de la ropa mientras, tras ellos, la ciudad entera no es ya sino un cúmulo de escombros.

Tal ha sido mi triste privilegio desde el primer aliento. Pero no deja de ser también, sin lugar a dudas, algo característico de nuestra época si la comparamos con las anteriores. Antaño, a los hombres les parecía que eran efímeros en un mundo inmutable; vivían en las tierras en que habían vivido sus padres, trabajaban como éstos habían trabajado; se curaban como éstos se habían curado; se instruían como éstos se habían instruido; rezaban de la misma forma; se desplazaban por los mismos medios. Mis cuatro abuelos y todos sus antepasados, remontándonos a doce generaciones, nacieron bajo la misma dinastía otomana. ¿Cómo no iban a creer que era eterna?

«Que puedan recordar las rosas, nunca se ha visto morir a un jardinero», suspiraban los filósofos franceses del Siglo de las Luces pensando en el orden social y en la monarquía de su propio país. Hoy día estas rosas pensantes que somos nosotros viven cada vez más tiempo, y los jardineros se mueren. En lo que dura una vida nos da tiempo a ver cómo desaparecen países, imperios, pueblos, lenguas, civilizaciones.

La humanidad se metamorfosea ante nuestros ojos. Nunca fue su aventura tan prometedora ni tan azarosa. Al historiador el espectáculo del mundo le resulta fascinante. Siempre y cuando

pueda aceptar el quebranto de los suyos y de sus propias inquietudes.

NACÍ EN EL UNIVERSO LEVANTINO. Pero tanto ha caído éste en el olvido en nuestros días que la mayoría de mis contemporáneos no deben ya de saber a qué me estoy refiriendo.

Cierto es que nunca hubo una nación que llevase ese nombre. Cuando algunos libros hablan de Levante, su historia es inconcreta y su geografía, movediza: sólo un archipiélago de ciudades mercantiles, a menudo costeras, aunque no siempre, que va de Alejandría a Beirut, Trípoli, Alepo o Esmirna y de Bagdad a Mosul, Constantinopla o Salónica y llega hasta Odesa o Sarajevo.

Tal y como yo lo empleo, este vocablo obsoleto designa el conjunto de los lugares donde las antiguas culturas del Oriente mediterráneo se codearon con las más jóvenes, de Occidente. De esa intimidad suya estuvo a punto de nacer, para todos los hombres, un porvenir diferente.

Volveré a hablar más despacio de esta cita fallida, pero tengo ya que decir unas palabras de ella para concretar mi pensamiento: si los ciudadanos de esas diversas naciones y los fieles de las religiones monoteístas hubiesen seguido viviendo juntos en esa región del mundo y conseguido cohesionar sus destinos, la humanidad entera habría tenido por delante, para servirle de inspiración e indicarle el camino, un modelo elocuente de coexistencia armoniosa y de prosperidad. Por desgracia, fue lo contrario lo que ocurrió, fue el aborrecimiento lo que prevaleció, fue la incapacidad de vivir juntos lo que se convirtió en norma.

Las luces de Levante se apagaron. Luego, las tinieblas se extendieron por el planeta. Y, desde mi punto de vista, no se trata de una simple coincidencia.

EL IDEAL LEVANTINO, TAL Y como lo vivieron los míos y tal y como siempre he querido vivirlo yo, nos exige a todos y cada uno que asumamos el conjunto de sus filiaciones y también, un poco, las de

los demás. Como sucede con todos los ideales, aspiramos a ello sin conseguirlo nunca del todo, pero la aspiración es en sí salutífera, indica el camino que hay que seguir, el camino de la razón, el camino del porvenir. Llegaré incluso a decir que es esa aspiración la que marca, en una sociedad humana, el paso de la barbarie a la civilización.

Durante toda mi infancia, me fijé en la alegría y el orgullo de mis padres cuando mencionaban a amigos muy allegados que profesaban otras religiones o pertenecían a otros países. Era nada más una entonación de la voz, casi imperceptible. Pero transmitía un mensaje, un manual de instrucciones, diría ahora.

En aquellos tiempos, me parecía algo normal; estaba convencido de que eso era lo que sucedía en todas las latitudes. Hasta mucho más adelante no caí en la cuenta de hasta qué punto esa cercanía que imperaba entre las diversas comunidades en el universo de mi infancia era excepcional. Y cuán frágil era. Muy pronto en la vida vi cómo se empañaba, se degradaba y, luego, se desvanecía, no dejando tras de sí más que nostalgias y sombras.

¿HE ESTADO EN LO CIERTO al decir que las tinieblas se extendieron por el mundo cuando se apagaron las luces de Levante? ¿No es acaso incongruente hablar de tinieblas cuando gozamos, mis contemporáneos y yo, del progreso tecnológico más espectacular de todos los tiempos; cuando tenemos al alcance de la mano como nunca lo tuvimos antes todo el saber de los hombres; cuando nuestros semejantes viven cada vez más y con mejor salud que en el pasado; cuando tantos países de eso que fue «el tercer mundo», empezando por China y por la India, salen por fin del subdesarrollo?

Pero es que ése es, precisamente, el desconsolador panorama de este siglo: por primera vez en la Historia contamos con los medios para librar a la especie humana de todas las catástrofes que la acosan y llevarla serenamente hacia una era de libertad, de progreso sin tacha, de solidaridad planetaria y de opulencia compartida; y

henos aquí, no obstante, corriendo a toda velocidad en dirección contraria.

* * *

NO SOY DE ESOS QUE creen que «cualquier tiempo pasado fue mejor». Los descubrimientos científicos me fascinan, la liberación de las mentes y de los cuerpos me encanta, y considero un privilegio vivir en una época tan inventiva y sin trabas como la nuestra. Sin embargo, llevo observando desde hace unos años derivas cada vez más preocupantes que amenazan con destruir todo aquello que nuestra especie ha edificado hasta ahora, todo aquello de lo que nos sentimos legítimamente orgullosos, todo aquello que solemos llamar «civilización».

¿Cómo hemos llegado a esto? Tal es la pregunta que me hago cada vez que me veo enfrentado a las siniestras convulsiones de este siglo. ¿Qué es lo que ha ido mal? ¿Cuáles son las direcciones por las que no habría habido que desviarse? ¿Habríamos podido evitarlas? Y hoy ¿es aún posible enderezar el rumbo?

Si recurro al vocabulario de la mar es porque la imagen que me obsesiona desde hace unos años es la de un naufragio: un transatlántico moderno, reluciente, seguro de sí mismo y considerado insumergible, como el *Titanic*, que lleva a bordo una muchedumbre de pasajeros de todos los países y de todas las clases y avanza con pompa hacia su pérdida.

¿Necesito añadir que no es como simple espectador como observo su trayectoria? Voy a bordo con todos mis contemporáneos. Con los que más quiero y con los que quiero menos. Con todo lo que he edificado o creo haber edificado. No cabe duda de que me esforzaré en todo este libro por conservar el tono más ponderado que me sea posible. Pero con terror es como veo que se acercan las montañas de hielo que van tomando forma ante nosotros. Y con fervor es como imploro al Cielo, a mi manera, para que consigamos esquivarlas.

El naufragio no es, por descontado, sino una metáfora. Forzosamente subjetiva, forzosamente aproximativa. Podrían hallarse otras muchas imágenes capaces de describir los sobresaltos de este siglo. Pero ésta es la que me obsesiona. No pasa ni un día, en esta última temporada, en que no se me venga a la cabeza.

Con frecuencia, con demasiada frecuencia por desgracia, es mi comarca natal la que me lo recuerda. Todos esos lugares cuyos nombres antiguos me gusta pronunciar: Asuria, Nínive, Babilonia, Mesopotamia, Emesa, Palmira, Tripolitania, Cirenaica, o el reino de Saba, llamado antaño la «Arabia feliz»... Sus poblaciones, herederas de las más antiguas civilizaciones, huyen en balsas, como tras un naufragio precisamente.

A veces de lo que se habla es del calentamiento global. Los glaciares gigantescos, que se van deshelando sin parar; el océano Ártico, por el que se puede navegar en los meses de verano por primera vez desde hace miles de años; los bloques enormes que se desprenden del Antártico; las naciones insulares del Pacífico que tienen miedo de verse, a no mucho tardar, sumergidas... ¿Van a padecer realmente, en las décadas venideras, naufragios apocalípticos?

En otras ocasiones se trata de una imagen menos concreta, menos dolorosa desde el punto de vista humano, más simbólica. Cuando nos fijamos en Washington, capital de la primera potencia mundial, que se supone que debería dar ejemplo de democracia adulta y ejercer sobre el resto del planeta una autoridad casi paternal, ¿no es en un naufragio en lo que pensamos? No hay ninguna embarcación improvisada flotando en el Potomac; pero, en cierto modo, es la cabina del piloto del transatlántico humano la que está inundada, y es la humanidad entera lo que naufraga.

En otras ocasiones, se trata de Europa. Su sueño de unión es, desde mi punto de vista, uno de los más prometedores de nuestra época. ¿Qué ha sido de él? ¿Cómo es posible que lo hayamos dejado deteriorarse así? Cuando Gran Bretaña decidió abandonar la Unión Europea, a los responsables del continente les faltó tiempo para

minimizar ese acontecimiento y prometer audaces iniciativas de los restantes miembros para dar un nuevo impulso al proyecto. Tengo la ferviente esperanza de que lo consigan. Entretanto, no puedo por menos de susurrar de nuevo: «¡Qué naufragio!».

Larga es la lista de todo cuanto ayer, sin ir más lejos, conseguía hacer soñar a los hombres, elevarles la mente, movilizarles las energías, y hoy se ha quedado sin atractivo. Esa «desmonetización» de los ideales, que se sigue extendiendo sin pausa y afecta a todos los sistemas y a todas las doctrinas, no me parece abusivo asimilarla a un naufragio espiritual generalizado. Mientras la utopía comunista se hunde en el abismo, al triunfo del capitalismo lo acompaña una explosión obscena de las desigualdades. Hecho que quizá halla una razón de ser en la economía; pero en el ámbito humano, en el ámbito ético y desde luego también en el ámbito político, supone innegablemente un naufragio.

¿Son expresivos estos pocos ejemplos? No suficientemente, en mi opinión. Explican, sin duda, el título que he escogido, pero no permiten aún captar lo esencial. A saber, que está en marcha un engranaje cuyo motor no ha puesto nadie voluntariamente en marcha, pero hacia el que nos estamos viendo todos arrastrados a la fuerza y amenaza con reducir a la nada nuestras civilizaciones.

AL RECORDAR LAS TURBULENCIAS QUE llevaron al mundo hasta el umbral de este desastre, seguramente no me quedará más remedio que decir a menudo «yo» y «nosotros». Habría preferido no tener que hablar en primera persona, sobre todo en las páginas de un libro que se preocupa por la aventura humana. Pero ¿qué otra cosa podría haber hecho si he sido, desde que empezó mi vida, un testigo cercano de los trastornos de los que me dispongo a hablar; si «mi» universo levantino fue el primero en naufragar; si «mi» nación árabe ha sido esa cuyo trágico quebranto ha arrastrado al planeta entero hacia el engranaje destructor?

1 Versión castellana de Vicente Fernández González.

I

Un paraíso en llamas

*After the torchlight red on sweaty faces
After the frosty silence in the gardens
After the agony in stony places [...]
He who was living is now dead
We who were living are now dying
With a little patience*

Después de la luz roja de las antorchas en rostros
sudorosos
Después del silencio glacial en los jardines
Después de la agonía en lugares pedregosos [...]
Aquel que estaba vivo ya está muerto
Nosotros que estábamos vivos ya estamos muriendo
con un poco de paciencia²

T. S. ELIOT (1888-1965)
The Waste Land - La tierra yerma

1

NO CONOCÍ EL LEVANTE de la época magna, llegué demasiado tarde, ya sólo quedaba del teatro un decorado hecho jirones, sólo quedaban del festín las migajas. Pero he tenido continuamente la esperanza de que la fiesta pudiera comenzar de nuevo algún día, no quería creer que el destino me había hecho nacer en una casa abocada ya al derribo.

Casas, los míos habían edificado ya unas cuantas entre Anatolia, el Monte Líbano, las ciudades costeras y el valle del Nilo, e iban a abandonarlas todas, una tras otra. Me queda la nostalgia de ellas, forzosamente, y también una pizca de resignación estoica ante la vanidad de las cosas. ¡No encariñarse con nada que podamos echar de menos el día en que tengamos que partir!

Vana empresa. Nos encariñamos, inevitablemente. Luego, inevitablemente, nos vamos. Sin cerrar siquiera la puerta al salir, puesto que ya no quedan puertas ni paredes.

NACÍ EN BEIRUT, EL 25 de febrero de 1949. La noticia la dieron al día siguiente mismo, como se hacía en algunas ocasiones, en un suelto del periódico en que trabajaba mi padre. «El niño y la madre gozan de buena salud.»

El país y su zona tenían, en cambio, una salud pésima. Pocas personas caían en la cuenta por entonces, pero la bajada a los infiernos había empezado. Y ya no iba a detenerse.

Egipto, patria adoptiva de mi familia materna, estaba en ebullición. El 12 de febrero, dos semanas antes de nacer yo, habían

asesinado a Hassan al-Banna, fundador de los Hermanos Musulmanes. Había ido ese día a ver a uno de sus aliados políticos; en el momento de salir del edificio, se le acercó un coche y un tirador le apuntó. Aunque una bala le acertó bajo la axila, no cayó, y la herida no parecía excesivamente grave. Pudo incluso correr tras el vehículo y apuntar personalmente el número de matrícula. Y así fue como se supo que el coche del asesino pertenecía a un general de la policía.

Al-Banna se fue luego al hospital para que lo curasen. Sus partidarios pensaban que saldría ese mismo día con un simple vendaje. Se disponían a acompañarlo en un cortejo triunfal. Pero se desangró: una hemorragia interna. Pocas horas después había muerto. Sólo tenía cuarenta y dos años.

Su asesinato era la respuesta al del jefe de gobierno egipcio Nokrachi Pachá, a quien había matado un Hermano Musulmán mes y medio antes, el 28 de diciembre. El asesino, un estudiante de medicina, se había disfrazado de oficial de la policía para poder entrar en un edificio oficial, acercarse al estadista y dispararle a bocajarro en el momento en que se disponía a entrar en el ascensor. Un asesinato perpetrado a su vez como reacción a la decisión adoptada por el gobierno, el 8 de diciembre, de disolver la Hermandad.

El pulso entre la organización islámica y las autoridades de El Cairo existía desde hacía veinte años. En vísperas de mi nacimiento se había enconado aún más. Iba a pasar, durante décadas, por muchos episodios cruentos y también por prolongadas treguas tras las que siempre llegaban recaídas. Cuando escribo estas líneas, aún continúa.

Ese enfrentamiento empezó en Egipto el siglo pasado, en la década de 1920, y acabó por tener repercusiones en el mundo entero, desde el Sahara hasta el Cáucaso y desde las montañas de Afganistán hasta las torres gemelas neoyorquinas, que atacó y destruyó el 11 de septiembre de 2001 un comando suicida al mando de un militante islamista egipcio.

PERO EN 1949 LOS ATAQUES cruzados entre las autoridades y los Hermanos, por muy violentos que fueran, no afectaban aún a la vida cotidiana. Por ello, mi madre no vaciló en llevarnos a El Cairo a mi hermana mayor y a mí cuatro semanas después de nacer yo. Le resultaba mucho más cómodo ocuparse de nosotros con ayuda de sus padres y del personal que tenían a su servicio. En el Líbano, mi padre, que vivía de su sueldo de redactor, no podía proporcionarle comodidades como éstas. Cuando tenía tiempo, era él quien la acompañaba a casa de su familia. Y lo hacía sin desagrado. Sentía veneración por el pasado de Egipto y admiraba su efervescencia cultural, a sus poetas, a sus pintores, a sus músicos, su teatro, su cine, sus periódicos, sus editoriales... Era, por lo demás, en El Cairo donde había publicado, en 1940, su primer libro, una antología de los escritores levantinos en lengua inglesa. Y había sido también en El Cairo, en la iglesia griega católica, donde se habían casado mis padres en diciembre de 1945.

En aquella época, el país del Nilo era en verdad para los míos una segunda patria, y mi madre me llevó tres años seguidos, para pasar allí largas temporadas: de recién nacido, como ya he dicho, y luego al año siguiente y al otro. En la estación templada, por supuesto, pues en verano el aire tenía fama de ser «irrespirable».

Luego, de repente, se interrumpió el ritual. En los últimos días de 1951, mi abuelo, que se llamaba Amin, murió de repente de un ataque al corazón. Y seguramente fue para él una bendición dejar este mundo antes de ver cómo se desbarataba la obra de su vida. Pues, menos de un mes después, *su* Egipto, al que tanto quería, era ya presa de las llamas.

* * *

HABÍA LLEGADO ALLÍ A LOS dieciséis años, siguiendo las huellas de su hermano mayor, y no había tardado en encontrar acomodo merced a un talento singular: el de domar caballos. Cuando un animal se mostraba recalcitrante, el adolescente se le subía de un salto al lomo

y se aferraba a él arqueando brazos y piernas. Por mucho que aquel corriera, se encabritase, se sacudiera, el jinete seguía agarrado. Y era siempre la montura quien se cansaba antes que él. Se tranquilizaba, agachaba la cabeza y luego se iba hacia la aguada para calmar la sed. Mi futuro abuelo le daba unas palmaditas en el lomo, le acariciaba el cuello, le pasaba los dedos entre las crines. Lo había domado.

No se dedicó mucho tiempo a ese oficio juvenil. En cuanto tuvo unos años más y unos kilos de más emprendió otra carrera muy diferente para cuyo ejercicio no contaba con ningún título ni con ninguna formación en especial, pero que Egipto, en plena expansión, necesitaba mucho: la construcción de carreteras, canales y puertos. Fundó con sus hermanos una empresa de obras públicas en una ciudad del delta del Nilo llamada Tanta. Ahí fue donde conoció a su mujer, Virginie, maronita como él, pero que había nacido en Asia Menor, en Adana; su familia había emigrado a Egipto huyendo de las sangrientas algaradas de 1909, cuyo primer blanco habían sido los armenios, antes de extenderse a las demás comunidades cristianas.

Mis futuros abuelos se casaron en Tanta nada más acabar la Primera Guerra Mundial. Tuvieron seis hijos. Primero un hijo, que murió de corta edad; luego, en 1921, una hija, mi madre. La llamaron Odette. Mi padre siempre la llamó Aude.

CUANDO EL NEGOCIO FAMILIAR EMPEZÓ a prosperar, mi abuelo fue a instalarse en Heliópolis, la ciudad nueva fundada cerca de El Cairo por iniciativa de un industrial belga, el barón Empain. Simultáneamente, se hizo construir, en un pueblo de la montaña libanesa, para pasar los meses de verano, una casa de piedra blanca, sólida, elegante, bien situada, confortable, aunque sin ser por ello lujosa.

De entre quienes se habían ido a trabajar a Egipto al mismo tiempo que él, algunos vivían ahora en auténticos palacios; tenían bancos, fábricas, plantaciones de algodón, compañías internacionales e incluso habían conseguido que les concediesen

títulos nobiliarios: bajá, conde o príncipe. No era ése el caso de mi abuelo. Se ganaba bien la vida, pero no había amasado una fortuna cuantiosa. Incluso en el pueblo, que no contaba con más de veinte casas, la suya no era la más suntuosa. Su trabajo encarnizado le había permitido prosperar y superar su condición de origen, sin situarlo, por ello, en la cumbre de la escala social. A decir verdad, su recorrido era semejante al de muchos de sus compatriotas quienes, entre el último tercio del siglo XIX y mediados del XX, escogieron afincarse en el valle del Nilo antes que emigrar hacia tierras más lejanas.

AL HABER NACIDO YO A finales de ese período, supe de él primero por lo que contaban mis padres y sus conocidos. Más adelante, leí unas cuantas cosas: relatos, estudios estadísticos y también novelas a mayor gloria de Alejandría y de Heliópolis. Y en la actualidad estoy convencido de que los míos tuvieron, en su época, excelentes razones para elegir Egipto. Brindaba al emigrante industrioso ventajas que nunca volvieron a repetirse.

Cierto es que países como los Estados Unidos, Brasil, México, Cuba o Australia ofrecían oportunidades virtualmente ilimitadas; pero había que cruzar océanos y cortar de forma definitiva con la tierra natal; siendo así que mi abuelo podía, al concluir un año de trabajo, regresar a su pueblo como al regazo materno y cobrar en él nuevas fuerzas.

Más adelante, mucho más adelante, hubo un flujo migratorio hacia los países del petróleo, que estaban cerca, geográficamente hablando, donde podías ganarte la vida como es debido y los más avisados podían incluso hacer fortuna rápidamente. Pero nada más. Trabajaban mucho, soñaban en silencio, se emborrachaban a escondidas y, luego, se desfogaban consumiendo a más no poder. Mientras que en el valle del Nilo había otros alimentos. En música, en literatura y en otras muchas artes se estaba asistiendo a una auténtica plétora en la que los inmigrados de cualesquiera orígenes y

confesiones se sentían invitados a participar con tanto derecho como la población local.

Los compositores, los cantantes, los actores, los novelistas y los poetas de Egipto iban a convertirse por mucho tiempo en las estrellas de todo el mundo árabe y del de allende. Mientras la divina Umm Kalzum cantaba los *rubaiyat* de Omar Jayam y la inolvidable Asmahan, emigrante siria, celebraba *Las dulces noches de Viena*, Leila Mourad (cuyo apellido paterno era Assouline), heredera de una larga tradición de músicos judíos, hacía estremecerse las salas con su canción de culto, que decía: *Mi único guía es mi corazón*.

Este movimiento se difundió incluso, desde Levante y la lengua árabe, hacia otros universos culturales. Es significativo, por ejemplo, que *My Way*, canción emblemática de Frank Sinatra, la escribiera inicialmente Claude François, un francés de Egipto, antes de que la adaptase al inglés Paul Anka, un estadounidense de origen sirio-libanés. Por lo demás, en la propia Francia, del *music hall* se adueñaron estrellas nacidas en Egipto, tales como Dalida, Moustaki, Guy Béart o, sin ir más lejos, Claude François.

Y no es éste sino un apartado entre otros muchos. Cuando mi abuelo iba al ministerio egipcio de Obras Públicas para conseguir adjudicaciones, había en dicha administración, en una de las plantas, tras una mesa de despacho, un funcionario llamado Constantin Cavafis, de quien nadie sabía, por entonces, que se lo iba a considerar un día el mayor poeta griego de todos los tiempos modernos, nacido en Alejandría el 29 de abril de 1863 y fallecido en Alejandría el 29 de abril de 1933, a lo que dicen sus biógrafos. Nada permite suponer que estos dos hombres llegasen a conocerse, pero me agrada imaginar que hubiesen podido examinar juntos algún proyecto de regadío.

Fue también en Alejandría donde nació en 1888 el gran poeta italiano Giuseppe Ungaretti, que vivió allí en sus primeros años. Su madre tenía una panadería.

* * *

MI PADRE, QUE, AL CONTRARIO de muchos de sus compatriotas, no era un hombre de negocios, sabía sobre todo de Egipto por sus poetas. A menudo me recitaba sus versos y, a fuerza de oírlos, hasta se me han quedado en la memoria unos cuantos. El modelo, para él, era Ahmed Chawqi, a quien llamaban «el príncipe de los poetas» y que representaba la figura tutelar de un renacimiento cultural árabe del que se pensaba, por entonces, que era ineludible, que era inminente y que iba a florecer forzosamente desde el valle del Nilo.

Cuando Chawqi visitaba el Líbano, era un acontecimiento considerable del que daban cuenta los periódicos en primera plana. Lo seguía a todas partes una bandada de escritores jóvenes. Mi padre conservó toda su vida el orgullo de haber podido conocerlo un día; fue en un restaurante al aire libre y el poeta llenó de cerveza un vaso, acercándose al oído, echando un poco la cabeza hacia atrás y explicando a quienes lo rodeaban que a ese ruido característico lo llamaban los autores árabes de antaño *yarsh*. Un detalle sin mayor importancia, pero mi padre lo recordaba con emoción porque le traía a la memoria la voz y el ademán de Chawqi.

Cuando estoy en Roma, voy a veces a los jardines de la Villa Borghese, donde se alza una estatua del poeta egipcio, con corbata de pajarita, una rosa entre los dedos y la cabeza levemente echada hacia atrás como en los recuerdos de mi padre.

NO MENOS IMPORTANTE QUE EL «príncipe Chawqi» y tan representativo como él de aquella época prometedora era Taha Hussein, apodado «el decano de las letras árabes».

Nacido en una familia aldeana humilde, lo dejó ciego a los tres años una enfermedad mal atendida; fue capaz de superar esa desventaja y convertirse en el intelectual egipcio más respetado de su época. Hombre de la Ilustración, resueltamente partidario de la modernización, incitaba a los investigadores árabes a volver a considerar la Historia con las herramientas científicas modernas en vez de repetir hasta el infinito las ideas recibidas de los antiguos.

Una vehemente polémica estalló en 1926 cuando publicó una obra en la que afirmaba que la poesía árabe considerada preislámica la habían vuelto a escribir por completo en una época posterior y en un contexto de rivalidad entre las diversas tribus. Lo que escandalizó y le valió que lo llamasen descreído no fue sólo que pusiera en tela de juicio la visión que se tenía de la historia de la literatura árabe y de la forma en que se habían compuesto sus obras. Lo que querían sobre todo impedirle era que aplicase su sistema iconoclasta a los textos religiosos.

Dicha polémica no dejaba de recordar la que había levantado Ernest Renan, sesenta y cuatro años antes, cuando se atrevió, en su clase inaugural en el Colegio de Francia, a decir de Jesús que era «un hombre excepcional», sin considerarlo un dios. A Taha Hussein, profesor en la Universidad de El Cairo, lo suspendieron en el acto, igual que a Renan. Pero cuando el Gran Imán de al-Azhar, la máxima autoridad religiosa del país, pidió que lo procesaran, el gobierno egipcio se negó a llegar tan lejos, considerando que aquello entraba dentro del marco de un debate académico normal en el que no tenía por qué intervenir la justicia.

Pese a los ataques de la mayoría de los círculos tradicionalistas, el decano de las letras árabes siguió siendo hasta su último día un intelectual respetadísimo por sus contemporáneos. Más aún, le encomendaron las más elevadas funciones: decano de la Facultad de Letras y, luego, rector de la Universidad de Alejandría; e incluso, entre 1950 y 1952, ministro de Educación, o, retomando la bellísima apelación que se usaba a la sazón en Egipto, «ministro de los Saberes». Una de sus primeras decisiones fue la de implantar la gratuidad de la enseñanza.

QUE UN HOMBRE CIEGO Y a quien determinadas autoridades religiosas consideraban un descreído pudiera ascender así dice mucho acerca de Taha Hussein, desde luego, pero también, y sobre todo, del Egipto de su época.

Podríamos dar muchos más ejemplos. Recordar que fue en la Ópera de El Cairo donde se estrenó en 1871 *Aida* de Verdi, un encargo del jedive de Egipto; recordar los nombres de Youssef Chahine o de Omar Sharif, dos libaneses de Egipto que el cine egipcio lanzó al escenario mundial; citar a los numerosos especialistas que certifican que la escuela de medicina de El Cairo fue, durante un tiempo, una de las mejores del mundo... Pero no estoy intentando demostrar nada, querría solamente transmitir ese sentimiento que me infundieron los míos, el de un país excepcional que vivía un momento privilegiado de su historia.

He traído a colación unos cuantos recuerdos de mi padre, pero fue sobre todo mi madre quien, todos los días de su vida, me habló una y otra vez de Egipto, de sus mangos y de sus guayabas «cuyo aroma no se encuentra en ninguna otra parte»; de los grandes almacenes Cicurel de El Cairo «que valían tanto o más que los almacenes Harrods de Londres y las Galeries Lafayette de París»; de la pastelería Groppi, «que no tenía nada que envidiar a las de Milán o Viena»; sin olvidarnos de las largas y voluptuosas playas de Alejandría...

Había en ello, por descontado, la nostalgia normal que toda persona siente en el atardecer de la vida al pensar en el tiempo bendito de su juventud. Pero no se trataba sólo de eso, no se trataba sólo de lo que dijera mi madre. Oí a otras muchas personas, leí muchos testimonios y no me cabe duda de que hubo efectivamente, durante cierto tiempo y para cierta parte de la población, un paraíso llamado Egipto. Al que fui cuando aún no podía ver nada, entender nada, quedarme en la memoria con nada. Y que, un día, dejó de ser lo que había sido y dejó de prometer lo que parecía haber prometido.

2

CUANDO ENTERRARON A MI abuelo, en los primeros días de enero de 1952, en el cementerio maronita de El Cairo, las calles estaban tan apacibles como de costumbre, incluso aunque la tensión les resultase perceptible a quienes supieran notarla.

Llevaba tres meses incubándose una crisis entre el gobierno nacional y las autoridades británicas, que habían concedido la independencia al país treinta años antes pero lo habían obligado acto seguido a firmar, en 1936, un tratado que les permitía conservar tropas en la zona del canal de Suez. En esos momentos, el ascenso de Hitler y la conquista de Etiopía por Mussolini justificaban semejante arreglo. Pero, nada más acabar la Segunda Guerra Mundial, los dirigentes egipcios le pidieron a Londres que concluyese esa presencia militar que no tenía ya razón de ser, que no encajaba con la soberanía del país y que la población local toleraba con dificultad.

Se entablaron conversaciones, se cruzaron propuestas y contrapropuestas, se celebraron negociaciones interminables sin llegar al mínimo resultado. Harto ya, el gobierno de El Cairo sometió a votación en el Parlamento, en octubre de 1951, la derogación unilateral del tratado y exigió a los británicos que retirasen las tropas en el plazo más breve posible. Esta determinación entusiasmó a los egipcios, que se lanzaron espontáneamente a la calle para celebrar la «liberación» del territorio como si ésta fuese ya un hecho consumado.

Pero Londres no tenía intención de someterse. Había un nuevo primer ministro que era ni más ni menos que Winston Churchill. A los setenta y siete años acababa de ganar las elecciones generales y de tomar de nuevo las riendas del gobierno tras la derrota de 1945, inmediatamente después de una victoria de la que había sido no obstante el principal artífice. No había perdido nada de su obstinación. Guardaba rencor a los laboristas por haber perdido la India y estaba decidido a no ceder ni una pulgada más del territorio del Imperio ni una onza de su prestigio. No sólo no retiró las tropas de la zona del Canal, sino que dispuso que se reforzasen.

Su homólogo egipcio, Nahhas Pachá, era también un veterano de la política. A los setenta y dos años, estaba al frente del quinto gobierno de su larga carrera. Acaudalado propietario, de patriotismo moderado y partidario de una democracia parlamentaria a la occidental, no es que lo tentase mucho un duelo con Gran Bretaña. Pero no podía dar marcha atrás sin quedar mal ni permitir que le pasaran por delante los nacionalistas más militantes.

Recurrió entonces a diversas reacciones que apuntaban a aburrir a los ingleses para que se resignasen a irse ellos solos. Era algo arriesgado, muy arriesgado incluso, como se verá por lo que viene a continuación, pero le parecía más arriesgado aún que lo vieran como cómplice y colaborador de las fuerzas de ocupación.

LAS MEDIDAS QUE ADOPTARON LAS autoridades egipcias hubo quienes las consideraron meramente simbólicas. En Alejandría les cambiaron el nombre a unas cuantas avenidas que llevaban el de personalidades británicas, como lord Kitchener y el general Allenby. En El Cairo decidieron convertir el prestigioso club privado Gezira Sporting, que frecuentaban muchos súbditos ingleses, en un parque público adonde podía ir todo el mundo. Recomendaron a los comerciantes que dejaran de importar mercancías inglesas. Animaron a los egipcios que trabajaban para las tropas británicas en la zona del canal de Suez, y que se contaban por decenas de miles, a dejar los empleos, prometiéndoles compensaciones y

amenazándolos a veces con represalias si se empeñaban en seguir las órdenes del ocupante.

Hubo cosas más graves: se lanzaron operaciones de comando contra algunas instalaciones británicas. Las llevaban a cabo jóvenes armados que pertenecían a diversos movimientos políticos, desde los comunistas y los nacionalistas hasta los Hermanos Musulmanes. Algunos de esos activistas pertenecían también a las fuerzas del orden; y el gobierno, para impedir que se le fueran las cosas de las manos por completo, autorizó a los auxiliares de la policía a que se unieran a esos ataques.

Los ingleses decidieron entonces dar un golpe importante que sirviera de escarmiento. El viernes 25 de enero de 1952 asaltaron los edificios de la policía, en Ismailía, en la orilla occidental del Canal. Fue una batalla en toda regla que duró varias horas y cuyo saldo fueron más de cuarenta muertos egipcios y un centenar de heridos. Cuando la noticia cundió por el país, toda la población reaccionó con rabia.

AL DÍA SIGUIENTE, SÁBADO, UNOS manifestantes empezaron a reunirse desde el amanecer en las calles de El Cairo. Fueron llegando más según pasaban las horas y empezaron a destrozar y a incendiar las empresas británicas más visibles, tales como el banco Barclays, la agencia de viajes Thomas Cook, la librería W. H. Smith, el Turf Club o el hotel Sheppard, fundado cien años antes, que había utilizado como cuartel general el ejército inglés y seguía siendo uno de los más lujosos del país.

Luego, los amotinados atacaron todos los lugares que frecuentaban los occidentales o la clase dirigente egipcia: los bares, los clubes privados, los cines, así como los grandes almacenes de estilo europeo, entre los que se hallaba el inolvidable Cicurel, que era el paraíso de mi madre. Por todas partes había destrozos, saqueos e incendios y se dieron incluso unos cuantos linchamientos. Al terminar el día, el balance fue de alrededor de treinta muertos,

más de quinientos heridos y cerca de mil edificios incendiados. Todo el centro moderno de la capital estaba destruido.

NUNCA SE SUPO A CIENCIA cierta quiénes habían sido los responsables del gran incendio de El Cairo. Aún hoy, hay historiadores que piensan que se trataba de un movimiento espontáneo que se fue yendo de las manos poco a poco al espolearlo su propia rabia destructora; pero otros están convencidos de que había un «director de orquesta» con objetivos políticos específicos. En cualquier caso, las consignas fueron a más según pasaban las horas. Siendo así que la muchedumbre no protestaba al principio más que contra las acciones de los soldados ingleses, poco a poco fue empezando a vociferar eslóganes hostiles al gobierno egipcio, acusándolo de complicidad, y la emprendió también con el joven rey Faruk, de quien se decía que estaba corrompido, era insensible a los padecimientos de sus súbditos y se hallaba sometido por completo a la influencia de sus compañeros de libertinaje.

Las autoridades, desbordadas e impotentes, no movieron ni un dedo en todo el día, dejando el campo libre a los amotinados y contentándose con proteger los barrios donde residían los dignatarios del régimen. Ya al día siguiente, sin más demora, Nahhas Pachá, desacreditado por completo, tuvo que presentar la dimisión. Por desgracia, había perdido la apuesta y no volvió a tener papel significativo alguno en la vida del país. No sólo le ocurrió a él, por lo demás. Era la antigua clase dirigente entera la que iba pronto a salir del escenario mientras la abucheaban; y de forma definitiva.

* * *

SEIS MESES DESPUÉS DEL INCENDIO de El Cairo, unos «oficiales libres» se hicieron con el poder y el monarca emprendió el camino del destierro; empezaba una nueva era, que se caracterizó por una lucha encarnizada entre dos entidades políticas de capital importancia, ambas rabiosamente nacionalistas y resueltamente en contra de la sociedad cosmopolita anterior: por una parte, los

Hermanos Musulmanes, que gozaban de la ventaja de un amplio apoyo popular; por otra, las fuerzas armadas, de cuyo seno iba a salir un hombre fuerte, el coronel Gamal Abdel Nasser. Se convirtió, durante quince años, en el dirigente más popular del mundo árabe y en una de las personalidades más destacadas en la escena internacional.

Para los míos, sin embargo, su ascensión fulgurante no presagiaba nada bueno. El nuevo hombre fuerte no dejaba de afirmar que el pueblo egipcio tenía que quitarles a los extranjeros el control de su territorio, de sus recursos y de su destino. Durante los años posteriores a la revolución de 1952 hubo toda una serie de medidas —embargos, confiscaciones, secuestros, expropiaciones, nacionalizaciones, etc.— cuyo objetivo era despojar de sus bienes a todos sus poseedores, centrándose de forma muy específica, por así decirlo, en quienes tenían la desgracia de ser «alógenos».

Mi abuelo había muerto antes del incendio de El Cairo y de la revolución, pero sus herederos, a no mucho tardar, tuvieron que liquidar de mala manera, por una parte mínima de su valor, las propiedades que les había legado. Para dejar luego su Egipto natal y dispersarse: unos fueron a Norteamérica, y otros, al Líbano.

MIENTRAS LOS MÍOS LLORABAN SU paraíso perdido, Nasser no dejaba de adquirir mayor estatura y de reforzar su poder. Con una serie de hábiles maniobras, pudo apartar a todos sus rivales potenciales de entre los militares y, luego, ganarles el pulso a los Hermanos Musulmanes en el enfrentamiento que tenía con ellos. Tras convertirse en presidente de la República y jefe indiscutido de la revolución, consideró que había llegado el momento de proporcionar a los egipcios la revancha sobre los ingleses. El 26 de julio de 1956 anunció, en un discurso en Alejandría, la nacionalización de la Compañía Universal del Canal Marítimo de Suez, la ocupación de cuyos locales dispuso ese mismo día. Gran Bretaña, Francia e Israel reaccionaron, pocas semanas después, con una acción militar conjunta. Pero ésta no pudo prosperar. Washington desautorizó a los

tres países coaligados y Moscú los amenazó con represalias, y no les quedó más remedio que cesar las operaciones y retirar las tropas.

La crisis de Suez concluyó con una derrota política de gran envergadura de las dos principales potencias coloniales europeas y una victoria para Nasser. Le había brindado a su pueblo una revancha deslumbradora; había acallado por mucho tiempo la presión de sus competidores islamistas, y se había presentado en la escena mundial como el nuevo campeón de la lucha por los derechos de los pueblos oprimidos.

EN ESE MOMENTO FUE CUANDO el rais dictó la sentencia de muerte del Egipto cosmopolita y liberal. Adoptó una serie de medidas para expulsar del país a los británicos, a los franceses y a los judíos. Aparentemente, se trataba de una acción que apuntaba en una dirección concreta e iba dirigida contra quienes habían llevado las riendas de la «agresión tripartita». En realidad, su política causó un éxodo masivo de todas las comunidades conocidas con el nombre de «egipcianizadas», algunas de las cuales llevaban varias generaciones, e incluso varios siglos, afincadas a orillas del Nilo. Esas medidas no encrespaban sino a quienes fueron el blanco inmediato. Desde el punto de vista del resto del mundo, parecieron, dentro del contexto de la época, un resultado normal de la crisis de Suez y una consecuencia previsible tras recuperar Egipto una soberanía escarnecida durante un tiempo excesivo.

De la noche a la mañana, Nasser se convirtió en el ídolo de las muchedumbres en su país y también en el conjunto de Oriente Próximo y más allá. Desde hacía siglos ningún dirigente árabe había suscitado esperanzas tan grandes como ese apuesto oficial de treinta años, voz embriagadora y discursos prometedores. Pero entre los míos, cuando se lo mencionaba, pocas veces era para lisonjearlo, para bendecirlo o para desearle larga vida.

3

MI FAMILIA MATERNA SIEMPRE tuvo la impresión de que la habían expulsado injustamente del paraíso terrenal.

Expulsado, efectivamente, o al menos encaminado sin grandes miramientos hacia la salida... En cuanto a saber si era injusto, es algo que merece que se reflexione sobre ello. Mi sentimiento al respecto ha cambiado más de una vez en el transcurso de los años.

Durante la infancia, tenía lógicamente las mismas convicciones que mis padres. Oía los relatos de mi madre acerca de lo que «habíamos» perdido en Heliópolis o en Alejandría y me entristecía. Era un tema recurrente en las reuniones familiares. De vez en cuando, llegaba al Líbano un tío, una prima o un amigo de la familia que habían intentado quedarse en Egipto un poco más que los otros antes de tirar la toalla. Aún me acuerdo de la expresión que usó uno de los «desmigrantes» más recientes para describir la vida bajo el nuevo régimen revolucionario, que había recortado de forma drástica la libertad de expresión y de asociación, así como la libre empresa: «¡Ahora, todo lo que no está prohibido es obligatorio!». Nunca he olvidado esa frase, que considero una excelente definición del autoritarismo.

Hubo también episodios sórdidos. Como en aquella ocasión en que un individuo malcarado fue a ver a mi madre y a mis tíos para proponerles sacar de su casa de Heliópolis todos los objetos de valor cuya salida prohibían las autoridades egipcias. Contaba, a lo que decía, con contactos muy fiables en la aduana. Como no había mucho donde elegir, decidieron creerlo. Pero de todo cuanto se le

confió no volvieron a ver nada o casi nada. Se había quedado con todo y, seguramente, lo había vendido por su cuenta. Por supuesto, no había ni que pensar en denunciarlo.

MÁS ADELANTE, CUANDO EMPECÉ A seguir de cerca los acontecimientos del mundo, comencé a ver las cosas desde otro enfoque. Era el momento de la liberación nacional, del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, de la lucha contra el colonialismo y el imperialismo, contra el saqueo del tercer mundo, contra las bases extranjeras. Si me hubiera empecinado en no ver en el rais sino el azote que había sido para mi familia, me habría dado la impresión de estar colocando nuestros mezquinos intereses por encima de los principios universales.

Empecé, pues, a admirar a nuestro «expoliador» y a escuchar sus discursos con cierta empatía. Llegaba incluso a veces a defenderlo cuando me parecía que se metían con él de forma injusta. Me alentaba en esa postura un amigo de la familia, libanés de Egipto también, y que venía a menudo a almorzar a casa. Aunque había padecido, como los míos, las medidas adoptadas por la revolución, sentía por Nasser una admiración ilimitada y no tenía empacho en hacerlo saber en cualesquiera circunstancias. Lo que traía consigo largas y animadas discusiones, pero pocas veces enfados duraderos. Todo seguía siendo civilizado y campechano. Mis padres le gastaban bromas a su amigo cuando el rais sufría un revés y él les tomaba el pelo cuando su héroe triunfaba.

Mi opinión sobre el gran hombre era muy poco extremista. Y lo sigue siendo. Sí, incluso en la actualidad, cuando han transcurrido tantos años, todavía tengo dudas al respecto. En ciertos aspectos, Nasser fue el último gigante del mundo árabe, quizá incluso su última oportunidad para levantar cabeza. No obstante, cometió equivocaciones tan torpes y en tantas cuestiones esenciales que sólo dejó una estela de amargura, remordimientos y decepción. Abolió el pluralismo para instaurar un partido único; le cerró la boca a la prensa, que había gozado de bastante libertad en el régimen

anterior; recurrió a los servicios secretos para acallar a quienes se le oponían; su gestión de la economía egipcia fue burocrática, ineficaz y, en último extremo, ruinoso; su demagogia nacionalista lo condujo al precipicio, y a todo el mundo árabe de paso...

Queda claro que el balance me supone dudas sustanciales, sin tener siquiera que incluir en la ecuación la variable «egoísta», a saber, que echó a mi familia de su paraíso.

* * *

A VECES ME DIGO QUE debería haber, en un museo consagrado a la historia universal, un espacio llamado «el Panteón de Jano». Podría colocarse allí, bajo la emblemática tutela de la divinidad bifronte, a personalidades de envergadura que tuvieron un papel histórico digno de admiración, pero también, y a veces simultáneamente, un papel aborrecible y, llegado el caso, destructivo. Dos de los grandes hombres a quienes acabo de citar en estas páginas son merecedores de figurar en lugar destacado en ese Panteón: Nasser y Churchill.

En lo referido al rais, tendré ocasión de citar más adelante en este libro unas cuantas tomas de posición que inspiran apego y son causa de que su desaparición prematura nos haga sentir, a mí y a muchos árabes, cierta nostalgia, incluso aunque no quepa duda de que fue uno de los sepultureros de aquel Levante que yo quería. Sin detenerme aquí en los motivos de esa ambivalencia, diré que creció, como tantos otros hombres de su generación, en el resentimiento por el dominio extranjero y que movilizó todas sus energías para acabar con él sin darse cuenta de que, al echarlo abajo, suprimía también una forma de vida que iba injertada en él y habría podido ser, con algunos ajustes, un factor insustituible de progreso y modernización.

EN CUANTO A CHURCHILL, NO preciso por supuesto extensas demostraciones para decir hasta qué punto su obstinada lucha contra el nazismo fue salutífera. Sin su energía, su determinación, su habilidad, quizá Inglaterra habría renunciado a combatir, los Estados

Unidos no se habrían implicado en la guerra y una prolongada noche habría caído sobre el mundo. Parafraseando una de sus propias frases, «nunca tantos le debieron tanto»... a un solo hombre.

Sin embargo, cuando examinamos su actuación en el mundo árabe musulmán, descubrimos un aspecto muy diferente. Su legendaria obstinación, que fue admirable ante Hitler, no lo fue en absoluto ante el buen Nahhas Pachá, un patriota moderado, un patricio occidentalizado, un partidario audaz de la modernización que llegó incluso a poner en manos de un hombre de la Ilustración como Taha Hussein la cartera de Educación.

Ni que decir tiene que la meta de Churchill no era cerrarle el camino a una evolución pacífica y armoniosa de Egipto. Sólo quería proteger a toda costa los intereses de la Corona británica sin pensar en los efectos secundarios que podían derivarse de sus actos. Pero las repercusiones fueron calamitosas. Sin la matanza del 25 de enero, que Churchill no ordenó, pero sí autorizó, es posible que hubiera prevalecido otra forma de patriotismo y el porvenir de Egipto, así como el del mundo árabe en conjunto, podría haber seguido por otra vía.

La culpabilidad de ese gran hombre es aún más evidente en otro caso, el de Irán. Churchill en persona hizo cuanto pudo para derribar al gobierno del doctor Mosaddeq, un demócrata partidario de la modernización cuyo único crimen fue el de reclamar para su pueblo una parte mayor de los ingresos del petróleo. Sabemos en la actualidad que fue el primer ministro británico quien viajó a Washington para presionar a los estadounidenses y convencerlos de que organizaran un golpe de Estado en Teherán en 1953.

Así fue como, con su actuación en Egipto, Churchill favoreció la emergencia del nacionalismo árabe en su versión autoritaria y xenófoba; y con su actuación en Irán le allanó el camino al islamismo jomeinista. Quiero suponer que, en ambos casos, sin pretenderlo...

* * *

PERO CIERRO EL PARÉNTESIS PARA volver a mi pregunta inicial: ¿expulsaron a los míos injustamente de su paraíso o habían merecido el castigo?

Si de lo que se trata es de saber qué sentimientos albergaban en aquellos años, creo que lo sé, y no intentaré negar la evidencia: como la mayoría de los «egipcianizados», ya fuesen sirio-libaneses, italianos, franceses, griegos, judíos o malteses, no cabe duda de que preferían que mandasen los pachás y no los coroneles. El *statu quo* les resultaba conveniente, habrían querido que durase indefinidamente. Y aunque no sentían gran simpatía por la política de los ingleses, opinaban que garantizaban la estabilidad.

Mi madre me contó que, en el momento del gran incendio, y cuando estaba temiendo que los amotinados invadieran Heliópolis para destrozarla igual que habían hecho con el centro de El Cairo, pensó en irse en coche, con su propia madre, hacia la zona del Canal que estaba en manos británicas. Sólo renunció a hacerlo porque las carreteras no eran seguras.

Una postura poco patriótica, lo admito. Pero ¿qué habría debido hacer? ¿Esperar dócilmente a la horda de incendiarios? Finalmente, éstos se detuvieron antes de llegar a Heliópolis. «Nuestra» casa se había salvado. Pero sólo para tener que liquidarla de mala manera después, cuando hubo que irse del país definitivamente.

ATRAPADOS ENTRE DOS FUERZAS INDOMEÑABLES, la de la rabia árabe, que iba creciendo, y la de la arrogancia occidental, que golpeaba a derecha e izquierda con la sutileza de un paquidermo borracho, los míos estaban perdidos hicieran lo que hicieran. No les reprochaban sus opiniones, ni sus palabras, ni sus actos, les reprochaban sus orígenes, que no habían escogido y que no podían cambiar.

No concederé por ello gran importancia a las reacciones que pudieran tener en esos años de angustia. Cuando su universo empezó a naufragar, intentaron agarrarse al tablón que parecía poder salvarlos de ahogarse, fuere éste cual fuere: un rey, un pachá,

un ejército extranjero. Si no fueron inocentes, tampoco fueron culpables.

4

CON EL PASO DE los años y la perspectiva de los acontecimientos que han ocurrido en las últimas décadas, el dilema ético que me venía atormentando desde la adolescencia me parece ya sin fundamento. He dejado de preguntarme si los míos, igual que el conjunto de los «egipcianizados», se habían merecido su suerte y si Nasser tuvo derecho a echarlos así, sin contemplaciones, del país donde habían nacido.

En la actualidad estoy convencido de que la actitud correcta en este tema fue la que adoptó otro gran dirigente del continente africano nacido el mismo año que el rais, 1918, pero que apareció en época más tardía en la escena internacional: Nelson Mandela. Cuando, tras pasar veintiséis años de su vida en los calabozos del régimen segregacionista, salió de ellos victorioso y se convirtió en presidente de Sudáfrica, no se preguntó si los blancos lo habían apoyado en la lucha por la liberación; si habían dado de lado su arrogancia de colonos y su sensación de superioridad; si habían sabido fundirse con la población local con mentalidad de respeto y fraternidad, y si, en consecuencia, se habían merecido ser parte integrante de la nueva nación... La respuesta a todas esas preguntas habría sido que no. Pero Mandela se guardó muy mucho de hacérselas. Era una pregunta muy diferente la que tenía en mente: ¿le iría mejor a mi país si los afrikáneres se quedasen en vez de irse? Y la respuesta le parecía evidente: para la estabilidad de Sudáfrica, para su salud económica, para el buen funcionamiento de sus instituciones, para su imagen en el mundo, valía más conservar a la

minoría blanca cualquiera que hubiese sido su comportamiento anterior. Y el nuevo presidente hizo lo necesario para animar a sus enemigos de ayer a que no abandonasen su país.

Uno de los momentos más grandiosamente simbólicos fue aquel en que, dejando atrás a un tiempo los resentimientos del pasado y la embriaguez de la victoria, fue a casa de la señora Verwoerd, la viuda del primer ministro que lo había metido en la cárcel, para tomar el té con ella y tranquilizarla en lo referente al porvenir.

¿ACTUÓ ASÍ POR HABILIDAD POLÍTICA o por magnanimidad? A decir verdad, poco importa. Es un error enfrentar sistemáticamente los intereses y los principios. A veces coinciden. La magnanimidad es en algunas ocasiones una habilidad, y la mezquindad, una torpeza. A nuestro mundo cínico no le gusta admitirlo, pero la Historia rebosa de ejemplos que dan fe de ello. Con frecuencia, cuando un país traiciona sus valores, traiciona también sus intereses.

El primer caso que se me ocurre es el de Luis XIV cuando revocó en 1685 el edicto de Nantes con el que su abuelo, Enrique IV, había concedido libertad de culto a la minoría protestante. Expulsados de Francia, a aquellos a quienes llamaban entonces hugonotes los acogieron otras tierras europeas y ellos contribuyeron en muy gran medida a la prosperidad de Ámsterdam, de Londres o de Berlín; en cuanto a esta última ciudad, muchos historiadores piensan que ascendió a la categoría de metrópolis coincidiendo con la fecha de la llegada de los refugiados; un hecho particularmente elocuente cuando sabemos que iba a convertirse en la gran rival de París.

La consecuencia de la expulsión en masa de los hugonotes fue, pues, que empobreció a Francia y enriqueció a sus rivales. Podríamos decir exactamente lo mismo de la expulsión de los musulmanes y los judíos por los reyes católicos inmediatamente después de la conquista de Granada en 1492; por esa medida, que dictaron la intolerancia y el engreimiento, España resultó incapaz de sacar beneficios de su conquista de América y tardó quinientos años

en recuperarse de su atraso respecto a las demás naciones europeas.

La única disculpa que se les puede encontrar a los soberanos que tomaron esas decisiones desastrosas es que la miopía de que hicieron gala estaba tan extendida por el mundo que parecía ser la mismísima sabiduría. ¿No tenían acaso derecho a pensar que sus reinos se volverían más fuertes al volverse más homogéneos? ¿Y que el Cielo los colmaría de bendiciones para recompensarlos por haber expulsado a los «herejes» y a los «infieles»? En la realidad, no suceden así las cosas. Ni en el siglo XV, ni en el XVII, ni en la actualidad. A lo largo de la Historia, las expulsiones en masa, parezcan o no justas y legítimas, han solido perjudicar a quienes se quedaron mucho más que a los expulsados. No cabe duda de que éstos sufren al principio; pero, las más de las veces, se recobran, se sobreponen a sus traumas y acaban a menudo por llevar a cabo prodigios para mayor beneficio de los países que los acogieron.

No es por casualidad por lo que la nación más poderosa del planeta, a saber, los Estados Unidos, se especializó en dar acogida a sucesivas oleadas de proscritos y desterrados, desde los puritanos ingleses hasta los judíos alemanes, pasando por los supervivientes de las revoluciones rusa, china, cubana o iraní, sin olvidarnos de los protestantes franceses; el segundo nombre del presidente Franklin Delano Roosevelt es el apellido de un antepasado hugonote que se llamaba, en sus orígenes, De Lannoy.

* * *

TENDRÉ MÁS DE UNA OCASIÓN de mencionar este mito perverso de la homogeneidad —religiosa, étnica, lingüística, racial o de otro tipo— que tantas sociedades humanas permiten que las engañe. Ahora mismo querría detenerme de forma más específica en la cuestión de las poblaciones consideradas «alógenas» y del cometido que pueden desempeñar en las sociedades en que viven.

Con frecuencia quienes están en minoría son polinizadores. Van rondando, dando vueltas, libando, lo que les da una apariencia de aprovechados e incluso de parásitos. Cuando desaparecen es cuando se toma conciencia de su utilidad.

El resentimiento de los pueblos colonizados hacia sus colonizadores es comprensible; y es normal que lo acompañen la desconfianza e incluso la hostilidad contra quienes fueron aliados o protegidos de los antiguos amos. No obstante, la historia de las últimas décadas nos enseña que, a no mucho tardar, tras la lucha por la liberación, llega la hora de la lucha por el desarrollo y la modernización. En esa nueva fase, la presencia de una población cualificada con acceso inmediato a las sociedades industrializadas es una baza insustituible. Podría compararse ese acceso a una arteria que une la nación joven al corazón del mundo desarrollado. Cercenar esa arteria es absurdo, es una automutilación y casi un suicidio. ¡Cuántos países no pudieron reponerse nunca!

La hostilidad y la desconfianza son comprensibles al concluir una lucha extenuante. Pero un gran dirigente tiene la obligación de ser a un tiempo visionario y pragmático; debe saber elevarse por encima de los resentimientos epidérmicos para explicar a sus compañeros de lucha y al conjunto de sus compatriotas que las prioridades han cambiado y que algunos feroces enemigos de ayer se han convertido, en el momento de la victoria, en valiosos asociados. Por su proximidad con el centro económico e intelectual del planeta. Y también porque cuentan, merced a la posición privilegiada que tuvieron, con una pericia insustituible. Incluso al ejército y a la policía, que fueron instrumentos de represión al servicio del apartheid, supo Mandela reciclarlos y ponerlos al servicio de «la nación arcoíris».

Nasser no supo hacer nada de eso, pero me guardaré muy mucho de reprochárselo. Llegó al poder cuarenta años antes que Mandela; e incluso sin tomar en cuenta la diferencia de caracteres entre ambos hombres, no cabe duda de que el mundo había cambiado entretanto. En muchos ámbitos, el rais era prisionero de conceptos

que prevalecían en su época. El colonialismo no podía considerarse aún un capítulo cerrado de la historia de la humanidad. ¿Acaso no había demostrado la caída de Mosaddeq que los occidentales podían regresar con efectivos considerables y volver a empuñar las riendas?

En otro terreno, que iba a resultar determinante, el de la economía, el rais no veía lo útiles que podían resultarle al país las capacidades excepcionales de las comunidades egipcianizadas; en las décadas de 1950 y 1960, el socialismo dirigista, basado en las nacionalizaciones y una gestión estatal de las empresas parecía aún un camino prometedor para la economía.

A ESAS «MIOPIÁS» SE SUMAN otras cuya explicación no reside sólo en las fechas ni en las ilusiones de aquella época. Estoy pensando en particular en una conducta muy característica de la vida política árabe y que ha supuesto, en toda la historia reciente, una auténtica plaga. Lo definiré como una incapacidad enfermiza de resistirse a las presiones de sus competidores. Nasser sentía la necesidad constante de demostrar que era más nacionalista que los Hermanos Musulmanes y más radical que los demás dirigentes nacionalistas. Incluso tras convertirse en el líder indiscutido de Egipto y en el ídolo de las muchedumbres árabes, siguió aterrándolo la idea de que pudiera pasarle por delante alguien que fuera «más Nasser que él».

Y un día, por temor a que lo acusasen de tibieza, dejó que lo metiesen en una guerra que no deseaba e iba a resultarles fatal tanto a él cuanto a esa nación que creía en él.

ME REFERIRÉ MÁS EXTENSAMENTE A este episodio traumático que ocurrió en 1967, cuando todos los míos habían salido hacía mucho de Egipto. Por supuesto seguían hablando sin parar de ese país, con una mezcla de cariño y de rencor.

En lo que a mí se refiere, fue a la edad de ocho años cuando fui por última vez a nuestra casa de Heliópolis. Mi madre me había llevado para que la ayudase a recoger unos cuantos objetos personales antes de salir para siempre de allí. Mi abuela acababa de

morir de un cáncer. El edificio estaba a su nombre y se lo había vendido, síntoma de los tiempos que corrían, a un oficial del ejército egipcio. Por una miseria, a ver qué remedio, pero había hecho prometer al comprador que dejaría en la fachada la imagen de santa Teresa que había mandado traer de Italia veinticinco años antes para que velase por la casa recién construida.

El oficial cumplió su palabra y sus herederos también. Por lo último que he podido saber, la santa sigue en su sitio.

5

EL PARAÍSO DE MI madre se había perdido irremisiblemente y las turbulencias estuvieron a punto de alcanzar, ya de paso, al de mi padre. Pero el Líbano iba, en esta ocasión, a «esquivar la tormenta» y a disfrutar de una prórroga. Y podría decirse incluso, con la perspectiva de la Historia, de una postrera edad de oro.

Cuando, en la década de 1960, abrí los ojos para mirar el mundo que me rodeaba, Beirut había empezado a suplantarse a El Cairo como capital intelectual del Oriente árabe. Aunque Nasser se estaba convirtiendo, y con mucho, en la personalidad más influyente de la región, el poder absoluto que ejercía en su país había metido en cintura a los periódicos, las editoriales, los ambientes académicos y los movimientos políticos. Por ello, el «ágora» de los debates árabes se había desplazado a un terreno neutral donde no causaba estragos ninguna autoridad represora.

En el presente caso, lo había hecho hacia el Líbano: ningún país podía desempeñar mejor ese cometido. Coincidían en él numerosas comunidades con sensibilidades muy diversas y ninguna de las cuales podía aspirar a una posición hegemónica; era el lugar ideal para el florecimiento pletórico y el pluralismo. Y con toda naturalidad se habían dirigido hacia allí todos los que ya no podían expresarse en su tierra.

LOS ESTADOS VECINOS SE TORNABAN cada vez menos hospitalarios para quienes no estaban —o habían dejado de estar— en el poder. Tal era sobre todo el caso de Siria.

Pocos recuerdan la época en que ese país contaba aún con prensa independiente, elecciones libres y un amplio abanico de partidos políticos. Aquellos tiempos existieron efectivamente, incluso aunque no tenga yo ningún recuerdo de primera mano de ello, pues en marzo de 1949, un mes después de nacer yo, tuvo lugar en Damasco el primer golpe de Estado. Un general se hizo con el poder y suspendió la Constitución. En junio consiguió que lo eligieran presidente de la República con el 99% de los votos y se concedió a sí mismo el grado de mariscal. Pero en agosto lo derrocó otro golpe de Estado y lo ejecutaron sumarísimamente. Luego, en diciembre, derrocaron también a su derrocador y murió asesinado a continuación, pocos meses después...

Tras 1949, el año de los tres golpes de Estado, la democracia no volvió nunca a imponerse en Siria. El país no ha tenido ya más que una triste y frustrante alternancia de períodos de inestabilidad y períodos de dictadura. Y, con cada convulsión, los perdedores iban a desterrarse al Líbano: oficiales destituidos, políticos evadidos de la cárcel, industriales a quienes les habían nacionalizado las fábricas, artistas e intelectuales que buscaban un espacio de libertad...

Hubo durante décadas entre Damasco y Beirut un flujo continuo de refugiados, algunos de los cuales, que pertenecían de entrada a la elite siria, pudieron integrarse sin dificultad en la elite del país de acogida. A nadie escandalizaba enterarse de que tal poeta, tal actriz, tal compositor, tal ministro o tal presidente libanés habían nacido en Damasco, en Alepo o en Latakia y no en Beirut o en Tiro.

ME HE EXTENDIDO EN EL caso de Siria, que es el que más llama la atención; pero el fenómeno tuvo mucha más amplitud y viene de antes. el Líbano desempeñó durante mucho tiempo el papel de tierra de asilo para los «malqueridos» de Oriente Próximo. De forma parecida, hasta cierto punto, a lo que hizo Egipto hasta la década de 1940. Lo que puede dar al observador tardío una impresión falsa de semejanza entre ambos modelos levantinos. En realidad, no se asentaban en las mismas bases.

El cosmopolitismo a lo egipcio tenía que ver con la larga tradición de las «escalas», esos emporios donde los súbditos europeos gozaban de la protección de los cónsules de las potencias en virtud de tratados desiguales que se le habían impuesto antaño al «hombre enfermo» otomano. Por supuesto que el entorno político no era ya el mismo, pero algunos usos persistían. Si un italiano que viviera en Egipto asesinaba al vecino, podía pedir que lo juzgasen en Italia y las autoridades locales no podían oponerse a ello.

No he elegido este ejemplo al azar, me lo ha inspirado un hecho real que dio mucho que hablar en tiempo de mis abuelos. En marzo de 1927 a Salomon Cicurel, principal propietario de los almacenes del mismo nombre, lo asesinaron de ocho puñaladas en su villa de El Cairo. A la policía no le costó esfuerzo alguno llegar hasta los asesinos: su chófer, un antiguo empleado al que había despedido y dos cómplices. De los cuatro criminales, dos eran de nacionalidad italiana precisamente y no quedó más remedio que entregarlos a las autoridades de su país sin poder juzgarlos; otro era griego y hubo que entregárselo a Grecia; únicamente al cuarto, un tal Dario Jacoel, a quien los documentos de la época señalan como «judío apátrida», lo juzgaron y lo condenaron. Aseguraba que él también era italiano, e incluso militante del partido fascista, pero no pudo demostrarlo. Lo declararon «alma del complot», siendo así que no era, clarísimamente, sino un comparsa, y lo ahorcaron como está mandado.

El caso tuvo gran repercusión. Algunos intelectuales egipcios conocidos tomaron la pluma para denunciar una situación aberrante que situaba a los súbditos extranjeros por encima de las leyes y les daba a todos y cada uno algo así como una inmunidad diplomática, por no decir una garantía de impunidad.

Tales privilegios causaban a la vez apetitos y resentimientos. Ciertas categorías de la población intentaban acercarse a los occidentales para beneficiarse de las mismas ventajas. Pero la mayoría de los autóctonos veían en la posición de los súbditos extranjeros un insulto a la independencia del país y a su dignidad.

¿No reveló acaso el incendio de El Cairo la gigantesca ira que se gestaba bajo cuerda? Muchos otros estallidos iban a darse, con el paso de los años, en varios países de la zona por razones similares.

A VECES CON CONSECUENCIAS GRAVOSAS y duraderas. Por ejemplo, la ruptura entre el ayatolá Jomeini y el régimen del shah se consumó el día en que el monarca aceptó, en 1964, a petición de Washington, que a los militares estadounidenses que estaban en Irán no pudiesen juzgarlos nunca los tribunales locales. Surgió entonces una controversia radical que iba a desembocar, quince años después, en el derrumbamiento de la monarquía y la llegada de la República islámica... No dudo de que este trastorno —sobre el que tendré la oportunidad de volver— lo expliquen numerosas razones; pero la rabia por la extraterritorialidad de que gozaban los occidentales fue, indudablemente, un factor determinante. No fue, por lo demás, una casualidad que una de las primeras cosas que hicieron los militantes revolucionarios iraníes fuera hacer caso omiso de la inmunidad de la embajada estadounidense y convertir a los diplomáticos en rehenes.

Se trataba, no cabe duda, de un flagrante reto a todas las convenciones internacionales. Pero se trataba ante todo de un acto de rebeldía con un «orden mundial» que llevaba siglos imponiéndose y que instauraba de forma a veces explícita y a veces implícita una jerarquía entre los pueblos y entre las culturas, con los occidentales entronizados en el peldaño más alto.

A las poblaciones que la padecieron, esa organización contraria a la igualdad les pareció siempre degradante; y en el crepúsculo de la era colonial se había convertido en inaceptable. Todo cuanto tenía que ver con ella se rechazaba con rabia. Incluso las pocas repercusiones positivas que se podían computar lícitamente en su activo, tales como haber favorecido la aparición en Shanghái, en Calcuta, en Argel o en Alejandría de «paraísos» culturales donde habían podido abrirse durante un tiempo flores delicadas nacidas de encuentros entre diversas lenguas, diversas creencias, diversos saberes, diversas tradiciones.

Tan sublime floración no podía ser sino efímera. Asentada en cimientos tan inicuos, no tenía posibilidad alguna de perpetuarse. En cuanto a las comunidades consideradas «alógenas», incluso aunque no fueran responsables de la situación que garantizaba su estatus, parecían culpables por el mero hecho de beneficiarse de él. Y acabó por pasarles factura. Así sucedió en Egipto, con los sirio-libaneses o los griegos; en Libia, con los italianos, y también en Argelia con los *pieds-noirs*.

Me habría encantado que el universo cultural del que fueron fruto Cavafis, Camus, Ungaretti o Asmahan hubiera podido cambiar y adaptarse en vez de desaparecer por completo; pero no queda más remedio que reconocer que tenía los cimientos comidos de gusanos.

El destino del Egipto de mi familia materna era venirse abajo. No era ya sino una supervivencia, el testigo agonizante de una época ya concluida. Nasser le disparó el tiro de gracia y no volvió a levantarse.

* * *

NO ERAN ÉSAS LAS CIRCUNSTANCIAS del Líbano. Ninguna categoría de las que existían entre sus habitantes gozaba de un estatuto de extraterritorialidad. El objetivo de los fundadores del país fue organizar la convivencia y mantener el equilibrio entre las comunidades religiosas locales: maronitas, drusos, sunitas, chiitas, griegos ortodoxos o griegos católicos; y también armenios, sirios, judíos, alauitas o ismailíes.

Algunas comunidades estaban allí desde tiempos inmemoriales mientras que otras habían llegado hacía apenas unas cuantas décadas, pero a ninguna se la consideraba ajena; cuando yo era niño, habría parecido una inconveniencia, e incluso claramente una grosería, diferenciar entre «autóctonos» y «alógenos» o entre libaneses de pura cepa y libaneses recientes. Ese modelo levantino no adolecía pues del pecado original que enturbiaba el pluralismo cosmopolita a lo egipcio.

Pero tenía, por desgracia, sus propias taras. Sobre todo esa costumbre que tenían las diversas comunidades de buscarse protectores fuera del país para reforzar su posición interior. Algo así como si, en Suiza —ya que con frecuencia se ha dicho del Líbano que era la Suiza de Oriente Próximo—, los habitantes de Zúrich, de Ginebra o del cantón del Tesino recurriesen a Alemania, a Francia y a Italia cada vez que tuvieran un conflicto con el cantón de enfrente. No habría sido sorprendente que la Confederación se hubiera hecho añicos.

«AL PRINCIPIO —ME EXPLICÓ UN día mi padre— nos decían que esos comportamientos enfermizos eran herencia de nuestra historia, tan movida, y que con el tiempo acabaríamos por librarnos de ellos.»

Cierto es que antaño las comunidades pequeñas que se habían afincado en la montaña libanesa y a las que les costaba sobrevivir bajo un régimen otomano, al que caracterizaban malos tratos, vejaciones cotidianas y el reinado de la arbitrariedad, sentían el deseo de contar con un protector. Los maronitas se vincularon a Francia; y sus rivales, los drusos, entraron en contacto con Inglaterra. Los sunitas contaban con los turcos; los ortodoxos, con los rusos; y así sucesivamente. La comunidad griega católica, a la que pertenecía mi padre, se había cobijado bajo el paraguas austrohúngaro, una afiliación en gran parte simbólica, por más que siempre vi, en una de las casas del pueblo, una impresionante foto enmarcada del emperador Francisco José.

Esas afinidades proporcionaban a la gente del país una ventana al mundo o, cuando menos, la sensación de no hallarse abandonados del todo. No puede negarse que tuvieron algunos efectos positivos, tales como propiciar la creación de centros escolares y universitarios de calidad. Desempeñaron un papel determinante en el nacimiento del país.

Cuando, recién terminada la Primera Guerra Mundial, empezó a desintegrarse el imperio de los sultanes, los dirigentes de la Iglesia maronita hicieron cuanto pudieran para que la potencia mandataria

en su territorio fuera Francia y para que trazase las fronteras de un nuevo Estado donde pudieran sentirse en casa. Así nació el Líbano con sus actuales límites.

En los primeros tiempos, por lo demás, muchos de sus hijos lo veían como un invento francés fraguado ante todo para los maronitas. ¿Por qué no se ha creado más bien una gran Siria?, se preguntaban algunos letrados de por entonces. ¿Y por qué no un dilatado conjunto donde se agrupasen todos los pueblos árabes?, se preguntaban otros.

En esa zona de poblaciones entremezcladas y soberanías recientes, los proyectos de unión tuvieron siempre muchos partidarios. Seguramente carecían en buena medida de sentido de la realidad. Pero no más que el hecho de querer dar a todas y cada una de las incontables comunidades su propio Estado soberano. Ni tampoco más que pretender convertir en patrias eternas a unas entidades nacidas de la última operación de cortar o de pegar.

6

LA CUESTIÓN DE LA unidad árabe iba a ocupar el proscenio durante todos los años posteriores a la llegada de Nasser. Tras convertirse en el héroe supremo de los pueblos de la zona, se fijó la meta de reunirlos a todos en un mismo Estado que abarcase «desde el océano hasta el Golfo» y aboliera así las fronteras que habían creado los colonizadores. Las muchedumbres aplaudían entusiasmadas ese proyecto.

Este fervor creció en febrero de 1958, cuando los dirigentes sirios, hartos de la inestabilidad crónica que padecía su país y conscientes de la adhesión en masa de sus conciudadanos a las tesis del panarabismo, pidieron solemnemente al rais que tomase el poder en su tierra. Quedó proclamado un Estado unitario, que tomó el nombre de República Árabe Unida, en el que Egipto era la «provincia meridional», y Siria, la «provincia septentrional».

En muchos países de la zona la población recibió encantada el nacimiento de la RAU. Que la unidad árabe, considerada hasta entonces como un sueño lejano, se estuviera concretando, trajo consigo una gigantesca esperanza, desde Irak a Yemen y desde el Sudán a Marruecos. En Beirut, como en muchas otras ciudades libanesas, se organizaron manifestaciones muy concurridas para exigir que el país se integrase sin demora en la RAU y se convirtiera en la «provincia occidental».

¿ES PRECISO QUE HAGA HINCAPIÉ en que en mi familia materna, que acababa de salir huyendo de Egipto, de su régimen policíaco y de

sus nacionalizaciones punitivas para refugiarse en el Líbano, consideraba con espanto la perspectiva de que el país se uniese a la nueva república nasseriana? Daba la impresión de que el destino la perseguía con ahínco.

A mi padre, tanto por convicción personal cuanto por empatía con los sentimientos de mi madre, lo preocupaba y lo indignaba lo que estaba sucediendo. Por entonces escribía en la prensa una crónica cotidiana incisiva y sarcástica que tenía mucho éxito de público. Habitualmente se metía con los atavismos de sus conciudadanos y las incongruencias de la vida política. Al proclamarse la RAU, no tuvo pelos en la lengua: «¡Cuando un país tiene el privilegio de llamarse Egipto no cambia de nombre! ¡En las principales universidades del planeta hay eminentes sabios que se ufanan con el nombre de egiptólogos! ¿Tendremos que llamarlos en adelante “rauólogos” y pedir a esas grandes universidades que cuentan con departamentos de egiptología que los vuelvan a bautizar como departamentos de “rauología”?».

Muchos lectores se reían con ganas. Pero otros muchos no se reían. A mi padre llegaron incluso a amenazarlo de muerte. Todos sus amigos le pidieron que refrenara la pluma y que no volviera a atacar al ídolo de las masas por temor a que lo agrediera algún fanático. Ciertamente era que los ánimos estaban caldeados y la tensión crecía peligrosamente. Las peleas entre personas pro-Nasser y anti-Nasser iban por lo demás a degenerar en una auténtica guerra civil. Que fue breve, pero enconada y cruenta, pues dejó varios miles de víctimas.

YO TENÍA NUEVE AÑOS Y sólo me quedan recuerdos nebulosos de lo que se llama en la historia de mi país natal «la revolución del 58». Lo que se me ha quedado en la memoria son sobre todo las voces de mi padre y mi madre cuando mencionaban en mi presencia algunos acontecimientos trágicos: el asesinato de un periodista cristiano partidario de Nasser; el secuestro y el asesinato de otro periodista también cristiano, pero ferozmente hostil a Nasser; el

incendio, por unos amotinados, de la residencia del primer ministro, uno de los pocos políticos musulmanes que se habían atrevido a tomar postura contra el rais abiertamente... Me acuerdo también de que los colegios estuvieron cerrados seis meses.

Cuando, el 14 de julio de ese año, una revolución cruenta derrocó a la monarquía iraquí y asesinaron a los miembros de la familia real, así como a los dirigentes que simpatizaban con Occidente, los Estados Unidos temieron que al Líbano lo arrastrase el torrente nacionalista de izquierdas cuyas olas rompían sobre el Oriente árabe. En las cuarenta y ocho horas siguientes ya estaban *in situ* sus tropas, llegadas de su flota en el Mediterráneo y de sus bases en Alemania; y a algunas, incluso, las trasladaron en un puente aéreo desde Carolina del Norte. No menos de catorce mil hombres participaron en la operación; salvaguardaron el puerto de Beirut, el aeropuerto, las principales arterias y los edificios del gobierno. Los combates entre facciones locales se apaciguaron en el acto.

Para que concluyera la crisis, el Parlamento eligió un nuevo presidente con la bendición de Washington. Era el jefe del ejército, el general Fuad Chehab. Descendía de una familia de príncipes que había gobernado durante mucho tiempo la montaña libanesa con los otomanos; se había formado en la academia militar de Saint-Cyr, era admirador del modelo republicano francés y tenía más sentido de estado y mayor voluntad de construir una nación que cualquier otro dirigente libanés. Declaró en el acto que en los acontecimientos que acababan de ensangrentar el país no había «ni vencedores ni vencidos» y comenzó una ambiciosa obra que consolidase la reconciliación y dotase al país de instituciones modernas.

Una de sus primeras iniciativas fue un gesto simbólico de gran alcance y que podría haber tenido efectos duraderos si el país y la zona hubieran evolucionado de forma diferente: un encuentro cara a cara con Nasser en la frontera sirio-libanesa o, para mayor prudencia, en una cabaña a caballo de la línea fronteriza que separaba el Líbano de la «provincia septentrional» de la RAU.

En esa modesta edificación rectangular de chapa ondulada, con muy mala calefacción pese a la temperatura invernal, el presidente de una nación pequeña, frágil y dividida se impuso el deber de debatir de igual a igual con el hombre más poderoso y más temido del mundo árabe y llegar con él a algo así como un «compromiso histórico». Chehab se comprometía a que su país no volviera a servir de base a los enemigos de Nasser y éste prometía, a cambio, no volver a mencionar nunca una unión del Líbano a la República Árabe Unida.

A LOS MÍOS NO LES convenció ese arreglo. La crítica que se repetía constantemente en las conversaciones familiares era que el presidente libanés se había «alineado» con Nasser, que había convertido nuestro país en «satélite» de la RAU y que no tardaríamos en ver cómo amordazarían nuestra prensa y nacionalizarían nuestras empresas.

Pero esos temores no tenían fundamento alguno. Visto con perspectiva, descubrimos incluso que aquella reunión en la cabaña de la frontera fue uno de los escasos momentos en que el Líbano supo defender de forma inteligente su soberanía y ponerse a resguardo de los alborotos mortíferos de la zona.

* * *

EN LA MADRUGADA DEL 28 de septiembre de 1961 Damasco fue el escenario de un nuevo golpe de Estado. En esta ocasión en contra de Nasser, en contra de la unión con Egipto. Los golpistas acusaron al rais de haber despreciado su país, de haberlo tratado como a una colonia o una conquista bélica y de haberlo empobrecido. Ciertamente es que su socialismo burocrático había resultado para la economía siria tan ruinoso como para la economía egipcia.

Mi familia recibió la desintegración de la RAU con alivio e incluso con júbilo. Aún recuerdo los gritos de alegría en torno al transistor que transmitía los comunicados y los cantos patrióticos de Radio Damasco, que estaba en manos de los golpistas. Mi padre hizo gala

de tanto entusiasmo en su crónica del día siguiente que Chehab lo mandó llamar al palacio presidencial para reprenderlo.

El jefe del Estado temía que la frustración de los partidarios de Nasser diera pie a algaradas en las calles de Beirut y de otras ciudades libanesas en las que aún estaba vivo el recuerdo de los sucesos de 1958. ¡Sobre todo no hay que echar leña al fuego!, insistió. Los editorialistas deben ser responsables y circunspectos. «Ya que hemos conseguido lo que queríamos, hagamos como que nos entristecemos por los perdedores», le dijo Chehab con una leve sonrisa. Mi padre, que me ha repetido muchas veces esa frase, nunca supo si el empleo de aquel «nosotros» era un giro estilístico o si el presidente quería darle a entender que sus opiniones coincidían.

Lo que sí es cierto es que la unión egipcio-siria había supuesto una amenaza seria e inminente para la independencia del Líbano, no menos que para su paz civil; y que gracias a la sensatez, la clarividencia y la habilidad de sus dirigentes de entonces, el país salió de esa prueba indemne e incluso quizá reforzado.

EN LOS AÑOS SIGUIENTES VIMOS cómo se constituían, en fechas electorales, dos coaliciones: una partidaria de la línea política del presidente Chehab, llamada precisamente «la Línea», y otra contraria y bautizada como «la Alianza». En ambas había tanto cristianos cuanto musulmanes que se enfrentaban con ideas y programas y no sólo teniendo en cuenta consideraciones de clan o confesionales. El país parecía encarrilado por el buen camino, el de una nación adulta completamente decidida a ir modernizando y «secularizando» gradualmente su vida política y sus instituciones.

Esa orientación era noble, sana, estimulante, audaz, y tenía probabilidades de éxito. El país contaba con serias bazas. Estaba en la vanguardia de su zona por sus escuelas, sus universidades, sus periódicos, sus bancos y sus tradiciones mercantiles. Destacaba por una gran libertad de expresión y una gran apertura tanto hacia Oriente cuanto hacia Occidente. Habría podido tirar del universo levantino y del conjunto del mundo árabe hacia arriba, hacia una

democracia mayor y una modernidad mayor. Pero fue de él del que tiraron hacia abajo. Hacia una violencia mayor y una intolerancia mayor. Hacia el quebranto y el retroceso. Hacia la pérdida de toda confianza y de toda perspectiva de futuro.

LA RUINA DE ESE modelo que tan prometedor fue me causa una tristeza de la que ya no me queda tiempo para consolarme. Y tampoco tengo ánimos para buscar excusas fáciles. No cabe duda de que el fracaso lo explican en parte las crisis del Oriente Próximo, que enfrentaron a mi país con retos enormes. Pero también lo explica la forma desastrosa en la que se reaccionó ante esas crisis.

En las páginas anteriores he mencionado un momento crucial en que los responsables supieron dar con la forma adecuada para salir de un mal paso. Fue, por desgracia, la excepción, y no la regla. Desde la independencia, y sobre todo en las últimas décadas, pocos dirigentes hicieron gala de un gran sentido de Estado. La mayoría no tuvo más brújula que los intereses de su facción, de su clan o de su comunidad religiosa. Buscar aliados poderosos fuera de las fronteras nacionales fue para ellos una práctica habitual.

Todos justificaban sus componendas por el hecho de que los suyos eran una minoría, que habían padecido durante mucho tiempo y necesitaban defenderse cayera quien cayera. Por supuesto, todas las comunidades del Líbano son una minoría, incluso las más nutridas; todas pasaron, antes o después, por persecuciones o humillaciones, y todas sintieron la necesidad de protegerse para sobrevivir. Por eso todas se dedicaron a tejer redes regionales e internacionales con *partenaires* de todo tipo que albergaban sus propias ambiciones, sus propios temores, sus propias enemistades.

CON EL PASO DE LOS años, de las crisis y de las guerras, la tierra libanesa se convirtió en un campo franco donde se libraban directamente o por persona interpuesta incontables combates: entre rusos y norteamericanos; entre israelíes y palestinos; entre sirios y palestinos; entre sirios e israelíes; entre iraquíes y sirios; entre iraníes y saudíes; entre iraníes e israelíes. La lista es larga. Y siempre los beligerantes externos conseguían el apoyo de esta o de aquella facción local que, con excelentes pretextos, opinaban que era hábil y legítimo apoyarse en ellos para mover sus propios peones sin preocuparse demasiado por el país y sus frágiles equilibrios.

Los muros de la pequeña patria acabaron por agrietarse desde los elegantes tejados hasta los cimientos. Nada se parecía ya a lo que se había querido edificar y nada funcionaba ya como es debido. Las instituciones políticas se tambaleaban ya tanto que amenazaban con desplomarse. La economía ya no se tenía en pie más que con trabajosas chapuzas que retrasaban de semestre en semestre la bancarrota. La corrupción tenía mucho que ver con un saqueo sistemático mientras la población carecía de los servicios más elementales, tales como el agua, la electricidad, la atención médica, los transportes públicos, las telecomunicaciones o la recogida de basuras.

ESA DEGRADACIÓN MATERIAL Y MORAL es tanto más desconsoladora cuanto que el Beirut de mi juventud vivía, en lo tocante a la coexistencia de las religiones, una experiencia infrecuente que creo que habría podido brindar a esa zona tan tormentosa, e incluso a otras partes del mundo, un ejemplo sobre el que merecería pararse a pensar.

Sé muy bien que todo ser humano siente la tentación, según va envejeciendo, de convertir la época de su juventud en la edad de oro. No obstante, no queda más remedio que constatar que, en el mundo actual, en parte alguna se consigue que vivan juntas de forma equilibrada y armoniosa poblaciones cristianas, musulmanas y judías.

En los países donde prevalece el islam, a los fieles de las demás religiones los tratan en el mejor de los casos como a ciudadanos de segunda y, con gran frecuencia, peor aún: como a parias o a cabezas de turco; una situación que, además, se va deteriorando con el paso de los años en vez de mejorar.

En los países de tradición cristiana el comportamiento hacia el islam se caracteriza por la desconfianza. No sólo la que procede del terrorismo; existe una desconfianza más antigua, nacida de la rivalidad de dos religiones conquistadoras que cultivan la misma ambición planetaria, que llevan siglos enfrentándose en múltiples cruzadas y contracruzadas, en conquistas y reconquistas, en colonizaciones y descolonizaciones.

Y en las relaciones entre los musulmanes y los judíos prevalece también la misma desconfianza, nacida esta vez de una rivalidad reciente, pero tremendamente virulenta, entre nacionalismos respaldados en la religión y que se hallan inmersos en una guerra total, en todos los ámbitos y en toda la extensión del planeta.

ESTA HONDA DESCONFIANZA entre los fieles de las religiones monoteístas, firmemente anclada y que nutre continuamente la realidad cotidiana, dificulta cualquier intercambio fecundo entre las poblaciones y cualquier ósmosis armoniosa entre las culturas.

No dudo de que en todas las latitudes existan incontables personas de buena voluntad que quieran sinceramente entender al Otro y coexistir con él superando sus prejuicios y sus temores. Con lo que no nos topamos casi nunca, en cambio, y que yo, personalmente, no he visto más que en la ciudad levantina donde nací, es ese codearse permanente e íntimo de poblaciones cristianas o judías impregnadas de civilización árabe y esas poblaciones musulmanas que miran resueltamente hacia Occidente, su cultura, su forma de vida, sus valores.

Esa variedad tan inusual de coexistencia entre las religiones y entre las culturas era fruto de una sabiduría instintiva y pragmática más que de una doctrina universalista explícita. Pero estoy

convencido de que se habría merecido una gran proyección. A veces pienso incluso que habría podido actuar como un antídoto a los venenos de este siglo. O, cuando menos, proporcionarles unos cuantos argumentos concluyentes a quienes querrían resistir a los desvíos identitarios. El hecho de que las poblaciones que desempeñaban ese papel de catalizador hayan perdido hoy las raíces y estén en vías de extinción no es sólo una desgracia para las propias comunidades y para la diversidad de las culturas. La desintegración de las sociedades plurales de Levante ha traído consigo una degradación moral irreparable que en la actualidad afecta a todas las sociedades humanas y da rienda suelta en nuestro mundo a barbaries insospechadas.

* * *

EN LO REFERIDO, DE FORMA más concreta, a la manera en que se administró la diversidad religiosa en mi país natal, resulta difícil cantar sus alabanzas puesto que se cerró con el balance de un fracaso. Pero tampoco se trata de «tirar al niño con el agua del baño», como reza una antigua sentencia alemana.

A lo que llamo aquí «el niño» es a la idea de reconocer la existencia de todas las comunidades religiosas, incluso de las más pequeñas, y conceder a todas un estatuto legal, libertad de culto, derechos políticos y culturales, en una palabra: dignidad. Un principio que adoptó el Líbano desde el momento de su fundación y lo diferencia de la mayoría de los países del mundo.

Esta peculiaridad se vio durante mucho tiempo como una curiosidad local bastante cómica y probablemente superflua, tanto más cuanto que las zonas vecinas manifestaban alto y claro que sus conciudadanos recibían todos el mismo trato, sin tomar en consideración su pertenencia religiosa o étnica. ¡Quien se atreviera a asegurar que existía diferencia de trato según fuera una persona sunita o chiita, musulmana o copta, árabe o kurda, alauita o drusa, todo cuanto hacía, por lo visto, era difundir los embustes de los

enemigos de la nación! ¡Ni en Siria, ni en Irak, ni en Egipto, ni en el Sudán, ni en ningún otro país árabe, ni por lo demás en los países no árabes de Oriente Próximo, como Israel, Irán o Turquía, se hacían distinciones, hasta ahí podríamos llegar, entre los ciudadanos por su religión o su etnia! Sólo el Líbano seguía aún con esas sutilezas arcaicas...

Ahora sabemos que la consecuencia de esa negativa a consolidar la existencia de las diversas comunidades religiosas o lingüísticas no fue reforzar la igualdad entre ciudadanos o abolir las discriminaciones, sino exactamente lo contrario. Por doquier desembocó en la marginación y la exclusión de poblaciones enteras que tenían un papel que desempeñar.

AL ESCRIBIR ESTAS PÁGINAS, ESTOY pensando para empezar en Oriente Próximo, mi comarca natal, donde ningún país puede ufanarse de nada en este aspecto. Pero esta negativa no da por hecho que el resto del mundo sea virtuoso. No cabe duda de que es teóricamente posible que, en algunas sociedades, las mentalidades hayan evolucionado lo suficiente para que el propio hecho de tomar en cuenta las diferencias religiosas o étnicas haya llegado a resultar superfluo. A decir verdad, nada sé de la existencia de sociedades así, sería incapaz de nombrar ni tan siquiera una, pero estoy dispuesto a admitir que podría haberlas un día, en un mundo ideal. Hasta entonces, seguiré siendo escéptico acerca de los países que proclaman que todos sus ciudadanos reciben el mismo trato y que ningún estrato de la población necesita que lo protejan más que a los otros.

Este prurito por tranquilizar a las comunidades más intranquilas se hallaba presente desde el principio en la experiencia libanesa y sigue siendo, desde mi punto de vista, su contribución más notable a la civilización de hoy. En ese «arcaísmo» residían, pese a las apariencias, las promesas de una modernidad auténtica.

PERO HABÍA TAMBIÉN, DESDICHADAMENTE, alrededor del prometedor «niño», una «agua del baño» que habría habido que tirar lo antes posible. Me estoy refiriendo a la confesionalidad. Esa palabra, que es el equivalente local de lo que llaman en otros lugares comunitarismo, nombra a todo un sistema de cupos en virtud del cual los cargos importantes del país se reparten de antemano entre los representantes de las comunidades.

La idea original no era aberrante: había que evitar que, en la elección de un dirigente, apareciera sistemáticamente un candidato cristiano enfrentado a un candidato musulmán, con el apoyo respectivo de sus propios correligionarios. Se tomó pues la decisión de repartir de oficio los cometidos entre las diferentes comunidades. El presidente de la República habría de ser obligatoriamente un cristiano maronita; el presidente del Consejo, un musulmán sunita; el presidente del Parlamento, un musulmán chiita. En el gobierno habría siempre una paridad exacta entre ministros cristianos y musulmanes. Y cada comunidad tendría sus escaños de diputados, que no se le podrían negar. También se había llevado a cabo el esfuerzo de respetar determinados cupos en la función pública.

Aunque se trataba de un andamiaje complejo, e incluso alambicado, tenía su razón de ser y quizá habría podido llegar a producir los resultados esperados. Pero se subestimó el carácter insidioso y tóxico inseparable del sistema de cupos. Se albergó la esperanza de que, al suavizar la competencia entre las comunidades, disminuirían poco a poco las tensiones y se reforzaría en los ciudadanos el sentimiento de pertenecer más a una nación que a una confesionalidad. Pero ocurrió lo contrario. En vez de dirigirse al Estado para conseguir sus derechos, a los ciudadanos les parecía más útil recurrir a los dirigentes de sus comunidades. Éstas se convirtieron en satrapías autónomas, que gobernaban clanes o milicias armadas y colocaban sus propios intereses por encima del interés nacional.

A decir verdad, y lo escribo en el crepúsculo de mi vida con infinita tristeza, en vez de quedarse con el niño y tirar el agua sucia,

se hizo lo contrario. Tiraron al niño y conservaron sólo el agua sucia. Todo cuanto era prometedor se agostó. Todo cuanto era intranquilizador e insano, y que se esperaba que fuera provisional, se afincó con mayor firmeza que nunca.

EN LA ACTUALIDAD ESTOY CONVENCIDO de que el ideal —para mi país natal, pero no sólo para él— no reside ni en el sistema de cupos, que encierra a la sociedad en una lógica perversa y conduce directamente a lo que se quería evitar, ni en la negación de las diferencias, que disimula los problemas y contribuye a menudo a agravarlas, sino en la instauración de un dispositivo de supervisión con el que se tendría cuidado de comprobar permanentemente que ningún sector de la población, e incluso, en el mejor de los casos, ningún ciudadano, padece una discriminación injusta vinculada al color, a la religión, a la etnia, a la edad, al sexo, etc. Si no queremos resignarnos a una lenta putrefacción del tejido social y tampoco queremos entrar en la lógica insidiosa del comunitarismo, hemos de esforzarnos en tener en cuenta las múltiples sensibilidades que existen en el seno de la población, de forma tal que todos y cada uno de los ciudadanos se reconozcan en la sociedad en la que viven, en su sistema social y sus instituciones. Y eso exige que se esté pendiente a diario de todas las tensiones y de todas las distorsiones.

No es sencillo, por supuesto. Como tampoco les resulta sencillo a las autoridades de un país moderno gestionar la salud pública, los transportes o la enseñanza. Pero cuando se toma conciencia del hecho de que lo que está en juego es la propia supervivencia de la nación, su prosperidad, su lugar en el mundo y su paz civil, se consiguen los medios cueste lo que cueste.

* * *

¿ACIERTO CUANDO LE DOY TANTA importancia a mi región natal, a sus peculiaridades sociológicas y a las tragedias que la enlutaron?

Lo que me incita a hacerlo es que las turbulencias del mundo árabe musulmán se han convertido en estos últimos años en

manantial de una angustia predominante para la humanidad entera. Es evidente que algo grave e incluso inaudito ha ocurrido en esa región y ha contribuido a trastornar nuestro mundo y a desviarlo del camino que habría debido ser el suyo.

Es algo así como si hubiéramos padecido todos un seísmo mental de gran magnitud cuyo epicentro se hallase por donde cae mi tierra natal. Y es precisamente por eso, porque nací y crecí al filo de la «grieta», por lo que me esfuerzo en entender cómo se produjo el seísmo y por qué se extendió al resto del mundo con las monstruosas consecuencias que ya conocemos.

Tendré ocasión de volver más de una vez sobre esta cuestión que me obsesiona y está en el meollo de este libro. Si la menciono aquí, al final de este capítulo dedicado a los paraísos perdidos de mi infancia, es porque veo hoy que si aquellas experiencias levantinas hubiesen tenido éxito, si hubiesen podido brindar modelos viables, las sociedades árabes y musulmanas habrían podido evolucionar de forma diferente. Hacia menos oscurantismo, menos fanatismo, menos quebranto, menos desesperación...

Quizá, incluso, la humanidad entera hubiese ido por otro camino que este de hoy, que nos lleva directamente al naufragio.

II

De los pueblos que zozobran

Los imperios más civilizados estarán siempre tan cerca de la barbarie como el hierro más bruñido lo está de la herrumbre: en las naciones, al igual que en los metales, sólo relucen las superficies.

Antoine de RIVAROL (1753-1801)

De la filosofía moderna

1

HE SENTIDO SIEMPRE GRAN apego por la civilización de mis padres, tuve la esperanza de verla renacer, prosperar, florecer, recuperar su influencia, su grandeza, su generosidad, su creatividad, para que pudiera deslumbrar una vez más a toda la humanidad. Nunca habría creído que en el crepúsculo de mi vida iba a verme en la obligación de describir su itinerario con palabras tales como quebranto, desconsuelo, deriva, cataclismo, retroceso, naufragio, zozobra...

Pero ¿cómo calificar de otra manera ese paisaje destrozado que se extiende ante nuestra vista? Esos países que se desintegran, esas comunidades milenarias a las que extirpan de raíz, esos nobles vestigios derribados, esas ciudades despanzurradas y, además, ese indescriptible estallido de salvajismo —lapidaciones, decapitaciones, amputaciones, crucifixiones, linchamientos—, todo ello debidamente filmado y transmitido para que el resto del planeta no se pierda ni una imagen.

Pocas veces en la historia de los pueblos el odio propio ha llevado a tales extremos. En vez de dar realce a la imagen de su civilización, en vez de destacar su contribución a la aventura humana en matemáticas, arquitectura, medicina o filosofía, en vez de recordar a sus contemporáneos las magnas horas de Córdoba, de Granada, de Fez, de Alejandría, de Siria, de Bagdad, de Damasco o de Alepo, los descendientes de los sublimes edificadores de ayer se muestran indignos de la herencia de la que son depositarios. Diríase incluso que intentan deliberadamente avergonzar a los enamorados de su civilización para darles la razón a sus detractores.

Antaño, quienes odiaban a los árabes eran sospechosos de xenofobia y de nostalgia colonialista; ahora, todo el mundo se siente autorizado a odiarlos con total tranquilidad de conciencia en nombre de la modernidad, de la laicidad, de la libertad de expresión o de los derechos de la mujer.

HE HABLADO DE «ODIO PROPIO»... Ese comportamiento me parece relativamente reciente. Lo que llevan anclado los míos y me irritó constantemente en mi juventud es su falta de confianza en sí mismos y en su capacidad para hacerse cargo de las riendas de su destino. Una disposición de ánimo que no deja de tener relación con el odio propio: es incluso seguramente el terruño en que se implanta. Pero no tiene las mismas repercusiones destructivas y no es en modo alguno atributo exclusivo de un pueblo, de una etnia o de una comunidad religiosa. Todos los que padecieron durante mucho tiempo la agobiante autoridad de un colonizador, de un ocupante, de una metrópolis saben de ese sentimiento de dependencia, de esa necesidad de esperar a que los avale una instancia superior, de ese temor de ver que hay quien desprecia sus decisiones propias, las castiga, las deroga.

La historia de mi país natal es elocuente al respecto. Durante siglos, las órdenes llegaban de Estambul, de la Sublime Puerta, como solía decirse. De vez en cuando, un emir de la Montaña se rebelaba, se construía un feudo, tejía alianzas, conseguía dos o tres victorias. Por desgracia, la Puerta acababa siempre por reaccionar; vencía al rebelde, lo capturaba y luego lo llevaba cargado de cadenas a un calabozo húmedo. Hasta el crepúsculo de los otomanos no pudo el Monte Líbano librarse de su dominio, cuando hubo, por encima del sultán, otros soberanos mucho más poderosos que le imponían sus propias exigencias.

Pero no por ello desapareció la costumbre de obedecer a una Sublime Puerta. Las órdenes, que no llegaban ya de Estambul, las esperaban ahora de Washington, de Moscú, de París, de Londres; y también de algunas capitales de la zona, como El Cairo, Damasco,

Teherán o Riad. E incluso hoy, cuando llega el momento de elegir nuevo presidente, por ejemplo, los ciudadanos no se preguntan cuál de los potenciales candidatos sería mejor para el país, sino más bien en qué nombre se pondrán de acuerdo las cancillerías; ha sucedido incluso más de una vez que se retrasasen las elecciones, rebasando con mucho el plazo constitucional, a la espera de que las «potencias electoras» consiguieran ponerse de acuerdo.

Aunque el caso libanés tenga sus peculiaridades, no por ello es menos representativo de una mentalidad que nos encontramos, en grados diferentes, en el conjunto de los países árabes y que se caracteriza por una atención excesiva a los desiderata de las Potencias. Se calcula que son omnipotentes y que es inútil oponer resistencia. Se considera que entre ellas existe forzosamente complicidad y que es inútil apostar por sus contradicciones. Y se tiene el convencimiento de que han concebido, para el futuro de las naciones, proyectos concretos que seguramente no se pueden modificar y hay que limitarse a intentar adivinar; por ello, la mínima declaración de un consejero subalterno de la Casa Blanca se examina como si se tratase de una decisión del Cielo.

Ese defecto que padecen los míos procede de una prolongado ejercicio del desánimo y la resignación. ¿Para qué protestar, reivindicar, indignarse si sabemos que todo acabará en un baño de sangre? ¿Para qué oponerse a este o aquel adversario o a tal o cual dinastía si las Potencias no querrán dejarlos sueltos nunca? Y son, por descontado, esas mismas Potencias las que decretan cuándo debe empezar una guerra y el momento en que debe concluir... A cualquiera que ponga en tela de juicio esas venerables aseveraciones se lo considera un ingenuo o un ignorante.

* * *

POR MÁS QUE RIDÍCULA E irritante, esa carencia de confianza en sí mismo parece, no obstante, benigna cuando se la compara con lo que surge del mundo árabe desde hace unos años, a saber, ese

hondo aborrecimiento de sí y de los demás al que acompañan una glorificación de la muerte y unos comportamientos suicidas.

No resulta fácil explicar con palabras una deriva tan monstruosa. Aquí querría decir sencillamente que para quienes nacieron en la misma época y en la misma zona que yo esa evolución parece a la vez más preocupante y menos sorprendente que para la mayoría de nuestros contemporáneos.

Cuando un hombre decide poner fin a su vida, sólo podemos preguntarnos por qué ha llegado a ese extremo. Aunque los motivos de un suicidio no sean siempre los mismos, sí suele haber una razón común: la ausencia de esperanza, la sensación de haber perdido, y de forma irreversible, aquello sin lo que la vida ya no merece la pena vivirse: la salud, la fortuna, la dignidad o a la persona amada.

Me guardaré muy mucho de añadir que ocurre lo mismo con los pueblos. Pues, a decir verdad, es algo que nunca sucede. Lo que sí sucede es que un grupo de personas —una familia, una cuadrilla, una secta pequeña— lleve a cabo un suicidio colectivo. Las crónicas de la Antigüedad refieren incluso que en Fenicia, en el siglo IV antes de nuestra era, los habitantes de Sidón, a quienes había puesto sitio el rey de Persia, incendiaron su propia ciudad por preferir perecer antes que entregarse al invasor; y todo el mundo conoce el episodio de Masada, donde los sicarios judíos se mataron para no caer en manos de los legionarios de Roma.

Pero el fenómeno al que asistimos en este siglo llega más allá. Que millones de personas sean presa de la desesperación y que muchas de ellas acaben adoptando comportamientos suicidas nunca se había dado en la Historia y me parece que todavía no hemos calibrado por completo lo que está ocurriendo ante nuestros ojos en el conjunto del mundo árabe musulmán y también en todos los países donde viven sus diásporas.

Me acuerdo de haber visto, en abril de 2011, durante las primeras fases del levantamiento sirio, un vídeo rodado de noche en que unos manifestantes gritaban marcando el ritmo: «Por millones al martirio

iremos, y al paraíso». Un eslogan que no iba a tardar en oírse en otros países de la zona.

Miraba a esos hombres tan fascinado como espantado. Demostraban un gran valor, sobre todo porque en aquella época no tenían armas y los partidarios del régimen les disparaban cada vez que había una concentración. Pero sus palabras revelaban almas dañadas y dejaban a la vista un tremendo quebranto.

Cuando a una persona se le quitan las ganas de vivir es a sus seres cercanos a quienes corresponde devolverles la esperanza. Cuando son poblaciones enteras las que permiten que se adueñe de ellas el deseo de destruir y de destruirse, nos corresponde a todos sus contemporáneos dar con el remedio. Si no por solidaridad con el Otro, al menos por voluntad de supervivencia.

Pues la desesperación, en nuestra época, se extiende allende los mares, allende los muros, allende todas las fronteras tangibles o mentales, y no es fácil ponerle coto.

2

LLEVO SIEMPRE CONMIGO, ESCRITAS en una cartulina doblada, estas palabras de un poeta árabe poco conocido, Abu l-Salt ibn Umayya, nacido en España, en Denia, en el siglo XI:

*Si es mi origen el polvo, cada país
es el mío, y los mundos, mis parientes³.*

No es por lo demás necesario remontarse tan atrás en el pasado para entrever un rostro muy otro de la civilización de mis padres. La abominación que prolifera ahora ante nosotros es más reciente de lo que parece. Yo mismo he conocido una realidad muy diferente. Pero cuando se me ocurre mencionarlo en la actualidad, noto que a mi alrededor surgen la irritación, la impaciencia y la incredulidad.

Y no puedo decir que me sorprenda. Cuando una calamidad ha ocurrido ya, nunca se puede demostrar que era evitable. Incluso aunque esté uno convencido de ello. Y yo lo estoy. Pasé mi juventud en esa parte del mundo y desde entonces no he dejado de observarla. El discutible beneficio de mi generación es precisamente que hemos sido testigos de la lenta metamorfosis del doctor Jekyll en Mr. Hyde; me refiero a la transformación de un amplio conjunto de pueblos, que no se apartaban mucho de las normas de su época y compartían todos los sueños, todas las ambiciones y todas las ilusiones de sus contemporáneos, en muchedumbres ariscas, rabiosas, amenazadoras, desesperadas.

ESA «NORMALIDAD» ESTÁ HOY DÍA olvidada. A muchas personas les cuesta trabajo incluso creer que haya existido en realidad, de tanto como se han acostumbrado a considerar todo cuanto tenga que ver con los árabes como procedente de otra galaxia. No está de más por lo tanto recordarles, por ejemplo, que la línea de fractura ideológica que existió en la humanidad en el siglo XX entre el marxismo y sus adversarios cruzaba también por el mundo musulmán igual que por el resto del planeta.

Países como el Sudán, Yemen, Irak o Siria albergaban importantes formaciones políticas de obediencia comunista. Y la franja de Gaza, antes de convertirse en bastión de Hamás, emanación palestina de los Hermanos Musulmanes, fue hasta la década de 1980 el feudo de una organización que reivindicaba para sí el marxismo-leninismo.

Más elocuente aún es el ejemplo de Indonesia. En nuestros días, siempre que se la menciona, se destaca que se trata de la mayor nación musulmana del mundo. En mi adolescencia, se la conocía también por otra peculiaridad: la de albergar el partido comunista más nutrido del planeta tras los de China y la Unión Soviética; en su apogeo contaba con casi tres millones de militantes, algo más que su «competidor» más próximo: el Partido Comunista italiano.

No pretendo entonar aquí las alabanzas del movimiento comunista. Trajo consigo inmensas esperanzas para toda la humanidad y luego las traicionó. Movilizó a personas valiosas, a portadores de los ideales más generosos, y luego los condujo a un callejón sin salida. Su quiebra fue un cataclismo, de no menor entidad que sus extravíos, y facilitó que el mundo cayera en el deterioro global al que estamos asistiendo hoy.

Si el tono que empleo al mencionar este pasado próximo indica pese a todo cierta nostalgia, es porque la presencia en el seno de varias naciones con gran mayoría musulmana, entre la década de 1920 y el final de la década de 1980, de una ideología resueltamente laica, como lo es el marxismo, me parece hoy un fenómeno significativo y revelador cuya desaparición resulta legítimo lamentar.

Dejando de lado el aspecto puramente político, hay que recordar el ambiente intelectual y cultural que imperaba durante buena parte del siglo XX y que conocí personalmente en Beirut. Estoy pensando por ejemplo en los debates que podían tener los muchachos y muchachas estudiantes en la Universidad de Jartum, en los jardines de Mosul o en los cafés de Alepo; en los libros de Gramsci que esos jóvenes se habían acostumbrado a leer, en las obras de Bertolt Brecht que interpretaban o que aplaudían, en los poemas de Nazim Hikmet o de Paul Éluard, en los cantos revolucionarios que les hacían palpar el corazón, en los acontecimientos que los hacían reaccionar: la guerra de Vietnam, el asesinato de Lumumba, el encarcelamiento de Mandela, el vuelo espacial de Gagarin o la muerte del Che. Y más que en todo eso, pienso con honda nostalgia en la sonrisa de las estudiantes afganas o yemeníes que resplandecen aún en las fotos de la década de 1960. Y luego lo comparo con el universo exiguo, sombrío, cariacontecido y desmedrado en que se hallan encerrados quienes acuden hoy a esos mismos lugares, esas mismas calles, esas mismas aulas universitarias.

EXPLICAN MI TRISTEZA OTRAS CUANTAS razones de las que suelo hablar poco incluso aunque las tenga presentes a menudo.

Cuando rememoro la historia de mi zona natal durante los cien últimos años, compruebo que los movimientos políticos de inspiración marxista fueron, a fin de cuentas, los únicos en que musulmanes, judíos y cristianos de cualesquiera confesiones pudieron coincidir codo con codo durante cierto tiempo. Bien es verdad que, en la mayoría de los países, el impacto de esas formaciones fue limitado. Pero hubo también algunas excepciones notables.

Pienso sobre todo en el caso de ese personaje a quien llamaban «el camarada Fahd». Nacido en Bagdad en 1901, en una familia cristiana asiria, estudió en una escuela de misioneros estadounidenses antes de descubrir el marxismo e implicarse en las

luchas sociales. Tenía tal poder de influencia y tales capacidades organizativas que se convirtió no sólo en el dirigente indiscutido del joven Partido Comunista iraquí, sino también es una de las figuras más populares del país, incluyendo a todas las comunidades. Las autoridades decidieron encarcelarlo. Pero seguía pudiendo organizar desde su celda huelgas generales y manifestaciones de masas. Resolvieron entonces librarse de él de una vez por todas. Condenado a muerte por «contactos con países extranjeros», «actos subversivos» y «propaganda comunista dentro de las fuerzas armadas», lo ahorcaron en público en febrero de 1949.

La nación entera se sumió en el luto, a lo que se dice. Sus camaradas estaban inconsolables y miles de militantes juraron vengarlo. Cuentan incluso que el día en que derrocaron a la monarquía iraquí, nueve años después, los manifestantes se apoderaron de los dignatarios que consideraban responsables de su muerte y los llevaron a rastras desde el palacio real hasta el lugar en que habían ajusticiado al «camarada Fahd» para hacerles correr la misma suerte.

Si he referido esta historia es sólo para dejar constancia de que en la actualidad no existe ya en ese país ni en el resto de la zona ni un movimiento político que pueda poner al frente a alguien que pertenezca a una reducida comunidad como la de los cristianos asirios. Para que un iraquí pueda desempeñar algún papel, tiene que proceder necesariamente de una de las tres comunidades principales de que se compone la nación: chiitas, sunitas o kurdos. No queda ya por lo demás ni un partido que tenga implantación en las tres a un tiempo...

En lo referido a cristianos asirios o asirio-caldeos, han tenido que abandonar en masa esa Mesopotamia en la que vivieron sus antepasados durante milenios para desterrarse en los Estados Unidos, en Canadá, en Suecia y en otros lugares. Los arrancaron de raíz ayer mismo, ante nuestros ojos y entre la indiferencia sensiblera tan propia de este siglo.

* * *

EL CASO DEL «CAMARADA FAHD» me lleva a mencionar una cuestión que me preocupa desde hace mucho, que ha cobrado importancia estos últimos años con el auge del comunitarismo y de la que no se habla lo suficiente.

Me he preguntado a menudo si no hubo en la historia del comunismo, desde sus orígenes, un gigantesco sobreentendido, que difundieron de forma consciente o inconsciente los fundadores, los adeptos y también los detractores y que podría formularse de la siguiente forma: no fue sólo a los *proletarios* a quienes Marx prometió, por así decirlo, la salvación, sino igualmente a los *minoritarios*, a todos aquellos que no podían identificarse plenamente con la nación a la que supuestamente pertenecían. Eso fue, en cualquier caso, lo que muchos entendieron en su mensaje.

No es por casualidad por lo que el dirigente histórico del Partido Comunista iraquí fue un cristiano ni por lo que el dirigente histórico del Partido Comunista sirio fue un kurdo. No fue por casualidad por lo que tantos judíos de Rusia, Alemania, Polonia, Rumanía y otros lugares se sumaron a ese movimiento con entusiasmo. Y no es tampoco por casualidad por lo que, cuando se creó el Estado de Israel, los árabes que no se fueron de ese territorio se alistaron en masa bajo la bandera del Partido Comunista: era la única formación que les permitía participar en la vida política en igualdad de condiciones que sus conciudadanos judíos sin albergar el sentimiento de estar traicionando su identidad árabe. En muchos países, quienes no pertenecen a la religión dominante o a la etnia mayoritaria suelen verse excluidos o, al menos, se quedan al margen: si tienen empeño en implicarse en la acción política, deben integrarse en un espacio donde puedan disponer de los mismos recursos que sus compatriotas que proceden de las comunidades mayores.

En Levante, igual que en Europa oriental y en muchas otras zonas del mundo, los movimientos de inspiración marxista desempeñaron

mucho tiempo ese cometido. Se coincidía allí con hombres —y también mujeres— de confesiones varias y orígenes varios, atraídos todos por una doctrina que hacía hincapié en la pertenencia a una clase y ocultaba por ello la desventaja, por no decir la maldición, que suponía para ellos su estatuto de minorías. Trascender su pertenencia a un ámbito estrecho para proyectarse hacia una identidad amplia que abarcara a «los proletarios del mundo», es decir, a todo el género humano, ¿podían aspirar a algo mejor? Independientemente de las ideas políticas inherentes, esa disposición de ánimo representaba un progreso innegable, y no sólo para los militantes propiamente dichos; al alzarse por encima de su propia comunidad, se liberaban de la plúmbea lógica comunitaria y toda su sociedad se liberaba también hasta cierto punto.

Ni que decir tiene que la mayoría de ellos se habrían sentido muy ofendidos si alguien les hubiera explicado con estas palabras las razones subterráneas de su compromiso. Desde su punto de vista, se estaban rebelando sencillamente contra la opresión, contra la alienación, contra la explotación del hombre por el hombre. Hablaban de buen grado de su alistamiento en la clase obrera o de su conciencia de clase; algunos decían incluso, no sin orgullo, que eran «traidores» a la burguesía, de la que procedían. Habrían sido reacios a admitir que su pertenencia religiosa o étnica tenía algo que ver en su lucha.

FORMÉ PARTE DE ESA COHORTE brevemente. Tan brevemente que sería presuntuoso dedicarle a ese hecho más allá de unas pocas líneas. Me sumé al movimiento a los dieciocho años y medio, me fui a los diecinueve años y medio. Tardé muy poco en darme cuenta de que no tenía temperamento de militante ni de adepto. Me marché, pues, de puntillas, sin salidas de tono, sin disgusto, sin acritud. Sin romper ni poco ni mucho con los amigos que se habían quedado, pero no conservando de sus creencias más que lo que tenía que ver ya con mis convicciones más antiguas, a saber, la fe en un mundo donde

ningún ser humano padeciera discriminación por su color, su religión, su lengua, su nacionalidad, su identidad sexual o su origen social.

Es posible que esas convicciones —universalistas o sencillamente conciliadoras— echasen raíces por mi pertenencia a un país pequeño y a una comunidad diminuta; quienes tienen un perfil como el mío prosperan en algunos entornos y decaen en otros. Me guardaré muy mucho sin embargo de sacar la conclusión de que los minoritarios adquieren de forma natural esa mentalidad. Su reacción más espontánea es afirmar sus peculiaridades y encerrarse en ellas, más que intentar trascenderlas. Eso es algo que siempre fue cierto y sigue siéndolo aún más en este siglo.

HE HABLADO DE NOSTALGIA Y de arrepentimiento. Es preciso mirar algo más de cerca esas nociones imprecisas. ¿Habrían evolucionado mejor los países árabes o musulmanes si los partidos comunistas hubiesen desempeñado un papel mayor? No lo creo y estoy incluso convencido de lo contrario. En vista de cómo se han comportado esos movimientos siempre que han llegado al poder, es sensato suponer que habríamos asistido a derivas monstruosas —purgas, matanzas y la aparición de un sinfín de Stalins en miniatura— más que a milagros. Desde ese punto de vista, no hay ni que arrepentirse ni sentir nostalgia.

Lo que sí estamos en cambio autorizados a lamentar es la desaparición del único espacio político que permitía a todos y cada uno de los ciudadanos, fueren cuales fueren sus pertenencias étnicas, religiosas u otras, desempeñar un papel de primera fila en el seno de su nación.

Me habría resignado fácilmente si a ese espacio liberador creado por el marxismo y situado a la izquierda del tablero político lo hubiera sustituido un espacio comparable situado a la derecha. Pero no fue eso lo que sucedió. Los minoritarios volvieron a ser unos parias y unas víctimas con la ejecución aplazada. Lo que constituye, desde mi punto de vista, una pérdida irreparable e incluso un

retroceso calamitoso. Tanto para mi zona natal cuanto para el resto del mundo.

Como personalmente pertenezco a esos minoritarios, da quizá la impresión de que estoy llevando el agua a mi molino. Pero lo que me preocupa es otra cosa. A lo largo de toda la historia humana, la suerte de los minoritarios fue un indicio revelador de un problema más extenso que afecta a todos los ciudadanos de un país y a todos los aspectos de su vida social y política. La actitud de los nazis con los judíos en las décadas de 1930 y 1940 resultó asesina y destructiva para el conjunto de la nación alemana, y más allá. En una sociedad en que los minoritarios padecen discriminación y persecución todo se corrompe y se pervierte. Los conceptos pierden su sentido. Seguir hablando de elecciones, de debates, de libertades académicas o de Estado de derecho se convierte en algo abusivo y engañoso.

Cuando deja de ser posible ejercer las propias prerrogativas de ciudadano sin remitirse a la pertenencia étnica o religiosa, es que la nación entera se ha internado por la vía de la barbarie. Mientras una persona que pertenezca a una comunidad diminuta pueda desempeñar un papel a escala de todo el país, eso quiere decir que la cualidad de ser humano y de ciudadano prima por encima de todo lo demás. Cuando se vuelve imposible, es que el concepto de ciudadanía y también el concepto de humanidad no funcionan. Esto es cierto en la actualidad en todas las comarcas de Levante sin excepción alguna. Y es cada vez más cierto, en diversos grados, en otras partes del mundo.

Incluso en los países con gran tradición democrática se torna difícil ejercer el papel de ciudadano sin hacer referencia a los orígenes étnicos, a la confesionalidad o a pertenencias específicas.

EL FILÓSOFO ESTADOUNIDENSE WILLIAM JAMES se hizo un día, en una conferencia dada a unos estudiantes, una pregunta muy pertinente: puesto que los períodos bélicos movilizan las energías y les sacan de dentro a todos los seres humanos lo mejor que pueden aportar —

camaradería, ayuda mutua, fervor, entrega de uno mismo—, ¿no habría, pues, que desear, como hacen algunos, «una buena guerra» para acabar con la indolencia y con la dejadez? La respuesta fue que había que inventar, en el seno de nuestras sociedades, «un equivalente ético de la guerra», es decir, combates pacíficos que echasen mano de las mismas virtudes, que movilizaran las mismas energías, pero sin tener que pasar por las atrocidades que traen consigo las guerras. Siento la tentación de hacer aquí un comentario similar: a lo mejor necesitamos en este siglo un «equivalente ético» del internacionalismo proletario sin las monstruosidades que sus aguas acarrearán. ¿No sería deseable, efectivamente, ver aflorar, frente a todas las atrocidades identitarias, un anchuroso movimiento capaz de llevar a cabo una movilización masiva de nuestros contemporáneos en torno a valores universales y más allá de todas las fronteras políticas, religiosas, étnicas o culturales?

También en este ámbito mi tierra natal habría podido dar ejemplo y extender la luz por el planeta, pero acabó, desgraciadamente, por extender las tinieblas.

3

ESTE BREVE RODEO POR la historia ambivalente del marxismo apuntaba sobre todo a recordar la «normalidad» del mundo árabe haciendo hincapié en que ese mundo acarició durante mucho tiempo los mismos sueños y las mismas ilusiones que el resto del planeta. Tenía que insistir en ese aspecto porque la idea que prevalece en nuestros días es precisamente que ese mundo posee un carácter «ajeno» innato. Se lo cree portador de «diferencias irreductibles», y ello desde la noche de los tiempos. Se llega incluso a considerarlo, consciente o inconscientemente, como un universo aparte en que mora una humanidad de otra categoría.

Es ésta una postura ampliamente compartida. Por todos aquellos, cada vez más numerosos, que sienten desconfianza u hostilidad por el mundo árabe musulmán y las poblaciones que de él descienden; por los militantes islamistas más radicales, cuyas palabras y actos tienden a acreditar esa percepción, y también por un amplio abanico de personas de todos los orígenes y todas las creencias a quienes impactan algunos comportamientos, que comprueban las diferencias con los suyos propios y que sacan con absoluta buena fe conclusiones que les parecen evidentes.

Si las posturas así me preocupan es porque esa creencia en unas «diferencias irreductibles» hace que nos engolfemos, sin pretenderlo, en un camino peligroso y perverso, que se encarrila hacia la abolición de la noción de universalidad e incluso la de humanidad. Y es para desmentir esa creencia por lo que recuerdo incansablemente hasta qué punto el mundo árabe que yo conocí en

la juventud compartía las normas de la época. Tenía, en lo esencial, las mismas preocupaciones, los mismos debates, las mismas risas. Y habría podido evolucionar perfectamente de una forma completamente distinta a esa por la que en la actualidad paseamos la vista.

QUIENES, COMO YO, TIENEN LA costumbre de andar rondando por la Red pueden hallar allí una pasmosa secuencia filmada en Egipto a mediados de la década de 1960. Está en árabe, pero algunos internautas se han ocupado de subtitularla en otros idiomas, y en particular en francés y en inglés. Se ve en ella a Nasser en un auditorio o en una sala de congresos explicándole a un nutrido público sus agravios referidos a los Hermanos Musulmanes. Lo interesante del documental está tanto en lo que dice el rais cuanto en las reacciones del auditorio.

El presidente refiere que, tras el derrocamiento de la monarquía egipcia, los Hermanos intentaron tutelar la joven revolución y que él en persona se entrevistó con un guía supremo para intentar encontrar un terreno de entendimiento con él. «¿Sabéis lo que me pidió? ¡Que impusiera el velo en Egipto y que todas las mujeres que salieran a la calle llevaran la cabeza cubierta!»

Una tremenda carcajada retumba en la sala. Se alza una voz de entre los asistentes para sugerir que el velo se lo ponga el jefe de los Hermanos. El público ríe a más y mejor. Nasser sigue hablando: «Le dije: “¿Quieres devolvernos a los tiempos del califa al-Hakam, que ordenó a la gente que sólo saliese a la calle de noche y se encerrase en su casa por el día?”. Pero el guía de los Hermanos insistió: “El presidente eres tú; deberías ordenar a todas las mujeres que se cubriesen”. Le contesté: “Tienes una hija que estudia en la Facultad de Medicina y no lleva velo. Si tú no consigues obligar a llevar velo sólo a una mujer, que es tu propia hija, no pretenderás que yo salga a la calle a imponer el velo a diez millones de egipcias”».

Al rais lo divierte tanto lo que está contando que le cuesta volver al asunto del discurso. Bebe un sorbo de agua. Y, cuando consigue controlar una risa irreprimible, empieza a formular las peticiones que, según él, le hizo el dirigente islamista: las mujeres deben dejar de trabajar, hay que cerrar los cines y los teatros, etc. «Dicho de otro modo, la oscuridad debe reinar por todas partes!» Más risas...

A LOS ÁRABES QUE VEN esas imágenes medio siglo después no les entran ya ningunas ganas de reírse. Más bien les entran ganas de llorar. Porque un discurso así de uno de sus dirigentes sería hoy inconcebible. ¿Bromear con el tema del velo cuando tanta gente se lo toma por la tremenda? Parece hartó probable, por lo demás, que las mujeres que estaban presentes en la sala, si es que siguen aún en este mundo, y también las hijas y las nietas de los hombres de la asistencia, lleven ahora mismo dócilmente el velo. A veces por propia voluntad y a veces porque la presión social no les deja otro remedio.

¿Es necesario que recuerde que el dirigente que así hablaba no era un político del montón, que no era el dirigente de una facción laica radical, sino que era —iy con mucho!— el dirigente más popular del mundo árabe y del mundo musulmán en conjunto? Sus fotos estaban por todas partes, tanto en Beirut como en El Cairo, y también en Argel, en Nuakchot, en Adén, en Bagdad, e incluso en Karachi o en Kuala Lumpur. Esperaban de él que devolviera la dignidad a sus compatriotas y a sus correligionarios. Desde que se fue, nadie ha conseguido ocupar su lugar en los corazones.

AL ESCRIBIR ESTAS PÁGINAS, HE consultado a mi madre para que me especificase unos cuantos detalles y ha vuelto a hablarme del Egipto de antes, de la playa de Alejandría, de los paseos a caballo y de «nuestra» casa de Heliópolis. En sus recuerdos, Nasser, por supuesto, no sale muy bien parado. Si yo, por mi parte, lo recuerdo con cierta nostalgia es porque comparo su época no con la anterior, que yo no conocí de primera mano, sino con la siguiente, la nuestra.

Y el contraste es sobrecogedor. Por mucho que el rais fuera un dictador militar, un nacionalista no poco xenófobo y, para los míos, un expoliador, no deja de ser cierto que, en su época, se respetaba a la nación árabe. Tenía un proyecto, aún no estaba en pleno quebranto ni se odiaba a sí misma.

* * *

ACABO DE CITAR EL EJEMPLO del velo; he aquí otro, que tiene que ver con las dos grandes ramas del islam, los sunitas y los chiitas.

Lo que caracteriza sus relaciones en nuestros días es una enorme violencia. Violencia sanguinaria que se traduce en matanzas a ciegas, que a menudo apuntan a mezquitas a la hora de la oración o a procesiones de peregrinos. Y violencia verbal inaudita; basta con dar una vuelta por Internet para descubrir con qué expresiones insultantes y obscenas hablan unos de otros. Una violencia que todo el mundo describe como «secular». Ahora bien, Nasser, que era sunita como casi todos los musulmanes de Egipto, estaba casado con la hija de un comerciante iraní afincando en Alejandría. Su mujer, de soltera Tahia Kazem, era de confesión chiita, pero por entonces eso no le importaba a nadie, ni a los admiradores del rais ni a sus detractores. La antigua hostilidad entre las dos ramas principales del islam parecía pertenecer al pasado.

En lo tocante a las bodas entre chiitas y sunitas, se habían vuelto muy frecuentes en el Líbano en mi juventud. Y eran incluso muy numerosas entre musulmanes y cristianos. No cabe duda de que seguían contando con reticencias en diversos ámbitos, pero las aceptaban sin refunfuñar cada vez más familias como una evolución normal en un mundo en movimiento.

Aún recuerdo a aquella señora de la alta burguesía musulmana que fue un día a verme. Yo sólo tenía veinticinco años, pero debía de parecerle un venerable sabio. Su hija salía con uno de mis amigos, un profesor universitario cristiano, y tenían intención de casarse. «Esta gestión que estoy haciendo no es habitual, lo sé —me dijo—;

pero sólo quiero que me diga confidencialmente si ese joven le parece serio y si cree que la hará feliz. A nosotros no nos resulta fácil conceder la mano de nuestra hija única a alguien de otra religión; van a surgir tensiones y querría tener la seguridad de que el joven merece la pena y que no me arrepentiré el día de mañana de haber dado este paso.»

Sus palabras me emocionaron mucho. Ahora las considero emblemáticas de aquella civilización levantina a la que tanto quise.

¿LOS EJEMPLOS QUE ACABO DE poner significan que el mundo árabe se encaminaba apaciblemente hacia la modernidad, hacia el laicismo y hacia la paz civil cuando los «accidentes de la Historia» se presentaron para desviarlo de su camino y empujarlo en una dirección muy diferente? Las cosas no son tan sencillas. La civilización de mis padres pasó desde hace varios siglos por deficiencias, incoherencias e impotencias que le impidieron responder a los retos con los que tuvo que enfrentarse; podría decirse incluso, para seguir dentro del marco de la metáfora usada más arriba, que siempre existió en el doctor Jekyll el riesgo de degenerar y convertirse en Mr. Hyde.

Pero eso es cierto para todas las personas, para todas las naciones, para todas las civilizaciones: en determinadas circunstancias, la criatura monstruosa se impone y el honorable doctor se esfuma. ¿Acaso no nos preguntamos el siglo pasado cómo el país de Goethe, de Beethoven y de Lessing pudo un día identificarse con Goering, con Himmler o con Goebbels? Afortunadamente, Alemania supo pasar página para regresar a sus auténticos héroes, a sus auténticos valores, y le brinda hoy a Europa y al resto del mundo el modelo de una democracia adulta. ¿Podría atreverme a albergar la esperanza de que algún día los pueblos que engendraron a Averroes, a Avicena, a Abenarabi, a Jayam y al emir Abdelkader sabrán también ellos volver a dar a su civilización momentos de auténtica grandeza?

4

LLEVO AÑOS CONTEMPLANDO EL mundo árabe con angustia, esforzándome por comprender cómo pudo deteriorarse así. Las opiniones que oímos al respecto son incontables y contradictorias. Algunas culpabilizan sobre todo al radicalismo violento, al yihadismo ciego y, de forma más general, a las relaciones ambiguas, dentro del islam, entre religión y política; en cuanto a otras, acusan más bien al colonialismo, a la avidez y la insensibilidad de Occidente, a la hegemonía de los Estados Unidos o a la ocupación israelí de los territorios palestinos. Si bien es cierto que todos esos factores han desempeñado desde luego un papel, ninguno explica por sí mismo la deriva que estamos presenciando.

Hay, no obstante, desde mi punto de vista, un acontecimiento que destaca sobre todo lo demás y determina un giro decisivo en la historia de esta zona del mundo y de otras; un enfrentamiento militar que transcurrió en un tiempo increíblemente breve y cuyas repercusiones sin embargo resultaron duraderas: la guerra árabe-israelí de junio de 1967.

¿Cómo podría describir su impacto? La comparación que me acude espontáneamente a la cabeza es Pearl Harbor, pero sólo por la espectacularidad y el efecto sorpresa, no por las consecuencias militares. Pues aunque la flota de los Estados Unidos padeció, el 7 de diciembre de 1941 por la mañana, graves pérdidas de material y hombres, el país conservó lo esencial de sus capacidades defensivas y ofensivas. Mientras que en la mañana del 5 de junio de 1967, las fuerzas aéreas de Egipto, de Siria y de Jordania quedaron

prácticamente destruidas; a continuación, los ejércitos de tierra tuvieron que retirarse, dejando en manos de las fuerzas israelíes territorios importantes: la antigua ciudad de Jerusalén, Cisjordania, los altos del Golán, la franja de Gaza y la península del Sinaí.

Desde ese punto de vista, sería más adecuado comparar esa derrota árabe con el desastre de Francia en junio de 1940. Su ejército, que gozaba aún del prestigio de haber ganado la Primera Guerra Mundial, veintidós años después se vino abajo enseguida ante la ofensiva alemana. Las carreteras se llenaron de refugiados; los alemanes ocuparon París y, luego, el país entero. El sentimiento que tuvo entonces la nación de anonadamiento, de humillación, de violación no desapareció hasta que llegó la Liberación, cuatro años después.

Y ahí reside seguramente la gran diferencia entre 1967 y esos dos episodios de la Segunda Guerra Mundial. En contra de lo que les sucedió a los estadounidenses y a los franceses, los árabes se quedaron anclados en esa derrota y nunca recuperaron la confianza en sí mismos.

En el momento en que escribo estas líneas, ha transcurrido ya medio siglo y las cosas no han mejorado. Podríamos incluso decir que no dejan de empeorar. En vez de curarse y cicatrizar, las heridas se han enconado y es el mundo entero el que lo padece.

EL GRAN VENCIDO DE ESA guerra fue Nasser. Hasta entonces, disfrutaba de una popularidad inmensa tanto en el mundo árabe cuanto en el conjunto del mundo musulmán, hasta tal punto que sus adversarios y, muy particularmente, los movimientos islamistas pocas veces se atrevían a habérselas con él directamente. Era joven, además. Había tomado el poder a los treinta y cuatro años; a los treinta y ocho estaba ya en la cumbre de su proyección internacional; y en 1967 acababa de cumplir los cuarenta y nueve años; todo el mundo pensaba que llevaba firmemente las riendas, y que las llevaría mucho tiempo.

Yo tenía dieciocho años cuando estalló la guerra. Desde hacía varias semanas todos sabían que era inminente y se especulaba a más y mejor acerca de su probable desenlace. Los más entusiastas, en el mundo árabe, estaban convencidos de que las fuerzas egipcias, a las que tenían muy bien equipadas los soviéticos, se comerían crudo al ejército de Israel; para fundamentar sus pronósticos, citaban declaraciones angustiadas que procedían del Estado judío, afirmando que éste estaba en peligro de muerte. Los más realistas pensaban en un conflicto largo y doloroso en el que los árabes acabarían seguramente por prevalecer aunque no fuese más que por razones de número.

Nadie, en cualquier caso, salvo un puñado de oficiales del Estado Mayor israelí, había imaginado el guion que iba efectivamente a cumplirse: un ataque aéreo masivo y fulgurante que, en pocas horas, destruyó en el suelo los ejércitos del aire egipcios, sirio y jordano, convirtiendo en imposible una contraofensiva árabe; y luego, al día siguiente, una decisión absurda del mando egipcio, que ordenó a las tropas de tierra retirarse del Sinaí, acelerando la catástrofe.

En menos de una semana cesaron los combates. Los israelíes y los occidentales llamaron en el acto a ese conflicto «la guerra de los Seis Días», una denominación que a los árabes siempre les ha parecido insultante; prefieren hablar de «la guerra de junio» o «del sesenta y siete», o también de la «Naska», una palabra que utilizó el propio Nasser inmediatamente después de la derrota para minimizar lo que acababa de suceder; es una palabra que quiere decir «revés» o «fracaso provisional»; se la suele emplear al hablar de un fallo de salud del que se tiene la esperanza de que el enfermo acaba por restablecerse.

Este «enfermo» no se restableció nunca. Los árabes nunca pudieron tomarse la revancha, nunca pudieron dejar atrás el trauma de la derrota; y Nasser nunca pudo recuperar su talla internacional. Falleció, tres años después, a los cincuenta y dos años. Sus sucesores en el gobierno de Egipto —Sadat, Mubarak y todos los

demás— no tuvieron la misma ambición que él, ni la misma visión del mundo, ni la misma aura, ni el cariño de las masas. Y a todos los que tuvieron la pretensión de sustituirlo en su papel de héroe de los árabes, como Hussein o Muamar el Gadafi, se los consideró unos mistificadores.

LO QUE IBA A RESULTAR aún más significativo es que el nacionalismo árabe, que hasta ese momento había sido la ideología dominante en esa zona del globo, acababa de perder de un día para otro toda credibilidad. Al principio, el beneficiario fue el marxismo-leninismo, pero sólo en determinados ámbitos y durante una temporada bastante breve, pues el comunismo no tardó en internarse a su vez en una zona de turbulencias y perder también su atractivo.

En última instancia, el auténtico beneficiario de la derrota del rais iba a ser el islamismo político. Ocupó el lugar del nacionalismo en tanto en cuanto ideología dominante. Sustituyó al nasserismo y sus reencarnaciones como portaestandarte de las aspiraciones patrióticas y suplantó a los movimientos de inspiración marxista como portavoz de los oprimidos.

* * *

AL VER EN ESTA BREVE guerra el origen de la deriva que ha seguido mi comarca natal durante las últimas décadas, ¿no estaré cayendo en ese defecto tan corriente, tan vulgar, tan humano que consiste en conceder una importancia excesiva a los acontecimientos que hemos presenciado? Para muchos entendidos en el mundo árabe la bajada a los infiernos no empezó con la derrota de 1967, sino con la de 1948, tras la que vino enseguida el nacimiento del Estado de Israel; e incluso, si nos fiamos de la opinión de algunos, treinta años antes, cuando, a finales de la Primera Guerra Mundial, las Potencias ganadoras renunciaron a crear el reino árabe que le habían prometido los británicos al jerife de La Meca por medio del coronel Lawrence.

Todos y cada uno de esos enfoques tienen su parte de verdad. Es cierto que la frustración de los árabes viene de lejos, de muy lejos, desde hace varias generaciones, e incluso varios siglos. No obstante, si deseamos dar con la génesis de la desesperación suicida y asesina de hoy, la fecha importante es 1967. Hasta ese momento, los árabes estaban airados, pero todavía tenían esperanza. Sobre todo en Nasser. Fue después de esa fecha cuando dejaron de tenerla.

Siento casi la tentación de escribir sin andarme con rodeos: fue el lunes 5 de junio de 1967 cuando nació la desesperación árabe.

AQUEL DÍA FATÍDICO FUE, PARA el joven estudiante que era yo a la sazón, el del comienzo de los exámenes de fin de curso en la Escuela de Letras de Beirut, en la que me había matriculado en sociología. Entré en el aula a las ocho de la mañana, no sin haber oído las últimas noticias; por la radio decían que los esfuerzos diplomáticos para evitar un conflicto armado no cesaban. Al salir, poco antes de las doce del mediodía, un amigo íntimo se abalanzó hacia mí enarbolando la primera página de un diario, cuya edición especial comunicaba en letras muy grandes que la guerra había estallado y que la aviación israelí estaba aniquilada.

Sí, la israelí. Todos los periódicos decían lo mismo, fiándose de los comunicados militares que venían de El Cairo y de Damasco. Ya habían destruido en el suelo a las fuerzas aéreas árabes, pero nadie lo sabía y se decía todo lo contrario. Las radios árabes, cuyas emisiones retransmitían a todo volumen unos altavoces, anunciaban que Israel había «caído en la trampa» y citaban la cantidad de aviones derribados. Más adelante, los estudiantes iban a llorar de vergüenza y de rabia; en ese momento todos andaban calculando cuántos aparatos les quedaban aún a los israelíes. Ayer tenían trescientos, explicaba alguien; han destruido doscientos cincuenta y siete, sólo les quedan unos cuarenta, que no tardarán en correr la misma suerte.

Al volver a casa, repetí esas «informaciones» en presencia de mi padre. Movié la cabeza sin dar opinión alguna ni mostrar ningún

sentimiento. Me sentía un tanto decepcionado. Como periodista que era, mi padre seguía la actualidad hora a hora apasionadamente, la comentaba a menudo tanto en sus crónicas cuanto en la mesa familiar y muy a menudo también en algunos apartes conmigo. No entendía por qué se lo veía tan sosegado ante un acontecimiento de tal envergadura.

Hasta última hora de la tarde no volvió a hablarme de los aviones. Se sentó a mi lado, se sacó del bolsillo el paquete de tabaco local, una cajetilla de cartón blanco en cuyo reverso solía tomar notas. Me la alargó, diciendo sencillamente: «¡Éstos son los números auténticos!». Y me explicó, con mucho cuidado para no impresionarme, que el desenlace de los combates era lo contrario de lo que decían las radios árabes. Añadió que deberíamos ser muy prudentes en los días venideros. «Cuando la gente se entere de lo que ha ocurrido en realidad, se volverá loca de rabia y querrá arramblar con todo.»

De hecho, estallaron algaradas ya al día siguiente en Beirut, en Trípoli y en otras ciudades de la zona. Atacaron cuanto se consideraba hostil a Nasser y a la nación árabe: las compañías inglesas, las misiones estadounidenses y también a las comunidades judías, incluso aquellas contra las que nunca había arremetido nadie, como en Túnez.

EL VIERNES, EL RAIS PRONUNCIÓ por radio un discurso solemne y patético en que reconoció la derrota y anunció su dimisión. En el acto millones de personas se echaron a la calle en Egipto, en el Líbano y en más lugares para pedirle que siguiera al mando. Al día siguiente, sábado, reconsideró su decisión.

La mayoría de los historiadores considera que su dimisión era una hábil maniobra para que las masas se reafirmasen en la confianza en él y recuperar la legitimidad. Probablemente es cierto. No cabe duda de que dichas masas creían en él y que el hecho de que siguiera al frente del país las reconfortó hasta cierto punto.

Incluso a mí, que tenía mil razones para que no me gustase el gran hombre, su dimisión me había dejado tan desconsolado como pocas veces he estado en la vida. Nunca había sido para mí una figura paterna, pero ahora me sentía huérfano. Me daba la impresión de hallarme metido en un torrente y que él era la única rama a la que aferrarse. Me imagino que así es como viven los pueblos sus horas de aflicción.

SE ME HA QUEDADO EN la memoria un incidente. Aquel año, el primero de mi vida universitaria, me había matriculado en dos centros diferentes. En la Escuela de Letras, como ya he dicho, en sociología, aunque el examen que había hecho la mañana del 5 de junio nunca lo corrigieron y se aplazaron las convocatorias. Y en la Universidad Saint-Joseph, en ciencias económicas; ahí los exámenes se habían celebrado unas semanas antes de la guerra y las notas tenían que salir el viernes 9 de junio.

Azar de las fechas: ese día fue el de la dimisión de Nasser. Así que oí su discurso, que transmitió en El Cairo «La voz de los árabes», y me quedé tan conmovido —por lo que dijo, porque se iba, por el desastre, por todo lo que estaba ocurriendo— que ni me acordé de mis exámenes. Fue cuando mi madre me preguntó si sabía ya las notas cuando me decidí a ir a mirarlas.

Fui a la universidad. Ya habían sacado las listas, efectivamente; estaban dentro, en unos tablones. Constaba el nombre de todos los estudiantes y al lado la nota. Me acerqué. Miré. Luego me fui.

Estaba ya en la calle, camino de casa, cuando noté una sensación rarísima: no conseguía acordarme de si había aprobado o suspendido. Tuve que dar marcha atrás para ir a mirar otra vez.

HASTA EL DÍA DE HOY no he vuelto nunca a sentir tal confusión mental. ¿Se me olvidó al cabo de cinco minutos si pasaba a segundo curso o si suspendía? ¡Un hecho tan importante para mí y tan fácil de memorizar! Ese momento de extravío y de ausencia se me ha quedado en la memoria como un símbolo de esa rotura del tiempo

que supuso, para mí y para el conjunto de los árabes, el desastre de junio de 1967.

Seguramente necesitaba de forma inconsciente sumarme así al quebranto de la ciudad en que había nacido.

5

ASÍ QUE LOS ÁRABES habían perdido la guerra e Israel la había ganado. No obstante, visto con la distancia del paso de los años, podemos preguntarnos si ese conflicto excesivamente breve no fue en última instancia desastroso para todos los beligerantes. No de la misma forma, por supuesto, ni en el mismo momento, ni con la misma intensidad; pero, tanto para unos como para otros, algo esencial se deterioró y en la actualidad no parece haber reparación posible.

En el caso de los perdedores, no era sensato esperar que se sobrepusieran de la noche a la mañana a semejante desastre. Precisaban tiempo para hacerse a la idea, para estudiarlo y para digerirlo. De hecho, hubo inmediatamente después del «sesenta y siete» y durante unos cuantos años más un florecimiento intelectual y cultural sin precedentes, cuyo foco fue Beirut y cuyos participantes venían de todo el mundo árabe. Yo, por mi parte, lo iba siguiendo con asiduidad y expectante. En los periódicos, en las tertulias, en la universidad, y también en el teatro. Recuerdo en particular el escándalo que causó una obra del dramaturgo sirio Saadallah Wannous que trataba con sarcasmo de la reciente derrota y cuyo título podría traducirse como «Una charla festiva acerca del cinco de junio». Yo estaba en la sala cuando el poeta Nizar Kabanni, sirio también, recitó unos versos emponzoñados contra los jefes de Estado árabes que acababan de reunirse en Marruecos para elaborar una estrategia y no habían conseguido entenderse.

Temerosos de que la vergüenza se esfume, han celebrado una cumbre en Rabat para dar nuevas fuerzas a la vergüenza

Existía a la sazón en todo el mundo árabe, y en particular en mi ciudad natal, una aspiración sincera a entender de qué padecían nuestras sociedades y a buscarle remedio. Por así decirlo, estábamos llevando a cabo una introspección colectiva. Pero no fue muy allá. No lo suficientemente, en cualquier caso, para traer consigo una reacción de verdad. Por entonces aún no se oía a menudo que la solución estaba en la religión; se albergaban otras ilusiones: que la solución estaba «en la punta del fusil»; que estaba, como no podía ser menos, en el marxismo-leninismo o en una versión marxistizada del nasserismo... Todos esos supuestos remedios, inspirados en Mao, en el Che o en revueltas estudiantiles, condujeron a tragedias, a extravíos sucesivos. A callejones sin salida.

De forma tal que medio siglo después del «sesenta y siete» los pueblos árabes siguen «sonados», tambaleantes, incapaces de superar el trauma de la derrota. Que les sigue pesando en el pecho como una losa y les sigue nublando la mente. Han renunciado al panarabismo, pero siguen despreciando las fronteras que existen y aborrecen a sus dirigentes. Han dejado de esperar la siguiente guerra contra Israel, pero tampoco quieren la paz.

Hay algo quizá más grave: adquirieron la convicción de que el resto del mundo se había coaligado contra ellos, que no los respetaba, que se alegraba de verlos humillados y que no había ni que intentar hacerlo cambiar de actitud. Y ése es, seguramente, el síntoma más preocupante. Porque lo peor para un vencido no es la derrota en sí, sino que ésta infunda el síndrome del eterno vencido. Acaba uno por aborrecer a toda la humanidad y por destruirse uno mismo.

Eso es precisamente lo que le sucede en nuestros días a la nación de mis antepasados.

¿POR QUÉ MOTIVO NO CONSIGUEN los árabes sobreponerse a su derrota? Puedo dar fe de que muchos de ellos se lo preguntan continuamente, angustiados y, con frecuencia, burlándose de sí mismos para mitigar el sufrimiento.

A quien tenga interés por la Historia esa pregunta le suscita otra: ¿qué han hecho los demás pueblos en sus peores momentos de derrota? No pueden por menos de haberse dado, en el transcurso de los siglos, todas las hipótesis posibles. He mencionado antes el ejemplo de Francia tras el desastre de 1940 y el de los Estados Unidos después de Pearl Harbor; ambos habían padecido gravísimos reveses, pero pudieron tomarse la revancha muy pronto, antes del final del conflicto. Podemos también citar a la Unión Soviética, que, tras invadirla las divisiones alemanas, pudo recuperarse, reiniciar la ofensiva y llevar su ejército hasta el centro del territorio enemigo.

Ése es el guion soñado para los que han tenido un revés, y los árabes intentaron reproducirlo en octubre de 1973 con ayuda de Moscú cruzando por sorpresa el canal de Suez y destruyendo la línea Bar Lev; pero fue un triunfo que duró poco. Contando con un puente aéreo que le permitió reponer la reserva de armas y de municiones, Israel recuperó la ventaja. Sadat, el sucesor de Nasser, aprendió la lección. Aceptó renunciar a la guerra y firmar un acuerdo de paz. Desde entonces ningún dirigente árabe ha podido emprender una acción militar de envergadura contra el Estado hebreo.

AFORTUNADAMENTE, LA REVANCHA POR LAS armas no es la única forma de la que disponen los pueblos para sobreponerse a las derrotas y recuperar la dignidad.

Si nos fijamos, por ejemplo, en el caso de quienes perdieron la Segunda Guerra Mundial y, especialmente, en Alemania y en el Japón, posteriormente a 1945 renunciaron a reconstruir su formidable poderío militar e incluso se esforzaron en separar el orgullo nacional de cualquier gloria guerrera y prefirieron apostar por el desarrollo industrial y la búsqueda de la prosperidad. Y, efectivamente, han conseguido, en el ámbito económico, logros

prodigiosos que los han colocado, en un plazo de alrededor de veinte años, en la primerísima fila de las naciones del mundo, haciendo a veces palidecer de envidia a quienes los habían derrotado.

Otro ejemplo elocuente de la forma en que es posible enfrentarse a un gravísimo trance histórico es el de Corea del Sur. Pasa, desde mediados del siglo XX, por una situación eminentemente traumática; la mitad septentrional de la península se halla bajo el dominio de una extraña dinastía comunista que ha desarrollado armas de lo más devastador y amenaza continuamente con usarlas contra quienes se les crucen en el camino, y muy en especial contra Corea del Sur.

Nadie habría podido censurar a ésta si hubiera vivido, durante las décadas transcurridas, en constante paranoia; si hubiera conservado un régimen militar represivo y seguido en un estado de urgencia permanente, y si hubiese dedicado todos sus recursos a la preparación de la gran batalla por venir. Pero no fue eso lo que hizo. Tras un periodo de dictadura anticomunista, emprendió, resueltamente, a partir de la década de 1980, el camino de una democracia plural y liberal; dio absoluta prioridad a la calidad de la enseñanza, con lo que en la actualidad cuenta con una de las poblaciones más instruidas del planeta, y se dedicó a desarrollar la economía y a incrementar, año tras año, el nivel de vida de los ciudadanos.

Cuando veo la Corea de hoy me cuesta creer que en los atlas de mi juventud formase parte del tercer mundo y estuviera, en las clasificaciones, a la zaga —e incluso a menudo muy a la zaga— de decenas de países a los que ha dejado atrás alegremente en la carrera, especialmente México, Argentina, España, Turquía, Irán e Irak, así como el Líbano, Siria o también Egipto. La comparación con ella resulta especialmente instructiva. En 1966 la renta per cápita era, en dólares de la época, de 130 dólares en Corea frente a 164 dólares en Egipto. Cincuenta años después, las cantidades eran, *grosso modo*, 30.000 dólares en Corea del Sur y 2.500 dólares en Egipto. Esos dos países no «boxeaban» ya en la misma categoría.

Esta zona pequeña, esta media península, con menos habitantes que Birmania y menos extensa que Cuba, se halla ahora entre las primeras potencias industriales del planeta. En tecnologías punta aventaja con frecuencia a los norteamericanos, los europeos y los japoneses; sus grandes marcas están presentes en las casas más modestas del planeta, en las tabletas, los teléfonos, los televisores o los robots; sus astilleros son los segundos del mundo, después de China; en fabricación de automóviles, sólo van por delante China, los Estados Unidos, el Japón, Alemania y la India; y todo lo demás hace juego. Sólo le pasan por delante países mucho más grandes y con mayor población.

POR SUPUESTO, EL NORTE DE la península sigue separado del sur, lo sigue gobernando la misma dinastía que continúa fabricando armas y pronunciando discursos amenazadores. Los surcoreanos están pendientes de él con aprensión, pero sin dejar de trabajar, de estudiar, de edificar, de progresar. A veces no les queda más remedio que andar en la cuerda floja entre Washington y Pyonyang, entre Washington y Pekín o entre Tokio y Pyonyang; a veces tienen que tragar sapos y culebras sin poder quejarse. Pero se dicen que algún día sus compatriotas del norte volverán a ellos y que entonces sabrán recibirlos y volver a integrarlos como hicieron los alemanes occidentales con los orientales.

El trance será aún largo, doloroso y, a veces, muy peligroso, pero Corea del Sur se ha proporcionado a sí misma los medios para salir triunfante.

* * *

HAY, PUES, DIFERENTES FORMAS DE enfrentarse a la derrota y a la pérdida de territorios. Es posible escoger la opción militar, lo que, a menudo, ha dado, a través de la Historia, elocuentes resultados; pero también se pueden tomar otros caminos para salir victorioso de la prueba. Lo importante es pensar con serenidad, sopesar los pros y los contras y, luego, escoger la dirección más ventajosa y seguirla

con determinación. Dejándose guiar continuamente por la inteligencia y no por el mal humor ni por el ruido ambiente. Y, sobre todo, hacerse las preguntas adecuadas. No: «¿Nos asiste el *derecho* de recurrir a la fuerza?», porque la respuesta es forzosamente que sí. No: «¿Se *merece* nuestro enemigo un ataque violento?», porque la respuesta será también que sí. Sino: «¿Nos *interesa* plantear el enfrentamiento en el terreno militar?», «¿Las consecuencias de recurrir a la fuerza nos beneficiarían en la actualidad o beneficiarían a nuestros enemigos?», lo que requiere una evaluación serena de los medios con los que se cuenta, el equilibrio de fuerzas, etc.

Lo dicho debería resultar evidente para todos los que se dedican a la política y, a mayor abundamiento, para los que están al frente del destino de un pueblo. Por desgracia, no es así como se adoptan las decisiones en el mundo árabe. Incluso en los momentos más cruciales. E incluso por parte de los dirigentes de más categoría, los más abnegados, los más íntegros.

HE LEÍDO MUCHO DE LO publicado sobre la guerra de 1967. Tanto en los trabajos de los historiadores cuanto en los relatos de los testigos hay divergencias en varios aspectos del conflicto; pero todos, árabes, israelíes, occidentales o rusos, parecen estar de acuerdo en un punto: Nasser no quería esa guerra. Es probable que tuviera previsto que antes o después habría un conflicto grave entre su ejército y el del Estado judío. Pero no en ese momento ni en ese contexto ni de esa manera. Varias personas que estuvieron en contacto con él en las semanas anteriores al enfrentamiento refieren frases que indican que titubeaba, que desconfiaba y que habría preferido no ir a la guerra.

¿Cómo explicar entonces que se decidiese pese a todo a esa batalla? Mis lecturas me sugieren una respuesta desconcertante que coincide con lo que se decía en algunos debates de entonces: era un hombre que caía en la tentación de llevar la delantera. Pese a su inmensa popularidad, o quizá debido a ella. Igual que todos los

tribunos, se percataba de los deseos de las masas que lo aclamaban y le resultaba difícil llevarles la contraria.

HAY EN LA HISTORIA DE Roma una anécdota edificante que refiere Plutarco en las *Vidas paralelas*. Durante una batalla, el famoso cónsul Cayo Mario se atrincheró en un puesto fortificado y el comandante de las tropas enemigas le gritó: «¡Si eres un gran general, ven a pelear!». Mario le replicó: «¡Si eres un gran general, a ver si me obligas a pelear cuando no quiero!».

Nasser habría hecho bien en seguir ese ejemplo procedente del mundo de la Antigüedad. No dejar que los demás eligieran, en vez de elegirlos él, el día y el lugar de la batalla. Ni los generales enemigos ni quienes, en el bando árabe, se empeñaban en una escalada, a veces por ardor nacionalista y a veces, también, con la finalidad de hacer que tropezase.

El rais tropezó, efectivamente, arrastrando a todos los árabes en su caída y para mucho tiempo. En uno de sus últimos discursos, pronunciado pocos meses antes de su fallecimiento, decía, hablando de Israel: «De la misma forma que el enemigo no puede permitirse perder ni una batalla, tampoco nos podemos permitir nosotros perder. Él lucha con el mar a la espalda; y nosotros peleamos con la aniquilación a la espalda».

6

LA DERROTA ES A veces una oportunidad y los árabes no supieron aprovecharla. La victoria es a veces una trampa, y los israelíes no supieron evitarla.

Se me dirá que en el caso de los árabes, es algo que resulta claro a simple vista. Pero en el caso de Israel, ¿una trampa? ¿El país que se ha convertido desde el «sesenta y siete» en la primera potencia militar de la zona; el país que ninguno de sus vecinos piensa ya en invadir, mientras que él puede saltarse sus fronteras de una zancada cuando le convenga; el país que ha entablado con la única superpotencia mundial una alianza tan estrecha que ya no se sabe cuál de los dos le baila el agua al otro; el país que ha sido capaz de construir a la vez relaciones sólidas con las Potencias que fueron tiempo atrás las grandes aliadas de los árabes, tales como Rusia, la India o China?

Podría seguir mucho rato con esta enumeración, pues es innegable que, desde su sorprendente victoria sobre Nasser, Israel ha adquirido una talla regional e internacional muy superior. Con las consiguientes repercusiones en el conjunto del mundo judío, que, tras milenios de humillaciones y al final de un último trance que estuvo a punto de resultarle fatal, goza hoy de un florecimiento sin precedentes, debido en buena parte al éxito del proyecto sionista, un éxito que nadie preveía, ni siquiera sus fundadores más optimistas.

EN LA CONFERENCIA DE VERSALLES de 1919 había, entre los muchos visitantes que se afanaban entre bastidores, dos personajes emblemáticos, uno de ellos representante del movimiento nacional árabe, y el otro, del movimiento nacional judío. Aquél era el príncipe Faisal, hijo del jerife hachemita de La Meca, futuro rey efímero de Siria y futuro rey de Irak, a quien acompañaba su famoso consejero, Lawrence de Arabia; éste era Jaim Weizmann, dirigente sionista nacido en el Imperio ruso, que había emigrado a Inglaterra e iba a convertirse, treinta años después, en el primer presidente del Estado de Israel.

Hubo entre ambos hombres un encuentro del que da fe una foto asombrosa en que se ve a Faisal con su atuendo tradicional y a Weizmann a su lado, tocado con kufiya en señal de fraternidad. Hubo también entre ellos un acuerdo por escrito que ensalzaba los lazos históricos entre ambas naciones y contenía, por parte del emir, un compromiso al que acompañaba una condición: si los árabes conseguían los extensos dominios que les habían prometido durante la Gran Guerra, propiciarían que los judíos pudieran afincarse en Palestina.

Nada de eso se llevó a cabo, por supuesto, y sólo los soñadores impenitentes añoran aún esa cita frustrada. Si lo menciono aquí es para recordar que esos dos movimientos nacionales surgieron simultáneamente en el escenario internacional y que su primer reflejo fue hallar un ámbito de entendimiento. Luego sus caminos se separaron y sus destinos fueron dramáticamente diferentes. El movimiento nacional árabe, tras unos cuantos logros notables, se derrumbó después de la derrota militar y parece, desde entonces, incapaz de levantar cabeza; sus herederos tienen plena conciencia de ello, lo que explica su amargura, su desesperación, su rabia contra sí mismos y contra el resto del universo.

¿Debemos deducir de ello que, por el contrario, el movimiento nacional judío, que consiguió construir el Estado al que aspiraba, goza de excelente salud y sus herederos están satisfechos y confiados? Quienes siguen de cerca la vida política e intelectual de

Israel y de la diáspora saben que no es así. Una duda existencial se ha afincado en las mentes y ha resultado honda y tenaz. Sin ser de la misma naturaleza que la enfermedad que padece el mundo árabe, está sin embargo convirtiéndose, a su manera, en terriblemente angustiosa.

MEJOR QUE PASAR REVISTA A las incontables causas que los propios interesados hallan para esta angustia, voy a ir directamente al dilema en que se cristaliza, a saber, la cuestión de los territorios ocupados. ¿Qué habría que hacer con Cisjordania?, se llevan preguntando los israelíes desde que se apoderaron de ella en 1967. La respuesta solía ser que algún día habría que retirarse a cambio de un tratado de paz. Por supuesto, siempre existieron «cuestiones subsidiarias» en las que nunca hubo consenso: ¿con quién firmar la paz y en qué términos? ¿De qué territorios retirarse y cuáles conservar? ¿Qué estatuto se le daría al territorio palestino? ¿Únicamente una «entidad autónoma» con una fuerza de policía que mantuviera el orden? ¿O un verdadero Estado independiente por completo con un ejército como es debido?

Estas cuestiones eran ya lo suficientemente espinosas para convertir en algo muy lejano cualquier perspectiva de paz. Y, de hecho, pese a unos cuantos intentos algo más prometedores que los demás, como el acuerdo de Oslo, en 1993, nada muy positivo y, desde luego, nada concluyente ha ocurrido en las últimas décadas. Desde el punto de vista de los palestinos, todas las propuestas israelíes se han tomado, no sin razón, por imposiciones del ocupante; y éste, al hallarse efectivamente en una posición de fuerza y confiando en poder seguir así, no tenía prisa en hacer concesiones. ¡Podía esperar cien años si menester fuere!

SI HE DICHO QUE LA guerra de los Seis Días resultó calamitosa también para el vencedor, es precisamente porque favoreció la aparición y el crecimiento, en varios sectores de la población israelí, de ese estado de ánimo que dice: «¿Para qué precipitarnos? Y ¿por qué hacer

concesiones? ¿Quién puede garantizar que los que firmen la paz con Israel la van a respetar o que sus sucesores no la quebranten? Y, en cualquier caso, ¿qué pueden hacer los árabes? Su poderío militar, que se creía tan temible, ¿no quedó acaso liquidado en menos de una semana?».

Una «paz de los valientes» sólo puede acordarse entre adversarios que se respeten. La brevedad de la guerra de 1967 socavó ese respeto y redujo por mucho tiempo las oportunidades de llegar a un compromiso equitativo, libremente consentido y duradero.

Los historiadores y los sociólogos que han estudiado la sociedad israelí en las últimas décadas se han percatado de hasta qué punto la imagen de los árabes y de su cultura se ha degradado. Nada resume mejor esta actitud desdeñosa que el hecho de que a una tarea hecha de mala manera se la llama muchas veces «trabajo de árabe». Otro síntoma revelador: a cada vez menos judíos les parece útil aprender la lengua árabe, incluso a aquellos cuyos padres la hablaban con fluidez; en sentido contrario, hay cada vez más jóvenes palestinos que estudian hebreo y se expresan con fluidez en esa lengua.

No llegaré a decir que antes del «sesenta y siete» tuvieran los árabes una imagen positiva entre la población judía. Nunca fue así. Muchos de los que se afincaron en Palestina desde finales del siglo XIX ni tenían en cuenta a la población local, ni les interesaba lo que hiciera, lo que pensara ni lo que pudiera sentir. Pero las cosas podrían haber mejorado con el tiempo, en vez de deteriorarse. Los judíos procedentes de Irak, de Siria, del Líbano, de Marruecos o de Yemen habrían podido conservar la tradición lingüística de su país de origen, como sucedió con las tradiciones musicales o culinarias. Pero no los animaron a que lo hicieran. Ni sus compatriotas israelíes de hoy ni sus compatriotas árabes de ayer. En conjunto, hubo poca ósmosis entre las poblaciones árabes y judías en las últimas décadas.

La proverbial alquimia levantina está claro que ha dejado de ser efectiva. Incluso las sublimes complicidades de antaño han desaparecido poco a poco. A veces me da la impresión de que soy la única persona que recuerda aún que fue en lengua árabe como escribió Maimónides la *Guía de perplejos*.

* * *

RESULTA DIFÍCIL DECIR CON SEGURIDAD si el derrumbamiento de las pasarelas culturales desempeñó un papel significativo en la merma de las posibilidades de paz. En cambio, no cabe duda de que la fundación de colonias judías en Cisjordania fue un giro decisivo.

En los primeros tiempos de la ocupación, los sucesivos gobiernos israelíes con predominio laborista no querían esos asentamientos, llamados «salvajes». Si se llegaba un día a un acuerdo de paz, se decían, y había que retirarse de los territorios, la presencia de una población israelí muy numerosa complicaría la situación, ya que sería necesario, muy probablemente, evacuarla en contra de su voluntad.

El razonamiento era correcto, pero el dique era frágil y no iba a tardar en agrietarse. Si hubiera que ponerle fecha a ese acontecimiento, sería la del 20 de abril de 1975. Los miembros de un movimiento mesiánico se habían incautado de un terreno sito en las lindes de tres pueblos árabes para fundar un «asentamiento» judío llamado Ofra. Las órdenes que tenía el ejército eran que se impidieran iniciativas así, por la fuerza si fuere menester. Pero ese día se dio una falta de coordinación que los militantes supieron aprovechar.

El poder seguía en manos de los laboristas, pero existía un pique entre dos personalidades rivales: el primer ministro, Isaac Rabin, y el ministro de Defensa, Shimon Peres. Aquél habría querido expulsar a los colonos. Éste pidió al ejército que no interviniera. Ofra pudo, pues, quedarse donde estaba y luego se construyó otra colonia, y luego se construyeron por decenas y por cientos. Se había abierto una brecha que nadie cerró.

DOS AÑOS DESPUÉS DEL INCIDENTE, la izquierda perdió el poder, en el que se había mantenido sin interrupción desde el nacimiento del Estado de Israel. Menájem Beguín, dirigente histórico de la derecha nacionalista, llegó a primer ministro y no tenía deseo alguno de oponerse a la colonización. Y ésta prosiguió a partir de ese momento y no ha dejado ya de extenderse, a veces despacio y otras aceleradamente, según las circunstancias, pero en un incremento constante. De forma tal que en el momento en que escribo estas líneas más de medio millón de israelíes viven en un territorio que fue árabe hasta junio de 1967.

FUERE CUAL FUERE LA OPINIÓN que merezca esta evolución, que a la mayoría de los israelíes les parece legítima, pero que el resto del mundo desapruueba en muy gran medida, no cabe duda de que ahora existe una nueva realidad que cambia radicalmente las perspectivas para el porvenir. El camino hacia la paz, que ya era estrecho y muy accidentado, está ahora taponado. En teoría, Israel podría tomar varias vías para solucionar el problema de los territorios ocupados. Pero, si se mira detenidamente, no hay ya ninguna que permita escapar de ese callejón sin salida.

Una primera opción sería dejarles Cisjordania a los palestinos y repatriar a los colonos. Se habría podido tomar en cuenta cuando había pocos. No es tal el caso en la actualidad. Un gobierno israelí que ordenase la evacuación de cientos de miles de súbditos suyos se arriesgaría a una guerra civil.

Otra opción, no menos teórica, sería la anexión de esos territorios concediendo la ciudadanía a la población árabe. Pero eso equivaldría a que Israel renunciase a su carácter judío, cosa inconcebible; y competiría con la población palestina en un terreno en que ésta cuenta con la seguridad de ganar: la demografía.

Habría una tercera opción: la anexión de los territorios sin conceder a los árabes la ciudadanía e incitándolos incluso a cruzar las fronteras, como sucedió cuando se creó el Estado de Israel en 1948. Pero, si las autoridades eligieran ese camino, tendrían que

enfrentarse a una reprobación airada y virulenta incluso dentro del mundo judío y llevarían agua al molino de quienes las acusan de practicar algo parecido al apartheid.

QUEDA LA OPCIÓN MÁS FÁCIL puesto que ya no exige ninguna iniciativa particular ni ningún arbitraje entre opiniones divergentes: el *statu quo*. Conservar los territorios sin modificar su estatuto; prolongar indefinidamente la ocupación sin reconocer alto y claro que es definitiva; cabecear indolentemente cada vez que un nuevo presidente estadounidense propone su mediación y, a continuación, esperar pacientemente a que se desanime y a que a su precioso plan de paz le llegue el turno de irse al cesto previsto a tal efecto.

Esta rutina ha demostrado su eficacia. La ocupación se critica mucho, desde luego, en todo el mundo, pero nadie en Israel está en condiciones de proponer una alternativa. Por más que piensen, no ven ya de qué forma un gobierno, fuere cual fuere su color político, podría aún resolver esa ecuación y escapar del callejón sin salida. Ésa es sin duda la explicación de que los dirigentes partidarios de una solución negociada y que gozaron durante mucho tiempo de un apoyo popular real se hayan quedado ahora al margen. Si llegasen al poder, no sabrían qué hacer, y los electores lo notan. Por ello, «el campo de la paz», que hace tiempo podía movilizar a muchedumbres impresionantes, se ha encogido como una piel de zapa.

NO SE ME OLVIDARÁ NUNCA lo que sucedió en septiembre de 1982, inmediatamente después de las matanzas de Sabra y Chatila, cerca de Beirut. Unos milicianos libaneses que pertenecían a una facción cristiana se encarnizaron con unos civiles palestinos con la complicidad activa del ejército israelí. Existen estimaciones que dicen que hubo más de dos mil muertos.

El mundo entero estaba indignado, tanto los occidentales cuanto los árabes, pero fue en las calles de Tel Aviv donde se produjo la

protesta más masiva y significativa. Se habló de cuatrocientos mil manifestantes, más de un israelí de cada ocho.

Incluso quienes no cabían en sí de indignación ante el comportamiento de las autoridades y del ejército no podían sino admirar la postura de la población judía. Protestar cuando nos perjudican y perjudican a los nuestros es justo y necesario, pero no por ello es síntoma de una gran altura ética; protestar con virulencia contra el perjuicio que los nuestros han hecho a los demás revela, en cambio, una gran nobleza y una notable conciencia ética. No sé de muchos pueblos que hubieran reaccionado así.

Por desgracia, una movilización masiva por un motivo como ése es hoy inconcebible en Israel. Circunstancia que representa, en el plano ético, una innegable pérdida de altura moral.

Quizá no se trate de una derrota masiva y espectacular como la que afecta en la actualidad al mundo árabe. Pero en ambos casos nos hallamos ante un desplome moral y político particularmente entristecedor. Y no poco desesperante. Cuando los herederos de las principales civilizaciones y los portadores de los sueños más universales se metamorfosean en tribus rabiosas y vengativas, ¿cómo no esperar lo peor para la prosecución de la aventura humana?

SÓLO POR LOS LIBROS supe, y mucho más adelante, lo que sucedió el 20 de abril de 1975 en Cisjordania. En aquel momento, no lo oí mencionar. Ciertamente es que tenía entonces otras angustias, más inmediatas, más traumáticas. Acababa de ocurrir una tragedia que iba a arrojar a mi país natal a una guerra interminable y trastornar de la noche a la mañana mi vida y la de los míos: una matanza abominable y que ocurrió ante mi vista, literalmente ante mi vista, ya que mi mujer y yo tuvimos el triste privilegio de ser testigos oculares.

Era el 3 de abril, domingo. Yo había regresado de madrugada de un largo viaje a Asia. A eso del mediodía hubo un alboroto en nuestra calle. Gente que corría en todas las direcciones y voces, como una riña, muy cerca de nosotros, detrás del edificio en que vivíamos. Para enterarnos mejor de qué pasaba, fuimos a nuestro cuarto, que tenía una cristalera que daba al «cruce del Espejo», así llamado porque habían instalado en él un panel convexo que permitía ver los vehículos que, a veces, se presentaban a toda velocidad, desde los ángulos ciegos. Había un autobús rojo y blanco parado; alrededor, unos cuantos hombres armados que estaba claro que acababan de interceptarlo. Discutían con un pasajero que estaba asomado a la puerta. Como estábamos a unos treinta metros, no podíamos oír qué decían, pero notábamos el tono del cruce de palabras y la tensión que iba en aumento.

De repente, una descarga cerrada. Retrocedemos un paso para ampararnos tras la pared de nuestro cuarto. Luego, cuando cesan

los disparos, tras unas decenas de segundos, volvemos a acercarnos a la ventana. El cruce estaba sembrado de cuerpos inertes. No veía a todas las víctimas, pues a la mayoría las habían matado sin que pudieran salir del vehículo. Quienes refieren la guerra del Líbano suelen dar la cifra de veintisiete muertos, casi todos palestinos. Y coinciden en que «el incidente del autobús» fue el comienzo del conflicto, incluso aunque las premisas existieran ya desde hacía cierto tiempo.

Lo ratifico, por haber vivido y observado de cerca los acontecimientos de aquel período: aquella matanza me impactó y, en ciertos aspectos, fue para mí un enigma, aunque no una sorpresa en realidad. Todos los actores del conflicto estaban ya en posición, al acecho, con las armas preparadas; si no hubiese saltado esa chispa, habría saltado otra.

DESDE LA GUERRA DEL «SESENTA y siete», aunque no hubiese participado en ella, mi país natal había entrado en un largo período de turbulencias del que ya no iba a salir. Por la composición de su comunidad y por la fragilidad de sus instituciones era el eslabón frágil de Oriente Próximo, y lo pagó caro.

Inmediatamente después de la derrota árabe, el movimiento armado palestino, que acababa de nacer y estaba buscando una base en la retaguardia para llevar a cabo su lucha, intentó implantarse en dos zonas vecinas de Israel: el Líbano y Jordania. Esta última era, según varios criterios, la solución ideal. Su población era medio palestina; disponía de una frontera larga con el Estado judío y lindaba con Cisjordania, lo que facilitaba los contactos con los militantes, así como las incursiones.

Pero Hussein, ese «rey menor», resultó intratable y duro de pelar. No tenía inconveniente en dar a los movimientos palestinos ciertas facilidades, pero no tantas como para consentirles convertirse en un Estado dentro del Estado. Recurriendo por turno a la firmeza y a la transigencia, alternando los pulsos y las treguas, consiguió poco a poco modificar a su favor el equilibrio de fuerzas.

Y en el mes de septiembre de 1970, al que alguien puso a partir de entonces, en señal de duelo, el nombre de «septiembre negro», arrancó una ofensiva militar de mucha envergadura para recuperar el control del territorio. A los fedayines, incapaces de enfrentarse a un ejército regular leal a su rey y con el equipamiento adecuado, no les quedó más remedio que emprender la retirada. Su líder, Yasir Arafat, que acababa de aparecer en el escenario internacional y cuya popularidad aumentaba continuamente, le pidió al presidente Nasser que interviniera en persona para sacarlo de ese mal paso. Se celebró en El Cairo una cumbre extraordinaria de jefes de Estado árabes. Hubo interminables negociaciones nocturnas, amenazas y portazos tras los que vinieron apretones de manos muy poco sinceros.

Fue el último día de esa conferencia agotadora cuando un infarto fulminó al presidente egipcio mientras iba y venía incansablemente de su residencia al aeropuerto para despedir a sus invitados.

Pocas horas antes había conseguido que sus homólogos llegasen a un acuerdo que ponía fin a los combates y reconocía a los palestinos, con expresiones inconcretas, el derecho de proseguir por todos los medios su lucha contra Israel. Pero era sólo para salvar su prestigio. En el aspecto práctico, el rey había conseguido una victoria irrefutable. Su país no volvería a servir de base nunca más a la resistencia armada.

* * *

LAS PRETENSIONES DE LOS FEDAYINES que apuntaban al Líbano iban a tener un destino muy diferente.

Al principio pensaron que ese país no iba a ser para ellos sino una base auxiliar que podía contribuir a la repercusión mediática de sus acciones, pero no a las acciones en sí. No lindaba con Cisjordania y los refugiados palestinos no eran sino una parte pequeña de la población.

Además su complejidad era proverbial. ¿Cómo abrirse camino entre tantas confesiones, tantas facciones, clanes y cacicazgos

hereditarios? Pero Arafat y sus compañeros no iban a tardar en darse cuenta de que esa complejidad, lejos de suponer un obstáculo para sus ambiciones, les brindaba, antes bien, ilimitadas oportunidades si eran capaces de maniobrar con inteligencia.

CUANDO SE MENCIONAN LAS INSONDABLES sutilezas de la vida política libanesa, no siempre se resalta el hecho de que la comunidad cristiana maronita, a la que obligatoriamente debe pertenecer todo presidente de la República, dispone también, desde la independencia, de otro cargo clave: el de comandante en jefe del ejército. El general Chehab, ya mencionado en estas páginas, había asumido la presidencia al salir de una aguda crisis; y en las últimas décadas las dos funciones estuvieron tan estrechamente relacionadas que se adquirió la costumbre de no elegir ya sino generales para la suprema magistratura.

Tan curiosa costumbre será probablemente pasajera. Pero es cierto que la institución militar se consideró mucho tiempo, fuera cierto o no, un bastión para los maronitas; y esa percepción desempeñó un papel determinante durante el período crucial en que los movimientos palestinos intentaban afincarse en el Líbano. Muchos musulmanes desconfiaban en gran medida por entonces del ejército de la nación y le reprochaban que no hubiera participado en la guerra codo con codo con los demás ejércitos árabes. «¿Les habría gustado que también invadiesen y ocupasen nuestro territorio?», se mofaba un político de entonces. Pero es cierto que, en el ambiente de amargura y rabia que imperaba inmediatamente después de la derrota, la no participación del Líbano en la batalla contra Israel se consideraba en determinados círculos, si no una deserción o una traición, sí al menos una postura de indiferencia hacia la causa árabe.

Por ello, cuando unos fedayines armados aparecieron en las calles de Beirut y en algunas otras zonas del país proclamando sus intenciones de vérselas con el enemigo, parte de la población se identificó con ellos y los apoyó. Las autoridades libanesas tuvieron

que resignarse. No porque aprobasen la llegada de esos combatientes, ni porque subestimasen el peligro que su llegada suponía para el país, sino porque se sentían incapaces de impedirla.

En un sistema basado en las comunidades, el poder político se queda paralizado cuando no hay consenso. Y en la cuestión de los fedayines no lo había. Ni siquiera en el ejército. Desde luego los maronitas contaban con una representación algo más nutrida en el Estado Mayor, pero esa institución estaba compuesta *grosso modo* a imagen y semejanza de la sociedad, la recorrían las mismas líneas de fractura identitarias e ideológicas y amenazaba con volar hecha pedazos si se implicaba en una batalla controvertida.

A esa fragilidad paralizadora se debió que el gobierno libanés se apresurase a aceptar, ya desde las primeras escaramuzas con los fedayines, lo que el monarca hachemita iba a rechazar hasta el final, a saber, un tratado en toda regla que autorizaba a los movimientos armados palestinos a operar en su territorio. Ratificado a ciegas por un Parlamento al que se habían negado a revelarles las cláusulas secretas, el acuerdo firmado en El Cairo en noviembre de 1969 quedará en los anales como el mismísimo ejemplo de lo que un Estado tiene que evitar firmar si pretende conservar la soberanía y la paz civil. Estipulaba que los campos de refugiados palestinos situados en el conjunto del territorio libanés estarían en adelante bajo la autoridad de la Organización de Liberación de Palestina y que ésta quedaba ahora en libertad para dirigir sus intervenciones armadas contra Israel desde el territorio libanés.

POR NORMA GENERAL, ES COMPLETAMENTE legítimo que un gobierno se sume a una lucha que le parezca justa y brinde asistencia a quienes la llevan adelante. Pero cuando a un país pequeño, débil y frágil, que no tiene nada que ver ni con Prusia ni con Esparta, lo meten en una batalla sin que haya podido resolver por sí mismo si quería hacerlo y sólo porque otros países u otras entidades políticas prefieren que sea el que reciba los golpes, no hay ya en ello nada legítimo ni aceptable.

Eso fue precisamente lo que le ocurrió a mi país natal. Lo empujaron violentamente al cráter de un volcán. Y ni siquiera tuvo el consuelo de que lo considerasen una víctima inocente, pues en cada una de las etapas de ese calvario hubo facciones locales, tanto de izquierdas cuanto de derechas, tanto entre los cristianos cuanto entre los musulmanes, que auparon a los predadores.

Ése es el precio que tuvimos que pagar mis compatriotas y yo por no haber sido capaces de construir una nación.

EL ACUERDO DE EL CAIRO estaba ya vigente cuando expulsaron de Jordania a las organizaciones palestinas. Pudieron, pues, replegarse en el acto a Beirut, que se convirtió a renglón seguido, y durante una docena de años, en su capital al tiempo que en la capital del Estado libanés. Allí residían sus responsables, empezando por Arafat. Allí iban las delegaciones extranjeras que entraban en contacto con ellos. Allí se reunían sus órganos directivos. Y de allí salían sus comunicados militares y sus declaraciones políticas.

La ciudad se había convertido en paso obligado tanto para la prensa internacional cuanto para los servicios de información del mundo entero. Pululaban por ella agentes dobles, falsos diplomáticos, activistas y aventureros; había quienes se infiltraban en las organizaciones palestinas, quienes las espiaban, quienes las parasitaban o quienes giraban en su órbita. ¡Cuántas veces habré oído desde entonces que esta o aquella facción militante de Occidente o de Oriente había hecho sus primeras armas en el Líbano por aquellos años! No estábamos aún en la época de los atentados suicidas de inspiración islámica, pero sí estábamos ya en la de los espectaculares secuestros de aviones y de los grupúsculos violentos de extrema izquierda, tales como el Ejército Rojo japonés, la banda Baader-Meinhof o la organización fantasmal que se hacía llamar «Septiembre negro».

SERÍA UN EUFEMISMO DECIR QUE al exponerse así a todos los vientos, a todas las tempestades, mi país natal se buscó unas cuantas

contrariedades. Por parte de los israelíes, una prolongada sucesión de represalias violentas y que culminaron en una invasión masiva del territorio que llegó hasta Beirut; y por parte de los árabes, incesantes injerencias cuyo resultado fue la dislocación del país y su sangría antes de colocarlo, durante tres décadas, bajo la tutela de Damasco. Y hubo también, por supuesto, las interminables guerras intestinas en las que intervinieron muchos protagonistas y fueron, en todas sus etapas, destructoras y mortíferas. Las víctimas se contaron por cientos de miles, la economía quedó prácticamente destruida y la modernización de la sociedad, comprometida por mucho tiempo.

Acabo de esbozar un cuadro un tanto apocalíptico del Líbano en aquellos años y debo matizarlo. Porque no hubo sólo procesiones de milicianos, campos de entrenamiento y redes de espías. Pisando los talones a los fedayines, llegaron también investigadores, escritores, editores, cineastas, dramaturgos, cantantes, con frecuencia palestinos, pero también sirios, iraquíes, sudaneses o magrebíes, que contribuyeron a la plétora de ideas consecutiva al desastre de 1967.

Por esa presencia y por las tensiones mentales y afectivas que engendraba, el papel de Beirut como capital intelectual y artística del mundo árabe tuvo por entonces un pasmoso florecimiento.

QUISO LA CASUALIDAD QUE el comienzo de mi actividad periodística coincidiera con los primeros meses de 1971, en el mismísimo momento en que se estaba afincando la OLP en mi ciudad natal colocándola durante muchos años bajo los focos de la actualidad. Tenía veintidós años, trabajaba en uno de los principales diarios del país, *An-Nahar*, y me hallaba por ello en un puesto de observación incomparable.

Por los pasillos del periódico desfilaban sin parar personajes que nunca habría tenido ocasión de conocer si hubiese vivido bajo otro cielo o en otra época. Al coger el ascensor, me cruzaba a veces con el embajador de Alemania, de Argelia o de la Unión Soviética, luego con un obispo ortodoxo griego, con un dirigente independentista eritreo o con un antiguo coronel del ejército libanés a quien acababan de indultar y de poner en libertad tras haber estado condenado a muerte por un intento de golpe de Estado. Y al entrar en la habitacioncita que compartía con otros tres redactores, veía a menudo, en un conciliábulo con mis compañeros, al corresponsal de *The Guardian* o al de *Le Monde*, al enviado especial de *Der Spiegel* o de *Newsweek*, que acudían para saber qué estaba pasando o que querían comprobar algunos rumores que les habían llegado.

Entre los visitantes habituales de la redacción estaba Kamal Nasser, portavoz oficial de la OLP. Nacido en Jordania, en una familia cristiana de rito protestante, periodista también él y poeta, exdiputado del Parlamento jordano. Arafat le había encomendado que diese lustre a la imagen de la organización en la prensa

internacional y cumplía eficazmente con ese cometido. En poco tiempo, había conseguido dar al movimiento palestino un rostro reconocible, humano, grato y una voz limpia que no tenía nada que ver con la de los propagandistas puros y duros. Sabía dar de lado las palabras huecas para recordar sus años de estudiante en la Universidad Americana de Beirut o para recitar un poema suyo acerca de las tabernas de París. Lo oí incluso elogiar el espíritu caballeresco del rey Hussein, siendo así que éste era por entonces el enemigo jurado de los palestinos. «¡Nos ha matado, pero no consigo aborrecerlo!», decía con un gesto de impotencia. Los corresponsales extranjeros lo valoraban mucho, tanto más cuanto que hablaba el inglés con mucha fluidez. Por lo demás, había sido profesor de esa lengua, muy al principio de su carrera, en Jerusalén, en una escuela que regentaban los misioneros.

Yo lo escuchaba siempre con mucho interés y con auténtico gusto, incluso cuando se limitaba estrictamente a su papel de portavoz oficial. Pero no tomaba apuntes ni intentaba reproducir sus palabras. En el periódico, no eran de mi incumbencia los asuntos palestinos, ni los asuntos libaneses ni nada que tuviera relación con el mundo árabe. Para todos esos temas, *An-Nahar* tenía un equipo nutrido y competente. Todos los países importantes tenían sus especialistas habituales, pendientes de su actualidad, que los visitaban con regularidad, y a cuyos dirigentes, a cuya oposición y a todas cuyas fuentes fiables conocían.

Por mi parte, el ámbito al que me dedicaba era a la vez inmenso y marginal. Inmenso, porque abarcaba en principio todo el planeta con la excepción del mundo árabe; pero marginal en la medida en que los lectores se interesaban en primer lugar por la actualidad local, la que podía afectar a su vida y a la de los suyos. Un diario al que preocupase su prestigio tenía por supuesto que hablar de la guerra del Vietnam, de la lucha contra el apartheid en Sudáfrica, de la Revolución de los Claveles en Portugal, del golpe de Estado de Chile o del levantamiento militar contra el emperador de Etiopía. Debido a lo cual, el periódico me estimulaba el interés por esas regiones

lejanas y me incitaba a veces a viajar a ellas para conocerlas más de cerca. Pero el ancho mundo no solía ocupar, en cuanto al número de páginas, más que un espacio modesto.

NO SE CONTABA, PUES, CON que cubriese los acontecimientos que ocurrían a mi alrededor y a mí no me costaba acomodarme a ese papel de observador mudo. En muy contadas ocasiones, la presión de la actualidad se hacía tan acuciante en la redacción que se recurría a todos los brazos, incluidos los míos.

Fue una urgencia de ese orden la que se presentó en la noche del 9 al 10 de abril de 1973. Volví de una velada en casa de unos amigos cuando me enteré por la radio de que acababan de ocurrir unos incidentes graves. Las noticias eran confusas y fragmentarias. Por lo visto, había habido ataques israelíes en algunos barrios de la ciudad, pero aún no se sabía cuáles eran las dianas. Me fui en el acto al periódico, donde reinaba el zafarrancho de combate de las grandes crisis. Debían de ser las tres de la madrugada y ya estaban empezando a llegar informaciones algo más concretas. Un nutrido destacamento de comandos israelíes había llegado, al parecer, por mar y, luego, se había dividido en varios grupos, atacando diversos objetivos en al menos tres barrios de la ciudad antes de retirarse, también por vía marítima.

Pocos minutos después nos enterábamos por un boletín radiofónico de la emisora nacional de que había habido un ataque en la zona occidental de la capital, cerca de la calle de Verdun, contra un grupo de edificios donde vivían algunos dirigentes palestinos. Parecía ser que habían matado a dos y a otro más, Kamal Nasser, lo habían secuestrado.

El fotógrafo estrella de *An-Nahar*, Sam Mazmanian, que también trabajaba para las dos principales agencias estadounidenses, Associated Press y United Press, decidió ir inmediatamente *in situ*. Me pidieron que lo acompañase.

SE HABÍA CONGREGADO UNA MUCHEDUMBRE ante los edificios que acababan de atacar: fedayines armados, vecinos en pijama, mirones. Un hombre me dijo que tuviera cuidado porque, por lo visto, había por el suelo detonadores que no habían explotado. Otro me prestó una linterna, pues se había ido la luz y las escaleras estaban a oscuras. Y otro más me indicó en qué piso vivía el portavoz de la OLP: en el tercero.

La puerta del piso estaba abierta de par en par y rodeada de escombros. Entré con cuidado y no tardó en reunirse conmigo Sam, que se había detenido según subía para tomar fotos desde arriba. La casa parecía vacía. Pero, de repente, debajo de una mesa grande, había la forma de un cuerpo. Estaba claro que quienes habían llegado antes que nosotros no la habían visto. Acerqué el haz de luz. Era él, Kamal Nasser. Tendido de espaldas, con los brazos en cruz. Bajo el labio inferior un impacto de bala. Estaba demasiado oscuro y no pude ver si había recibido más.

Me hallaba absorto en una contemplación conmovida y meditabunda cuando mi compañero me puso la mano en el hombro. Quería que me hiciese a un lado para poder tomar una foto.

De regreso al periódico, me apresuré a enmendar las informaciones que habían andado circulando hasta entonces. «No lo han secuestrado, lo han matado. He encontrado su cuerpo debajo de la mesa, en la oscuridad. Sam tiene las imágenes, las está revelando.»

SE SUPO UNOS CUANTOS AÑOS después que la operación de abril de 1973 la había dirigido Ehud Barak, futuro primer ministro de Israel, disfrazado de mujer, con una peluca morena. El objetivo de esa estratagema era fingir una escena de amor en un coche para que los vigilantes apostados en la calle se acercasen a la ventanilla y se los pudiera liquidar sin hacer ruido antes de que el grupo se metiera en el edificio.

Dos meses antes, una novelista estadounidense de treinta y siete años había alquilado un piso en ese mismo bloque de edificios.

Estaba preparando una obra inspirada en la vida de lady Hester Stanhope, una aventurera inglesa muy conocida en Levante, donde había residido varios años en la primera mitad del siglo XIX. La joven novelista había reunido gran cantidad de documentación que iba apilando encima de su escritorio, colocado junto a la ventana; desde allí podía ver enfrente, a pocos metros, la mesa a la que se sentaba Kamal Nasser para escribir. Hasta pasados cuarenta años no reveló su verdadera historia —aunque no su nombre verdadero— en un libro titulado *Yael, una combatiente del Mossad en Beirut*. Refería en él, esencialmente, que, para que su tapadera resultase más creíble, sus superiores la habían enviado a que siguiera un cursillo de unos cuantos días en casa de un historiador de verdad, Shabtai Teveth, autor de una biografía de Moshé Dayán y de varios libros sobre David Ben Gurión; no para que aprendiera a escribir, cosa de la que no se sentía capaz, según decía, sino para que le enseñase a fingir que escribía: cómo sembrar el escritorio de papeles, cómo colocar los bolígrafos, qué tirar a la papelera y cómo hablarles a terceras personas de su actividad literaria. Muchos preparativos minuciosos para una misión muy sencilla: vigilar a los dirigentes palestinos por la ventana para tener la seguridad de que estarían en casa cuando el comando israelí fuera a asesinarlos.

Esa noche, el 9 de abril, un oficial del Mossad, de paso por Beirut, camuflado de turista, invitó a «Yael» a tomar algo en el bar de un gran hotel.

—¿Están en casa tus vecinos? —le preguntó.

—Sí, los tres.

Si hubiera contestado algo diferente, el hombre habría llamado a sus contactos para posponer el ataque.

* * *

TANTO POR LA NOTORIEDAD DE las víctimas palestinas cuanto por el aspecto rocambolesco de la operación israelí, el Líbano padeció una sacudida como había habido pocas hasta ese momento. Estalló

inmediatamente una grave crisis gubernamental. El primer ministro, Saeb Salam, exigió la destitución del comandante en jefe del ejército y dimitió cuando el presidente de la República, Suleiman Frangié, rechazó esa petición.

Había en esto, indudablemente, un juego político de comunidades, libanés a más no poder, ya que Salam era un musulmán sunita y Frangié un cristiano maronita, como también lo era el general objeto del litigio. Pero había también un auténtico dilema, que iba más allá de esas desavenencias y que tenía angustiados a todos cuantos se preocupaban por la suerte del país.

Es evidente que un ejército nacional que se supone que está para defender el territorio de la patria no sale nada bien parado cuando un comando enemigo se presenta en plena noche, dispara contra unas cuantas dianas en dos o tres barrios diferentes y luego se retira sin toparse con ningún obstáculo. El país entero se sentía humillado y guardaba rencor a sus militares. ¿Acaso no habrían debido pegar unos cuantos tiros para quedar bien?

Desde luego. Pero sin embargo el problema tenía otra faceta que no se podía ignorar: el acuerdo de El Cairo ya le había retirado al ejército libanés parte de sus prerrogativas al autorizar a los palestinos a organizar operaciones militares desde el territorio que se suponía que debía proteger. ¿Puede legítimamente cargarse a la institución militar con la responsabilidad de unas represalias, siendo así que le tienen prohibido impedir los ataques que las han provocado? Se trata de dos misiones complementarias e inseparables que se les encomiendan a todos los ejércitos del mundo; cuando se los despoja de una, difícilmente se les puede pedir que cumplan con la otra.

MÁS ALLÁ DEL DEBATE ACERCA de la institución militar, sus deberes y sus prerrogativas, ya estaba claro a partir de entonces que el Estado libanés no podía escapar de ese callejón sin salida en el que estaba y que lo convertía a la vez en campo de batalla y en víctima colateral de los sangrientos enfrentamientos entre israelíes y palestinos.

En varias comunidades del país empezaban a formarse milicias, a crearse arsenales, y aparecían nuevos dirigentes que predicaban algo inédito hasta entonces: puesto que está claro que el ejército no es capaz de cumplir con su cometido, los «ciudadanos» se harán cargo de ello personalmente. Pero dichos «ciudadanos» no tenían todos la misma visión de las cosas. Para unos, la misión con que debería haber cumplido el ejército era oponerse a toda costa a los israelíes. Para otros, era oponerse a los palestinos.

Aquéllos estaban sobre todo en las comunidades musulmanas y en los partidos de izquierda, lo que les valió durante una temporada el nombre estafalario de «islamoprogresistas»; proclamaban su voluntad de proteger a la Resistencia palestina contra todos quienes intentasen asfixiarla o ponerle trabas; y por su parte, la OLP les proporcionaba abundantes armas y dinero, y formación militar.

La punta de lanza de los otros eran los partidos implantados en las comunidades cristianas; veían en la presencia del ejército palestino una amenaza para el país y tenían la esperanza de acabar con ella. Sus militantes se entrenaban de forma intensiva en el manejo de las armas sin dejar de saber por ello que no contarían con fuerzas suficientes y precisarían un aliado poderoso.

¿En qué aliado podían pensar? Algunos lo hacían en Israel. Pero ese camino no contaba a la sazón sino con pocos partidarios. Más adelante, se tomó en consideración durante una breve temporada bajo la égida de Bachir Gemayel y concluyó con una doble tragedia: el asesinato del joven presidente electo, tras el que llegaron las matanzas de Sabra y Chatila.

Sobre la marcha, prevaleció otra opción que también iba a traer su lote de tragedias. La preconizaba el presidente Frangié y no entusiasmaba a los demás dirigentes maronitas, pero la mayoría de ellos la veían entonces como un mal menor: en vez de colaborar con Israel y padecer entonces el rechazo del mundo árabe, ¿no sería preferible dejar que «domase» a los fedayines un «país hermano», Siria en este caso concreto?

Nadie ignoraba que Arafat y el presidente Háfes el-Ásad se profesaban mutuamente un profundo odio. No se debía sólo a un conflicto de sus formas de ser, sino también a una desavenencia estratégica de mayor trascendencia.

La constante preocupación del jefe de la OLP durante toda la lucha era que «la decisión» de los palestinos estuviera en manos de éstos y que ningún dirigente árabe, fuere quien fuere, pudiese hablar en su nombre. Ásad sostenía, antes bien, que la causa palestina era de toda la nación árabe, «desde el océano hasta el Golfo», afirmación de principio que venía a reforzar un objetivo estratégico primordial para el presidente sirio, el de poder negociar con las grandes potencias teniendo en la mano la «carta» palestina, que representaba en ese conflicto una baza mayor.

Para hacerse con ella, Damasco había tejido toda una red de organizaciones prosirias que, dentro de la OLP y en el mismísimo núcleo de Al-Fatah, el movimiento que había fundado Arafat, divulgaba las tesis de Ásad. Si podía éste colocar al Líbano bajo su tutela, si podía convertirse en árbitro en ese país, apadrinando a la vez a los palestinos y a los libaneses, protegiendo a unos de otros, estaría en una posición de fuerza en cualquier negociación que tuviese que ver con Oriente Próximo.

Cuando algunos dirigentes libaneses fueron a Damasco a preguntar si sería posible que los ayudasen a salir de las arenas movedizas en las que se estaban hundiendo, sus palabras le sonaron a Ásad como una música. Aquella oportunidad era demasiado fantástica y no pensaba titubear a la hora de aprovecharla. Las tropas sirias penetraron, pues, en masa en el país y cuando Arafat y sus aliados «islamoprogresistas» intentaron oponerse a ellos, sufrieron una gran derrota.

En la zona cristiana en que vivía yo entonces muchos aplaudían al ejército sirio que por fin los había «liberado» de las milicias palestinas. Otros se estaban preguntando ya quién demonios iba a poder «liberarlos» un día del ejército sirio.

* * *

EL DÍA EN QUE ME fui del Líbano en guerra en una embarcación precaria, en junio de 1976, todos los sueños de mi Levante natal ya estaban muertos o agonizaban. El paraíso de mi madre se había quemado y el de mi padre no era ya sino sombra de lo que fue. Los árabes habían caído en la trampa de sus derrotas y los israelíes en la trampa de sus conquistas, y todos eran incapaces de salvarse.

No podía, por descontado, adivinar hasta qué punto las tragedias de mi tierra natal iban a resultar contagiosas ni con qué violencia su retroceso ético y político iba a propagarse por el planeta. Pero no me acababa de sorprender lo que ocurrió. Por haber nacido al filo de la grieta, no precisaba cantidades ingentes de lucidez para darme cuenta de que nos acercábamos a pasos agigantados al abismo.

Me bastaba con tener los ojos abiertos y los oídos pendientes de los crujidos.

III

El año del gran vuelco

Igual que en lo pasado lo venidero
madura,
así en lo venidero el pasado se pudre:
una terrible fiesta de hojas secas⁴.

Anna AJMÁTOVA (1889-1966)

Poema sin héroe

1

EL DRAMA QUE LOS árabes de hoy llaman sencillamente «sesenta y siete» fue, pues, un giro decisivo en el camino del quebranto y de la perdición. Pero no lo explica todo. Las cosas habrían podido arreglarse, se podría haber virado en otra dirección, unos años después, para volver a subir la cuesta. Si prosiguió la deriva, incluso de forma más acentuada, fue por otro fenómeno histórico, más amplio, mucho más dilatado en el tiempo y que no es, hablando con propiedad, «un acontecimiento» más.

El nombre que me viene a la mente de forma espontánea es más bien el de «síndrome», en el sentido más propio y más antiguo de la palabra, el de un lugar en que varias pistas avanzan juntas en la misma dirección. De hecho, lo que voy a intentar recordar en las siguientes páginas es una gran cantidad de acontecimientos, procedentes de varios continentes y de múltiples ámbitos, pero que tienen una orientación común y empujaron, por decirlo de alguna manera, todo el «atelaje» de los hombres hacia el camino que siguen hoy.

Cuando nos esforzamos por entender por qué una situación determinada ha evolucionado de esa manera o de esta otra, sentimos a menudo la tentación de remontarnos muy atrás en el pasado. Lo que resulta a veces engorroso, ya que cada uno de los elementos de la situación tiene su propia historia, que puede dilatarse a veces durante siglos. Si no queremos perdernos en el frondoso bosque de las fechas, de los personajes, de las pasiones y

de los mitos, nos vemos a veces obligados a abrir unas vistas a tajos de podadera.

Eso fue lo que hice cuando me sumergí en la historia de las últimas décadas. Más bien debería decir que me volví a sumergir, ya que, desde la infancia, nunca he dejado de estar muy pendiente de la actualidad con un entusiasmo cuya explicación es seguramente que crecí a la sombra de un padre periodista.

Esa pasión no cesó nunca. Aún hoy dedico varias horas al día a oír y a leer noticias llegadas de todas las comarcas del mundo. E incluso cuando su forma de desarrollarse me preocupa o me aflige, no me canso nunca del espectáculo y no desvío la vista. Tengo constantemente la impresión de estar asistiendo al más asombroso de los folletines, con una infinidad de episodios apasionantes y mudanzas imprevistas dignos de los mejores guionistas.

LA MAYORÍA DE LOS ACONTECIMIENTOS de los que me dispongo a hablar recuerdo que los supe en el mismo momento en que se produjeron; a veces incluso acudí *in situ*, a Saigón, a Teherán, a Nueva Delhi, a Adén, a Praga, a Nueva York o a Addis-Abeba, para presenciarlos en persona. Pero las cosas se ven de forma diferente con la perspectiva del paso del tiempo, cuando ya se conocen las consecuencias.

De eso es de lo que me he dado cuenta con claridad al revisar la actualidad de ayer, lo que sucedió alrededor del año 1979, acontecimientos determinantes cuya importancia no comprendí en el momento. Causaron en el mundo entero algo así como un «vuelco» duradero de las ideas y de las posturas. Su proximidad no era seguramente el resultado de una actuación deliberada; pero tampoco era fruto del azar. Fue como si hubiese madurado una nueva «estación» y sus flores se abrieran en mil sitios a la vez. O como si «el espíritu de la época» nos estuviese comunicando el final de un ciclo y el comienzo de otro.

Esa noción, que la filosofía alemana forjó con el nombre de *Zeitgeist*, es menos fantástica de lo que aparenta; es incluso capital para entender el avance de la Historia. Todos cuantos viven en la

misma época se influyen mutuamente de diferentes formas y habitualmente no son conscientes de ello. Nos copiamos, nos imitamos, nos remedamos incluso, nos atenemos a los comportamientos más arraigados, a veces en forma de rechazo. Y en todos los ámbitos: en pintura, en literatura, en filosofía, en política, en medicina de la misma forma que en la ropa, el aspecto o el peinado.

Los medios con los que ese «espíritu» se difunde y se impone son difíciles de identificar; pero es innegable que opera en todas las épocas con implacable eficacia. Y en la presente edad de comunicaciones masivas e instantáneas, las influencias se propagan mucho más deprisa que en el pasado.

Normalmente el espíritu de la época actúa sin que nos demos cuenta. Pero hay veces en que su efecto es tan manifiesto que casi lo vemos ejercer en tiempo real. Tal es, en cualquier caso, la impresión que tuve cuando me volví a centrar en la historia reciente para intentar sacar de ella unas cuantas enseñanzas.

¿Cómo pude no darme cuenta de una coyuntura tan poderosa entre los acontecimientos? Habría debido llegar hace mucho a esta conclusión que se me mete hoy por los ojos, a saber, que acabábamos de entrar en una era eminentemente paradójica en que nuestra visión del mundo iba a transformarse e incluso iba a dar un vuelco total. En adelante, *iba a ser el conservadurismo el que se proclamara revolucionario, mientras que los seguidores del «progresismo» y de la izquierda no iban a tener ya más objetivo que la conservación de lo conseguido.*

En mis notas personales empecé a hablar de un «año de la inversión» o a veces de un «año del gran vuelco» y a recopilar los hechos notables que parecen justificar esas denominaciones. Son muchos, y citaré algunos al hilo de estas páginas. Pero hay sobre todo dos que me parecen especialmente emblemáticos: la revolución islámica que decretó en Irán el ayatolá Jomeini en febrero de 1979 y la revolución conservadora que implantó en el Reino Unido la primera ministra Margaret Thatcher a partir de mayo de 1979.

Un océano de diferencia entre esos dos acontecimientos y entre esos dos conservadurismos. Y también, por supuesto, entre las dos personas clave; para dar en la historia de Inglaterra con un equivalente de lo que sucedió en Irán con Jomeini habría que remontarse a la época de Cromwell, cuando los revolucionarios regicidas eran también puritanos y mesiánicos. Pero existe, sin embargo, entre los dos alzamientos cierta semejanza que no se limita a la proximidad de las fechas. Tanto en un caso como en otro se izó el estandarte de la revolución en nombre de fuerzas sociales y de doctrinas que habían sido más bien hasta entonces las víctimas o, cuando menos, las dianas de las revoluciones modernas: en el primer caso, los defensores del orden moral y religioso, y en el segundo, los defensores del orden económico y social.

Ambas revoluciones iban a tener repercusiones planetarias de envergadura. Las ideas de la señora Thatcher tardaron muy poco en desembarcar en los Estados Unidos con la llegada de Ronald Reagan a la presidencia, en tanto que la visión jomeinista de un islam a la vez insurrecto y tradicionalista, resueltamente hostil a Occidente, se propagaba por el mundo adoptando formas muy diversas y desechando los enfoques más conciliadores.

TENDRÉ OCASIÓN DE VOLVER SOBRE las diferencias y las semejanzas. Pero querría antes abrir un breve paréntesis para poner en guardia sobre cualquier visión simplificadora que esta comparación podría traer consigo.

Efectivamente si intentamos comprender cómo el ambiente político y mental se ha puesto «patas arriba» en el mundo entero en las últimas décadas, hay que evitar de entrada la opinión de que la revolución conservadora de Occidente fue una simple «usurpación» de la noción de revolución puesto que fue, en algunos aspectos y en sus consecuencias, auténticamente revolucionaria; resultó determinante, en particular para los adelantos tecnológicos en marcha que representan un cambio considerable en la historia humana; y resultó no menos determinante en el despegue

económico de China, de la India y de otros muchos países, lo que supone, también en este aspecto, un adelanto planetario de primera magnitud.

En lo referido a la revolución de Jomeini, es lógico que su aspecto resueltamente tradicionalista, en cuestiones de vestimenta, por ejemplo, sea lo primero que salte a la vista, pero no debe hacernos olvidar el corrosivo radicalismo que proliferó en el mundo musulmán partiendo del ejemplo iraní y que convulsionó todos los poderes asentados.

La noción de revolución, que la política tomó prestada al movimiento de los cuerpos celestes, nombra desde el siglo XVI acontecimientos muy numerosos y diversos. Por ello, más que preguntarnos exhaustivamente por la legitimidad de usarla para lo sucedido en 1979 en Teherán o en Londres, habría que intentar comprender las razones del trastorno por el que pasó el mundo alrededor de ese año y que condujo a dicha transformación del contenido de esa palabra.

TRAS HACER ESTAS PRECISIONES, CIERRO el paréntesis para regresar a las dos revoluciones conservadoras que he destacado.

La llegada al poder de la señora Thatcher no habría tenido la misma importancia si no se enmarcase en un movimiento profundo y extenso que no tardó en rebasar las fronteras inglesas. En primer lugar, lo hizo hacia los Estados Unidos, con la elección, por tanto, de Reagan en noviembre de 1980; luego, hacia el resto del mundo. Los preceptos de la revolución conservadora anglo-norteamericana los adoptaron muchos dirigentes tanto de derechas cuanto de izquierdas, a veces con entusiasmo y a veces con resignación. Aminorar la intervención del gobierno en la vida económica, restringir los gastos sociales, conceder mayor latitud a los empresarios y menguar la influencia de los sindicatos son hechos que van a considerarse en adelante normas de buena gestión en los asuntos públicos.

Uno de los libros emblemáticos de esta revolución es la novela llamada *Atlas Shrugged* ⁵. Obra de una emigrada rusa afincada en los Estados Unidos, Ayn Rand, cuenta una huelga que organizan no unos obreros, sino unos empresarios y unas «mentes creativas» a quienes exasperan los reglamentos abusivos. El título alude al personaje mitológico de Atlas, quien, cansado de llevar cargada a la espalda la Tierra, acaba por sacudir con fuerza los hombros; de ese ademán de exasperación y rebeldía es del que da cuenta aquí el verbo *to shrug*, cuyo pretérito es *shrugged*.

A esa ficción con tesis, publicada en 1957 y que muchos conservadores estadounidenses partidarios de un «libertarismo» resueltamente antiestatal convirtieron en su biblia, le dio alcance la realidad. La sublevación de los pudientes contra las injerencias de un Estado que distribuye las riquezas no ocurrió de la forma en que la había descrito la novelista, pero ocurrió. Y tuvo éxito. Con lo cual se acentuaron en gran medida las desigualdades sociales, tanto que se creó una reducida casta de multimillonarios, todos ellos más ricos que algunas naciones.

LA OTRA «REVOLUCIÓN CONSERVADORA», LA de Irán, iba también a tener repercusiones significativas en el conjunto del planeta.

No era en forma alguna una sublevación de los ricos contra los pobres; se llevó a cabo, antes bien, en nombre de los menesterosos, de los «parias de la Tierra» y, en este aspecto, se incluía en la continuación de otras muchas revoluciones del siglo xx. Lo que la convertía en atípica era que la dirigía un clero socialmente conservador, al que exasperaban unas reformas que, desde su punto de vista, iban en contra de la religión y de los valores tradicionales.

2

A ESAS DOS REVOLUCIONES, OCURRIDAS con tres meses de intervalo y que resumen en un compendio sobrecogedor los desbarajustes de esta época nuestra, voy a añadir otros dos acontecimientos no menos significativos y que completan este esbozo.

En diciembre de 1978 Deng Xiaoping tomó las riendas del poder en Pekín durante una sesión plenaria del Comité Central del Partido Comunista e inauguró su propia «revolución conservadora». Nunca la llamó así y era, desde luego, muy diferente tanto de la de Teherán cuanto de la de Londres; pero venía del mismo «espíritu de la época». Era de inspiración conservadora, pues se apoyaba en las tradiciones mercantiles enraizadas de toda la vida en la población china y que Mao Zedong había intentado erradicar. Pero también era revolucionaria porque iba a cambiar por completo, en una generación, la forma de existencia de la población más numerosa del planeta; pocas revoluciones en la Historia han cambiado a fondo la vida de tantos hombres y mujeres en tan poco tiempo.

El otro acontecimiento notable fue el ocurrido en Roma en octubre de 1978 con la llegada de Juan Pablo II al frente de la Iglesia católica.

Nacido en Polonia, Carol Wojtyla aunaba un conservadurismo social y doctrinal y una combatividad de dirigente revolucionario. «¡No temáis! —les dijo a los fieles reunidos en la plaza de San Pedro el día de su entronización oficial—. Abrid las fronteras de los Estados, de los sistemas políticos y económicos, los extensos

campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo». Su influencia resultó de capital importancia.

ESOS CUATRO TRASTORNOS DE ENVERGADURA que ocurrieron sucesivamente en sólo siete meses, entre octubre de 1978 y mayo de 1979, pero en entornos culturales y sociales muy alejados entre sí, ¿tenían algo en común aparte de la simple «coincidencia» cronológica? ¿Puede concebirse que la Curia romana y el Comité Central del Partido Comunista chino, los electores británicos y los manifestantes iraníes reaccionasen a idéntico impulso?

Con la perspectiva del paso del tiempo, veo sobre todo dos factores que incidieron en el ambiente de esos años, que afectaron en diverso grado a todos los países del mundo y pudieron desempeñar un papel en la génesis de los cuatro acontecimientos que acabo de recordar. Uno es la crisis terminal del régimen soviético; el otro, la crisis del petróleo.

En lo referido a este último factor, lo trataré con más detenimiento en capítulos posteriores; querría sólo decir aquí que obligó a todas las naciones del planeta a preguntarse por la gestión de su economía, por sus leyes sociales y también por sus relaciones con los países exportadores de petróleo; y que para éstos, que pertenecían mayoritariamente al mundo árabe musulmán, dicho «shock», que habría debido garantizar su felicidad, resultó devastador y, en última instancia, calamitoso.

En cuanto al primer factor, me doy cuenta hoy de que muchos acontecimientos de aquella época fueron reacciones más o menos directas, más o menos conscientes, más o menos meditadas, ante el comportamiento del «hombre enfermo» en que se había convertido el régimen soviético. Un «enfermo» muy raro que se consideraba aún pletórico de fuerza y creía que sus adversarios estaban acorralados.

* * *

CUANDO VOLVEMOS A SUMERGIRNOS EN la década de 1970, no puede por menos de parecernos patético el espectáculo de esa superpotencia lanzándose ciegamente a una estrategia de conquistas en todos los continentes mientras que su propia casa, en cuyo tejado ondeaban las banderas deslucidas del socialismo, del progresismo, del ateísmo militante y del igualitarismo, estaba ya irremisiblemente llena de grietas y a punto de desplomarse.

A quien se fiase de las apariencias la Unión Soviética daba la impresión de volar de logro en logro. En el Vietnam, en donde llevaban enfrentándose sin tregua el mundo comunista y el capitalista desde finales de la Segunda Guerra Mundial, el conflicto había concluido en 1975. El sur del país, que había sido hasta entonces una república aparte con el apoyo de los Estados Unidos, lo conquistaron las fuerzas procedentes del norte con el apoyo del movimiento comunista local, que se llamaba a sí mismo Frente Nacional de Liberación, pero al que los estadounidenses llamaban Vietcong.

Yo era un joven periodista a quien tenía fascinado, como a tantos otros, ese conflicto tan emblemático para mi generación y fui a Saigón para presenciar la batalla decisiva. Sabía que se estaba acercando el epílogo, pero no me imaginaba que la situación iba a evolucionar tan deprisa. El 26 de marzo, que fue el día en que llegué, las tropas comunistas acababan de tomar Hué, la antigua capital imperial; una semana después, estaban ya en las inmediaciones de Saigón, setecientos kilómetros más al sur. Y estaba claro que ese avance iba a proseguir hasta el final.

No vi en la capital del Sur ninguna voluntad de resistencia. Más bien resignación e incluso un sálvese quien pueda. Todos los que temían la severidad del régimen que iba a llegar buscaban desesperadamente una forma de salir del país. De la noche a la mañana, la moneda local, la piastra, dejó de circular, ningún comerciante la quería ya. En las administraciones públicas descolgaban a toda prisa las fotos oficiales del último presidente

survietnamita, el general Thieu, que también se disponía a irse y concluyó la vida en paz en Massachusetts, olvidado de todos.

Saigón cayó el 30 de abril. Los que conocieron esa época siguen teniendo en la memoria aquellas escenas patéticas en las que civiles y militares refugiados en la embajada estadounidense intentaban pillar los últimos helicópteros para salir huyendo. Imágenes más humillantes aún para los salvadores que para los salvados. La «República de Vietnam» que varios presidentes estadounidenses se habían comprometido a defender la anexionó la República Socialista de Vietnam y se volvió a bautizar a la capital con el nombre del dirigente que había desafiado con éxito a Francia y luego a los Estados Unidos: Ciudad Ho Chi Minh.

Dos semanas antes, unos insurgentes comunistas habían tomado Phnom Penh, la capital de Camboya; luego le tocó la vez a Laos. La famosa teoría de las fichas de dominó, que dice que si un país cae arrastra a otro en la caída, y después a otro más, parecía estar en marcha. Y la Unión Soviética era la principal beneficiaria.

POR LO DEMÁS, ESTE FENÓMENO no se limitaba a Indochina. En África, por ejemplo, donde las antiguas potencias coloniales europeas solían ocupar un lugar preponderante, el equilibrio de fuerzas estaba empezando a cambiar rápidamente. Cuando Portugal, después de la «Revolución de los Claveles» de abril de 1974, decidió conceder la independencia a sus colonias, a los cinco Estados africanos nuevos que nacieron en el acto los dirigieron, a todos ellos, partidos de obediencia marxista; el más rico, Angola, pidió incluso ayuda a Fidel Castro para enfrentarse a una insurrección y decenas de miles de soldados cubanos, con apoyo de Moscú, desembarcaron en las costas africanas a partir de noviembre de 1975 sin que los Estados Unidos pudieran oponerse a ello.

De esta forma, en los meses posteriores a su victoria, en gran medida simbólica, en el conflicto vietnamita, los soviéticos habían hecho espectaculares progresos en un continente que hasta entonces parecía ser un coto privado de caza de los occidentales.

Los países del África subsahariana que a partir de ahora reivindicaban el marxismo eran cada vez más: además de Angola, Mozambique, Cabo Verde, Guinea-Bisáu y Santo Tomé y Príncipe, estaban Madagascar, Congo Brazzaville, Guinea Conakry... Hubo incluso una breve temporada en que, en el cuerno de África, a los dos países principales, Etiopía y Somalia, los gobernaban militares que reivindicaban el marxismo-leninismo mientras en la otra orilla del mar de Arabia, Yemen del Sur, Estado independiente cuya capital era Adén, se proclamaba «república democrática popular» bajo la égida de un partido de corte comunista que contaba con un politburó.

En ese ambiente de expansión desenfundada y de franca euforia, se lanzaron los dirigentes soviéticos a una aventura que resultó desastrosa e incluso fatal para su régimen: la conquista de Afganistán.

ESE PAÍS MONTAÑOSO, SITUADO ENTRE Irán, Pakistán, China y las repúblicas soviéticas de Asia central, contaba con movimientos de obediencia comunista activos y ambiciosos, pero muy minoritarios, dentro de una población musulmana socialmente conservadora y ferozmente hostil a cualquier injerencia extranjera. Actuando solos y por su cuenta, esos militantes no tenían ninguna oportunidad de llevar de forma duradera las riendas del poder. Únicamente una implicación activa de sus poderosos vecinos soviéticos podía modificar a su favor el equilibrio de fuerzas. Y eso siempre y cuando dichos vecinos estuvieran convencidos de la necesidad de tal intervención.

Eso fue precisamente lo que sucedió a partir del mes de abril de 1978. Irritados por un acercamiento que se estaba iniciando entre Kabul y Occidente, cuidando de preservar la seguridad de sus fronteras y la estabilidad de sus repúblicas asiáticas y convencidos de poder mover sus peones con total impunidad, los dirigentes soviéticos avalaron un golpe de Estado que organizó una de las facciones marxistas. Luego, cuando comenzaron las insurrecciones

contra el nuevo régimen, enviaron tropas en grandes cantidades para reprimirlas, hundiéndose cada día más en ese pantano.

Como tantas veces ha sucedido en la Historia —aunque cada cual se imagina que a él las cosas le irán de otra manera—, los dirigentes soviéticos se habían convencido a sí mismos de que la operación de «pacificación» que estaban llevando a cabo sería de corta duración y concluiría con una victoria decisiva.

Esta grave imprudencia estratégica sólo puede explicarla el análisis que hacían del estado de ánimo que por entonces predominaba en sus adversarios. Estaban convencidos, efectivamente, de que los Estados Unidos, muy traumatizados por su larga y desastrosa guerra en Vietnam, no tendrían ningunas ganas de embarcarse en nuevas aventuras exteriores y de que, si el ejército soviético se lanzaba al asalto de Afganistán, los estadounidenses no intentarían oponerse. ¿No había demostrado acaso su impasibilidad ante el envío de tropas cubanas a Angola que no sentían ya apetencia alguna por los enfrentamientos armados?

CUANDO PASEABAN LA VISTA POR el mundo que los rodeaba, los dirigentes de Moscú podían suponer que no tenían nada que temer. Ni de los Estados Unidos, como ya hemos dicho; ni de Europa occidental, que aún estaba superando trabajosamente las consecuencias de la crisis del petróleo, ni de China, donde había muerto Mao Zedong en septiembre de 1976 franqueando el camino a lo que aparentemente iba a ser una prolongada guerra de sucesión.

En consecuencia, los soviéticos tenían razones para suponer que nadie se les iba a cruzar en el camino y que podrían ir avanzando sin grandes riesgos en dirección a Kabul.

3

PERO MOSCÚ HABÍA INFRAVALORADO la capacidad de sus adversarios para reponerse e incluso para iniciar el contraataque en diversos ámbitos y en varios teatros de operaciones.

Este fue sobre todo el caso de Gran Bretaña. En vísperas de las elecciones generales de mayo de 1979, que iban a llevar al poder a la mujer a quien iban a llamar «la dama de hierro», el país estaba en un estado deplorable. Huelgas, algaradas, cortes de suministro eléctrico, un ambiente social tóxico y la sensación de los trabajadores y también de muchos de los conservadores moderados de que esas eran las consecuencias normales de la crisis del petróleo y que no quedaba más remedio que «apañarse con lo que había» en espera de días mejores. La imagen emblemática de aquella época es la de Piccadilly Circus sumido en la oscuridad por una interrupción del trabajo en las minas de carbón. Un historiador británico, Andy Beckett, refirió esos años sombríos en una obra llamada *When the Lights Went Out (Cuando se apagaron las luces)*.

Cuando irrumpió en el escenario internacional, la señora Thatcher llevaba consigo otro estado de ánimo y otro mensaje. No es inevitable la decadencia, les decía a sus conciudadanos, podemos y debemos volver a subir la cuesta; tenemos que fijarnos un rumbo y seguirlo sin desviarnos ni titubear, aunque atropellemos sin consideraciones a quienes se nos crucen por el camino, empezando por los sindicatos. El año en que llegó al poder, cerca de treinta millones de días de trabajo se habían perdido en conflictos sociales.

Al país no le quedaba ya más elección que hundirse o dar un salto adelante. Igual que había hecho en otros momentos de su historia, eligió escuchar la voz obstinada que le prometía sacarlo, con la cabeza alta, de aquel *impasse* aunque fuera pagando el precio de dolorosos sacrificios.

DE ESA REACCIÓN NACIÓ LA revolución conservadora. Una de sus consecuencias fue que acabó con la vergüenza que sentía hasta entonces la derecha en el debate político e intelectual, sobre todo en las cuestiones sociales. Se trata de una dimensión difícil de captar e imposible, desde luego, de cuantificar, pero resulta esencial para comprender el trastorno que cambió las mentalidades en todos los lugares del mundo.

Cuando hay un pensamiento dominante, quienes no lo comparten tienen con frecuencia que andarse con astucias y rodeos y fingir, incluso, que adoptan algunos de sus principios para que se escuchen sus objeciones. En muchos países europeos ese «promontorio» intelectual y ético lo ocupaban desde hacía mucho las ideas y el vocabulario de la izquierda. El ejemplo que se me viene espontáneamente a la cabeza es el de mi país adoptivo, Francia. Llevo viviendo en él más de cuarenta años y he tenido oportunidad de observar y escuchar a sus políticos, sus intelectuales y sus profesores universitarios.

Hasta la década de 1980 pocos dirigentes admitían abiertamente ser de derechas; los que no eran de izquierdas preferían decir que eran de centro, y cuando por ventura criticaban a los comunistas se sentían en la obligación de insistir, a modo de preámbulo, en que no eran ni poco ni mucho anticomunistas, un epíteto considerado infamante por aquel entonces y con el que nadie quería cargar. En la actualidad, sucede exactamente lo contrario: quienes son de derechas lo proclaman con orgullo; y quienes desean exponer alguna opinión positiva acerca de este o de aquel aspecto del comunismo se sienten en la obligación de insistir, a modo de preámbulo, en que no son en modo alguno partidarios de esa

doctrina. Yo mismo he echado mano de esta precaución verbal en páginas anteriores...

Volviendo a Inglaterra, podríamos decir que antes de la revolución thatcheriana a ningún dirigente político, ni de derechas ni de izquierdas, le apetecía pasar por un desfacedor de huelgas, por un enemigo de los sindicatos, por un ser insensible ante el destino de los mineros y demás trabajadores de ingresos modestos; ni ser responsable de la muerte de un preso en huelga de hambre, como sucedió con el irlandés Bobby Sands en 1981. La aportación de la dama de hierro, éticamente controvertida, pero históricamente innegable, fue cometer sin pestañear todos los «pecados» que la prudencia ordinaria recomendaba no cometer a los políticos sin que, por lo demás, se hundieran las esferas.

Su asalto contra la «vergüenza» de la derecha no era, por supuesto, sino una etapa. Antes de que el conservadurismo radical se convirtiera en el «pensamiento dominante» de nuestra época, tuvo que salir victorioso en los Estados Unidos. Cosa que se llevó a cabo con maestría durante los dieciocho meses posteriores a la llegada al poder de la señora Thatcher. Fue políticamente obra de Ronald Reagan; y, bajo cuerda, de los *think tanks* conservadores, que elaboraron hábilmente las palabras y las ideas que iban a permitir al candidato republicano alzarse con el triunfo.

ESA BATALLA IDEOLÓGICA NO LA tenía ganada de antemano la derecha estadounidense. No era algo evidente que los electores del pueblo aceptasen respaldar unas reformas que favorecían sobre todo a los más ricos. El argumento que repitió Reagan hasta la saciedad fue que la brecha no estaba entre quienes ganaban mucho dinero y quienes ganaban menos, sino entre quienes trabajaban para vivir y quienes se aprovechaban del sistema. La imagen de peso que volvía en todos los discursos era la de la *welfare queen*, un personaje ficticio que se suponía que representaba a una mujer que vivía confortablemente y casi suntuosamente merced a ayudas públicas y sin tener que trabajar nunca. La descripción era tan realista que a

los oyentes les daba la sensación de que se trataba de una persona real; y, si nos fijamos de Paul Krugman, premio Nobel de Economía, en las palabras de Reagan había un mensaje implícito y subliminal para sus numerosos electores blancos, dirigido sobre todo a los de los estados del Sur, para quienes la *welfare queen* era forzosamente una mujer negra.

Fuese o no real o fruto de la fantasía ese toque racial de las cosas, no cabe duda de que una desconfianza tenaz echó raíces a partir de entonces en la opinión estadounidense contraria a todos cuantos se veían como representantes de un sistema considerado inmoral en el que se coge el dinero de los que trabajan para dárselo a quienes no trabajan. En consecuencia, el incremento de la desigualdad, que no ha dejado de acentuarse desde finales de la década de 1970 y habría provocado seguramente, en otros tiempos, una hostilidad militante en contra de los pudientes y una adhesión creciente a las ideas de izquierdas se ha plasmado más bien en la Norteamérica de las últimas décadas en una nueva fuerza y una radicalización de la opinión conservadora.

No puede descartarse que esas posturas no cambien en el futuro; pero, en el momento en que escribo estas líneas, a Ronald Reagan y a Margaret Thatcher los siguen considerando la mayoría de sus conciudadanos los héroes de una reacción salutífera. Y los preceptos que se encarnaron en ellos siguen prevaleciendo en todas las latitudes del planeta.

* * *

EL AUQUE DE LAS IDEAS nacidas de la revolución conservadora anglo-estadounidense a costa de las de la izquierda iba a convertir el modelo soviético en cada vez menos atractivo durante las siguientes décadas y a frenar su expansión planetaria. De forma inmediata, sin embargo, fueron otros chascos los que frenaron el impulso de los dirigentes de Moscú y contribuyeron a la debilitación de su régimen.

Hubo varios en diferentes partes del mundo y en diferentes ámbitos: político, militar, mediático, ideológico, económico, tecnológico, etc. Hablaré a continuación de algunos que me parecen más significativos que los demás.

EL PRIMERO OCURRIÓ EN INDOCHINA. Y eso que Moscú había conseguido allí logros rotundos. Pero éstos acabaron por traer consigo una réplica fulminante y por parte de quien no se esperaba.

Cuando hablé de la forma en que se habían venido abajo los regímenes a los que habían sostenido los estadounidenses en esa parte del mundo, uno tras otro, como fichas de dominó, omití especificar que los comunistas que habían triunfado no pertenecían todos a la misma rama. Mientras que en Vietnam y en Laos los vencedores eran aliados de la Unión Soviética, la facción que había triunfado en Camboya reivindicaba el maoísmo y tenía al frente a un curioso personaje que se hacía llamar «Pol Pot» y no disimulaba cuánto desconfiaba de Hanói y también de Moscú. No tardó mucho su régimen en destacar por un fanatismo paranoico. Empezó por echar de la capital a sus pobladores, se encarnizó con todos los que contaban con cultura y sabiduría y llevó a cabo en cuatro añitos de nada uno de los genocidios más demenciales de la historia moderna.

Fue, pues, con cierto alivio como presencié el mundo la ofensiva breve y eficaz que lanzó contra los jemeres rojos el ejército vietnamita y le permitió conquistar Phnom Penh el 7 de enero de 1979. Las tropas de Pol Pot habían abandonado la capital la víspera sin oponer resistencia para replegarse a las zonas rurales.

Al expulsarlos del poder, los vietnamitas mataban dos pájaros de un tiro: su hegemonía regional culminaba y, al tiempo, ellos se ganaban el agradecimiento de una opinión internacional indignada con la barbarie del desaparecido régimen.

NO OBSTANTE, CHINA VEÍA LAS cosas de forma diferente. Desde luego, el nuevo hombre fuerte, Deng Xiaoping, no sentía simpatía alguna por el maoísmo descarriado de Pol Pot, ni tampoco, dicho sea de

paso, por otras formas de maoísmo. Pero no podía dejar que los vietnamitas y sus protectores soviéticos se enseñoreasen de toda Indochina y liquidasen impunemente a los aliados de Pekín por muy abominables e incontrolables que fuesen. Decidió, pues, emprender una auténtica «expedición de castigo».

El 17 de febrero de 1979, seis semanas después de la caída de Phnom Penh, doscientos mil soldados del Ejército Popular invadieron el territorio vietnamita y avanzaron hacia el sur, ocupando varias localidades y destruyendo diferentes instalaciones económicas y militares. El 6 de marzo China anunció que tenía ya vía franca hacia Hanói, pero que sus tropas no seguirían avanzando y que albergaban la esperanza de que la «lección» que les habían dado a los vietnamitas les hubiera bastado. Éstos, por su parte, proclamaron que habían «rechazado al invasor».

Si nos fijamos de los observadores de fuera, parece ser que los vietnamitas, curtidos por muchos años de conflicto, pelearon mejor que sus adversarios, cuyo ejército no había participado en batallas auténticas desde la guerra de Corea, al principio de la década de 1950. Pero el objetivo de Deng no era militar. Recién llegado al poder, quería demostrar a los vietnamitas que la Unión Soviética no enviaría tropas a socorrerlos si alguien los atacaba y que, por consiguiente, harían mal en pensar que podían hacer lo que les viniera en gana. Y también enviaba un recado a los Estados Unidos, diciéndoles que a partir de ese momento tenían en Asia un interlocutor digno de confianza y quizá, incluso, un *partenaire* potencial; los estadounidenses, que no se habían repuesto aún de la derrota que les había infligido Hanói, recibieron con los brazos abiertos la expedición de castigo que había ordenado el nuevo dirigente chino.

Estaba claro que acababa de ocurrir en el escenario internacional un suceso importante del que Washington sólo podía congratularse y que a Moscú debía preocuparlo considerablemente.

4

OTRO ACONTECIMIENTO QUE DESCRIBIRÍA también como un «chasco» de los soviéticos —incluso aunque en su momento no se lo pareciera— fue el asesinato de Aldo Moro, principalísimo dirigente de la democracia cristiana italiana que militaba en pro de un «compromiso histórico» entre su familia política y el Partido Comunista. Lo raptaron las Brigadas Rojas el 16 de marzo de 1978 y lo encontraron muerto en el maletero de un coche el 9 de mayo.

Incluso hoy, cuando han transcurrido ya tantos años, resulta difícil decir con seguridad quién ordenó ese crimen y cuál era su objetivo específico. Se adujeron muchas teorías que no intentaré desentrañar aquí. ¿Obedecían los asesinos a algún conventículo italiano, a unos «servicios secretos» extranjeros o únicamente a sus propios delirios ideológicos? ¿Era su finalidad impedir que el partido católico legitimase a los comunistas y les franquease así el camino del poder? ¿O, antes bien, impedir a los comunistas que se ablandasen y traicionasen los ideales del marxismo-leninismo? Nunca se zanjó la cuestión de forma definitiva.

Una cosa me parece segura ahora: más allá del asesinato de un hombre, era una utopía prometedora la que acababan de tirar al cubo de la basura de la Historia.

LLEVABA ESA UTOPIÍA DÉCADAS EN el aire. Nacida en algunos del temor a un cataclismo nuclear, y en otros, del candoroso deseo de ver por fin cómo se reconciliaba la humanidad, se basaba en una pregunta rebosante de esperanza: ¿y si el comunismo y el capitalismo, en vez

de seguir enfrentándose encarnizadamente por todo el planeta, se iban acercando progresivamente y conseguían una síntesis al interesarse éste más en la libertad y la democracia e incorporando aquél una dosis mayor de justicia social? ¿No acabaría entonces ese agotador enfrentamiento de los bloques que amenazaba con destruir a la humanidad entera?

Tal perspectiva no era forzosamente una insensatez. Mentees brillantes hubo que creyeron en ella: escritores, filósofos, historiadores y también algunos dirigentes políticos, entre los cuales se hallaba precisamente Aldo Moro. Su país podía incluso legítimamente aspirar en este asunto a un papel pionero. Patria de los papas y núcleo mundial del catolicismo, Italia tenía también el Partido Comunista más poderoso y respetado del mundo occidental, que gozaba del máximo prestigio intelectual; bajo la égida de su secretario general, Enrico Berlinguer, un hombre que procedía de la pequeña nobleza sarda y no de la clase obrera, se había pronunciado públicamente a favor de introducir el multipartidismo y la libertad de expresión en los países del Este. Aldo Moro no podía aspirar a un *partenaire* mejor para llevar a cabo su sueño de un «compromiso histórico» entre los dos sistemas que se disputaban el planeta.

Pero ese sueño no era, desde luego, del agrado de los dirigentes soviéticos. Cuando hablo del asesinato del dirigente demócrata cristiano como de un chasco para ellos, me sitúo en la perspectiva del observador externo y *a posteriori* que puede demorarse en examinar lo que aconteció en las siguientes décadas y que, por consiguiente, sabe que los herederos de Lenin estaban en vísperas de un desastre político y moral tras el que no volverían a levantar cabeza; y que el término medio que defendían Moro y Berlinguer era, para los comunistas del mundo entero, no una trampa que debían evitar, sino todo lo contrario: la última oportunidad de escapar a la trampa mortal que estaba empezando a cerrarse en torno.

Dicho lo cual, no tengo la seguridad de que esa oportunidad siguiera existiendo en 1978. Es posible que el sistema fuese ya irrecuperable desde el colapso de la Primavera de Praga en 1968, desde la represión de la insurrección húngara de 1956 o incluso desde mucho antes. Lo que sí es seguro es que, tras la muerte del «compromiso histórico» a la italiana, no volvió a presentarse ya ninguna oportunidad para que la guerra fría acabase en un «empate». La derrota del «bando socialista» se estaba volviendo inevitable.

Hoy no tenemos ningún mérito en saberlo; en 1978 los soviéticos no lo sabían.

Ese año, no obstante, iba a traerles otro chasco de envergadura. Y también en este caso, por un azar de lugares y símbolos, de entre todas las ciudades, en Roma.

Ya he aludido, sin demorarme demasiado en ello, a la elección, en octubre de 1978, por primera vez en más de cuatrocientos cincuenta años, de un papa que no era italiano, polaco por más señas, y que había pasado la mayor parte de su vida sacerdotal en un régimen de obediencia soviética. No deja de tener importancia que la llegada de Juan Pablo II ocurriera en el mismo momento en que otro polaco, no menos hostil al comunismo, ocupaba en la Casa Blanca el cargo crucial de consejero de Seguridad Nacional, con el cometido de ayudar al presidente de los Estados Unidos a elaborar su estrategia y ponerla en práctica.

Zbigniew Brzezinski, conocido por «Zbig», no ocultó nunca que sus orígenes eran un elemento determinante de su visión política. Cuando el presidente Jimmy Carter tomó posesión en 1977, su consejero lo convenció de que su primera visita debía ser a Varsovia. Nada más llegar, y pese a la oposición del embajador de los Estados Unidos, insistió en reunirse con el adversario más feroz de las autoridades comunistas, el cardenal Wyszynski, primado de la Iglesia polaca, a quien garantizó apoyo.

El sueño de Zbig era debilitar, e idealmente dismantelar, el imperio que habían construido los soviéticos tras «el telón de

acero». A esa meta, que parecía exageradamente ambiciosa, se dedicó con pasión y maña durante el mandato único de «su» presidente, y no sería absurdo decir que la «conexión polaca» que existió durante esos años entre Washington y El Vaticano permitió efectivamente aflojar el control del «gran hermano» ruso sobre sus vasallos de Europa oriental, sobre todo tras la aparición, en 1980, del movimiento Solidaridad que dirigía Lech Walesa.

* * *

LA ERA DEL PRESIDENTE CARTER ha quedado en la memoria como un período de debilidad e indecisión. Así la presentó el candidato Ronald Reagan y algunos acontecimientos confirmaron esa impresión negativa, sobre todo la ocupación de la embajada de los Estados Unidos en Teherán y las imágenes humillantes de los rehenes norteamericanos con los ojos vendados.

Vista desde la perspectiva del paso del tiempo, no se confirma esa flojedad, antes bien al contrario. En cualquier caso, no en el frente de la guerra fría. Enfrentada a Moscú, la reacción de la administración Carter fue sutil, discreta y sigilosa. Pero tremendamente eficaz. Sobre todo en Afganistán, donde fabricó una trampa mortal en la que cayó el régimen soviético y de la que no volvió a salir.

EN JULIO DE 1979, CUANDO estaba Kabul en manos de los comunistas afganos que habían tomado el poder y algunos movimientos armados empezaban a organizarse para oponerse a ellos en nombre del islam y de las tradiciones locales, Washington reaccionó organizando en secreto una operación cuyo nombre en clave era «Ciclón» y que pretendía apoyar activamente a los rebeldes. Antes de que se adoptase esa decisión, algunos responsables estadounidenses se habían preguntado, intranquilos, si una operación así no iba a animar a Moscú a enviar sus tropas al país. Pero esa perspectiva no preocupaba en absoluto a Brzezinski. Antes bien, lo estaba deseando. Lo que estaba esperando precisamente

era que los soviéticos, incapaces de controlar la situación recurriendo a sus aliados locales, se vieran obligados a cruzar la frontera y cayesen así en la trampa que les estaban tendiendo, la de un «Vietnam» al revés en que los Estados Unidos dejarían a los rusos el ingrato papel de «gendarmes», dedicándose ellos, rebeldes mediante, a acosarlos.

Brzezinski estaba muy ufano de su estratagema, pero hasta que concluyó la guerra fría no se sintió con libertad para referirse a ello. «Según la verdad oficial de la Historia —dijo en una entrevista en 1998—, la CIA empezó a ayudar a los muyahidines en 1980, es decir, después de que el ejército soviético invadiera Afganistán el 24 de diciembre de 1979. Pero la realidad, que se ha conservado en secreto, es muy otra: fue, efectivamente, el 3 de julio de 1979 cuando el presidente Carter firmó la primera directriz relacionada con la asistencia clandestina a los adversarios del régimen prosoviético de Kabul. Y ese día le escribí una nota al presidente en que le explicaba que, en mi opinión, esa ayuda iba a traer consigo una intervención militar de los soviéticos.»

Al entrevistador —Vincent Jauvert de *Le Nouvel Observateur*—, que le preguntaba si no se arrepentía de nada, le replicó: «¿Arrepentirme de qué? Esa operación secreta era una idea excelente. Tuvo el efecto de atraer a los rusos a la trampa afgana y ¿quiere que me arrepienta? El día en que los soviéticos cruzaron oficialmente la frontera, le escribí lo siguiente, más o menos al presidente Carter: “Ahora tenemos la ocasión de proporcionarle a la Unión Soviética su guerra del Vietnam”. De hecho, Moscú tuvo que sacar adelante durante casi diez años una guerra agotadora que causó la desmoralización y, en última instancia, la explosión del imperio soviético».

EN CUANTO LA INFORMARON DE la invasión de Afganistán, la Casa Blanca empezó a organizar la respuesta en todos los ámbitos. Carter anunció sanciones comerciales y diplomáticas e instó a todas las

naciones a que boicoteasen los Juegos Olímpicos de Moscú, previstos para el verano de 1980.

Brzezinski, piedra angular de esa campaña, ya había empezado a recorrer el mundo, de China a Egipto y de Inglaterra a Pakistán, para conseguir el apoyo de todos aquellos a quienes intranquilizaba la invasión soviética. Y, nada más comenzar la operación Ciclón, obtuvo de varios países, especialmente de Arabia Saudí, una ayuda concreta para los muyahidines en metálico, en armas y en hombres.

El flujo de combatientes extranjeros hacia Afganistán, que había empezado unos meses antes, se intensificó a partir de entonces, sobre todo desde el mundo árabe. A finales de 1979 llegó el estudiante saudí Osama bin Laden, que contaba entonces veintidós años. Otros se le habían adelantado y otros muchos lo siguieron. En gran cantidad de países se empezó a hablar con preocupación de esos «afganos árabes», militantes armados de una «internacional» de un nuevo estilo a quienes se divisaba un día en los arrabales de Argel y a la semana siguiente en Sarajevo. Pero se creía a la sazón que se trataba de un fenómeno pasajero, de un «efecto colateral» de la guerra en marcha que se iría esfumando en cuanto concluyese.

CUANDO LA MILITANCIA ISLAMISTA EMPEZÓ a extenderse por el conjunto del planeta, atacando sobre todo con especial ferocidad a dianas occidentales, hubo muchos que se preguntaron si los Estados Unidos, obnubilados por su lucha contra el comunismo, no habrían estado jugando al aprendiz de brujo propiciando la aparición de fuerzas que luego se volverían contra ellos. Pero no sería sensato juzgar los comportamientos de ayer según los hechos que sabemos hoy. En nuestros días, ya no existe la Unión Soviética; en los tiempos en que ocupaba Afganistán, poseía aún un poder temible que se materializaba en miles de ojivas nucleares capaces de reducir a la nada el planeta entero. Nunca se las habían tenido que ver los Estados Unidos con un enemigo así, y la prioridad para todos los dirigentes era combatirlo, contrarrestarlo, debilitarlo, por los medios que fuera. Ninguna otra amenaza podía desviarlos de ese objetivo

prioritario y, desde luego, en modo alguno esa —tan lejana, tan inconcreta, tan improbable— a la que íbamos a llamar veinte años después el radicalismo violento o el terrorismo.

Pero, aunque resulte difícil reprochar a los responsables estadounidenses que dieran preferencia al combate a ultranza contra la superpotencia rival, no deja por ello de ser cierto que jugaron efectivamente a los aprendices de brujo al propiciar la aparición de un fenómeno inédito, complejo, inagotable, desconcertante y que no iban a poder controlar.

5

CUANDO INTENTO HACER BALANCE del siglo XX, me doy cuenta de que fue el escenario de dos «familias» de calamidades: el comunismo engendró una y el anticomunismo, la otra.

A la primera pertenecen todos los atropellos cometidos en nombre del proletariado, del socialismo, de la revolución o del progreso; fueron muchos los episodios en todas las latitudes, desde los juicios de Moscú y las hambrunas de Ucrania hasta los excesos norcoreanos, pasando por el genocidio en Camboya. A la segunda «familia» pertenecen los abusos cometidos en nombre de la lucha contra el bolchevismo. También en este caso hubo innumerables episodios; los más devastadores fueron, por descontado, el cataclismo planetario que trajo consigo la «peste parda» del fascismo y del nazismo.

La percepción de todos esos crímenes ha pasado por muchas fluctuaciones. En los inicios de la posguerra a la mayoría de los historiadores les parecía excesivo poner en pie de igualdad los crímenes del régimen hitleriano y los del régimen soviético. Y, aunque la imagen de Stalin había acabado por empañarse, la de su antecesor, Lenin, siguió mucho tiempo intacta.

La talla de Mao Zedong también pasó por altos y bajos. Sus espectaculares descarríos, como la gran revolución cultural proletaria, los alabaron en su momento famosos intelectuales. Ahora se los juzga con mucha severidad, pero «el gran timonel» no cayó en desgracia, como le sucedió al «padrecito de los pueblos». No ha ocurrido ninguna «desmaoización» notoria, y aunque sus sucesores

se han apartado cuidadosamente de su línea, han conservado su mausoleo en la plaza de Tiananmén, más que nada porque ven en él un símbolo de continuidad política y de estabilidad.

Hasta que no hubo concluido la guerra fría con la quiebra del modelo colectivista y la desintegración de la Unión Soviética no fue de recibo reírse del «libro rojo», comparar a Stalin con Hitler y reconsiderar la imagen de Lenin. Se dejó de ver en él al respetable fundador de un poder socialista que sus herederos habían pervertido; se le atribuyó a partir de entonces una responsabilidad de primer orden en todo cuanto había sucedido a partir de la revolución de octubre, que algunos historiadores han rebajado a la categoría de un vulgar golpe de Estado, audaz cierto es, pero que no tenía nada de sublevación popular.

Esto no debería impresionarnos; forma parte de la justicia distributiva. El comunismo tuvo su oportunidad, la tuvo más que cualquier otra doctrina, y la desperdició. Habría podido conseguir que triunfasen sus ideales y los desacreditó. Durante mucho tiempo se lo juzgó con excesiva clemencia y ahora se lo juzga con severidad.

¿Podemos sacar de todo esto la conclusión de que, tras este reajuste de la perspectiva, nuestra visión de los crímenes del siglo xx se ha vuelto correcta y equilibrada? No del todo, desgraciadamente. En cuanto a los atropellos que cometieron los regímenes comunistas, se está dando un barrido a las últimas opacidades y a las postreras ilusiones. Otro tanto sucede con los atropellos que cometieron el nazismo, el fascismo y todos cuantos se movían en su órbita en las décadas de 1930 y 1940. Los historiadores seguirán rebuscando, narrando e interpretando, tal y como los anima a hacer esa especialidad suya; pero entra dentro de lo sensato pensar que la imagen de conjunto que tenemos de la primera parte de ese siglo se ajusta, en lo esencial, a la realidad.

En cambio, nuestra visión sigue siendo incompleta, y a veces claramente desviada, en lo referido a los crímenes perpetrados durante la guerra fría, desde mediados de la década de 1940 y el

comienzo de la década de 1990. ¿No se dio acaso, al acabar la Segunda Guerra Mundial, una innegable tolerancia con los atropellos que cometieron los vencedores, los de Stalin, por supuesto, pero también las matanzas masivas que perpetraron los occidentales en Dresde o en Hiroshima? Con el final de la guerra fría se dio un fenómeno similar. Nadie duda ya de que cometieron monstruosidades los regímenes que se adherían al marxismo-leninismo —en Hungría, en Etiopía, en Camboya o en Cuba—; lo que se hizo en nombre de la lucha contra el comunismo se considera aún con frecuencia si no como una «cirugía» necesaria, al menos como un «efecto colateral», lamentable sin duda, pero inevitable y fruto de la persecución de una causa justa.

Debo matizar lo que acabo de decir. La tolerancia con esos atropellos no es sistemática. Por ejemplo, la salvaje represión de los marxistas en ciertas dictaduras de derechas, como la de Pinochet en Chile o la de los militares argentinos y brasileños, se ha denunciado sobradamente. Y la «caza de brujas» que dirigió en la década de 1950 el senador Joseph McCarthy es un tema recurrente en el cine estadounidense y en la literatura. Pero en cuanto llegamos a los crímenes cometidos, en nombre del anticomunismo, contra las elites del mundo musulmán, las conciencias se entumecen.

* * *

HE TENIDO OCASIÓN DE SACAR a colación al Partido Comunista indonesio al destacar que fue, en mi infancia, el más importante del mundo después de los de China y la Unión Soviética. Padeció, en 1965 y 1966, una operación de liquidación en masa y sistemática que causó al menos quinientos mil muertos y seguramente muchos más. Asesinaron de forma despiadada a directivos, docentes, estudiantes, artistas y sindicalistas y, con frecuencia, a sus familias. Documentos de la CIA que se hicieron públicos en 2017 confirmaron lo que los investigadores sabían ya, es decir, que los Estados Unidos participaron activamente en las matanzas y llegaron incluso a

proporcionar a los escuadrones de la muerte las listas de personas a las que había que eliminar.

No menos grave que las matanzas en sí fue el hecho de haber liquidado a una elite intelectual de aspiraciones modernizadoras y laicas para no dejar en ese extenso país musulmán más que militares corruptos frente a militantes religiosos cada vez más extremistas. Suele reservarse la expresión «genocidio» para la destrucción metódica de un grupo humano: pueblo, etnia, comunidad religiosa. No existe palabra equivalente para describir el asesinato de millones de personas que compartan la misma ideología. Pero la forma de llamarlo da lo mismo. Lo que Occidente asfixió en Indonesia en nombre de la lucha contra el comunismo fue la posibilidad de esa gran nación de mayoría musulmana de alcanzar un porvenir de modernidad, progreso, diversidad y pluralismo.

Sin embargo, este crimen, pese a sus dimensiones y sus graves consecuencias, nunca causó gran indignación en el mundo, y a quienes lo perpetraron, indonesios o estadounidenses, nunca les dijo nada nadie. Se archivó sin más a título de inventario.

ESTE EJEMPLO NO ES EL único. A Irán también le tocó padecer en la década de 1950 una calamidad semejante cuando al régimen patriótico del doctor Mosaddeq, de ideales modernizadores y democráticos y cuyas reivindicaciones referidas a los ingresos del petróleo tenían que ver con la justicia más elemental, lo derrocó un golpe de Estado que orquestaron los servicios secretos estadounidenses y británicos; y tampoco, en este caso, se trata de alegaciones, sino de hechos probados, documentados y cuyos responsables ya no intentan negar.

Se pretextó que entre quienes rodeaban a Mosaddeq había algunos marxistas para presentar esta operación como un episodio de la lucha contra el comunismo, siendo así que el golpe de Estado no tenía más motivo que perpetuar el saqueo desvergonzado de la fortuna petrolífera, dejándole sólo migajas a la población local. El resultado fue, como todo el mundo sabe en la actualidad, abrir el

camino a la emergencia de una revolución islámica de radical hostilidad contra Occidente.

SE TRATA SÓLO DE UNOS cuantos ejemplos, entre tantos otros, de las consecuencias perversas del anticomunismo tal y como se ejerció en el mundo árabe musulmán en tiempos de la guerra fría. Socavó en todas partes las oportunidades de una modernización social y política, fomentó en todas partes el resentimiento y les preparó el camino al fanatismo y al oscurantismo.

Esos hechos me vuelven a la memoria siempre que oigo decir, refiriéndose a las sociedades musulmanas, que por su propia naturaleza y por su religión son tan alérgicas al laicismo cuanto a la modernidad. Explicaciones así, formuladas *a posteriori*, no son ni pertinentes ni honradas. Desde mi punto de vista, es la evolución de las sociedades humanas la que determina su lectura de los textos sagrados. Y son las vicisitudes de la Historia las que determinan la forma en que los pueblos viven e interpretan sus creencias.

HE DICHO QUE LOS REGÍMENES comunistas desprestigiaron por mucho tiempo las ideas universales que se suponía que defendían. Tengo que añadir que las potencias occidentales desacreditaron también muchísimo sus propios valores. No porque combatieran encarnizadamente contra sus adversarios marxistas o tercermundistas, eso es algo que resultaría difícil reprocharles; sino porque instrumentalizaron cínicamente los principios universales más nobles para ponerlos al servicio de sus ambiciones y de su avidez: y, más aún, porque se aliaron constantemente, y sobre todo en el mundo árabe, con las fuerzas más retrógradas y más oscurantistas, esas mismas que les iban a declarar un día la más perniciosa de las guerras.

El desconsolador espectáculo que brinda el planeta en este siglo es el fruto de todas esas bancarrotas éticas y de todas esas traiciones.

6

¡CUÁNTAS VECES EN ESTOS últimos años la palabra «retroceso» se me ha venido espontáneamente a los labios! Al oír mencionar un degollamiento, un grupo de colegialas convertidas en esclavas, un monumento antiguo dinamitado o la reaparición de doctrinas colmadas de odio que creíamos ya caídas en desgracia para siempre, ¿no es acaso en un retroceso en lo que se piensa?

Pero no es una noción acertada. Y, si sigo usándola a veces por impaciencia o por rabia, sé que es aproximativa y un tanto engañosa. No se puede regresar en realidad a «la Edad de Piedra», ni a «la Edad Media», ni a «los peores tiempos de la Inquisición», ni a «los años treinta», ni siquiera a «los tiempos de la guerra fría». No es así como funciona la Historia. Nunca damos marcha atrás, nunca recuperamos el entorno material o mental de una época anterior. El avance del tiempo nos hace penetrar continuamente en zonas nuevas, mal exploradas, con pocas señalizaciones y que no se parecen sino en apariencia a aquellas por las que transitaban las generaciones anteriores.

Incluso las conductas más retrógradas no pueden interpretarse sino en el contexto actual; su vínculo con el pasado es ilusorio. Las edades de oro son siempre mistificaciones tardías al servicio de proyectos políticos o ideológicos. Y ése es también el caso de todos los momentos trascendentales de la historia humana, ya parezcan idílicos o calamitosos.

CONSCIENTE DE TODO ESO, VUELVO a examinar la «inversión» que aconteció allá por el año 1979, cuando diferentes fuerzas conservadoras izaron el estandarte de la revolución mientras que los defensores del progresismo se veían acorralados y abocados a la defensiva.

Cuando mencioné este fenómeno por primera vez, especifiqué que esas «revoluciones», por muy paradójicas que fueran, no podían descartarse de un manotazo por ilegítimas o usurpadoras. Ni juzgarlas sin más como un retroceso, sin más trámites. Aunque a mí, como a tantos otros contemporáneos míos, me indignen y me preocupen, representan un fenómeno principal de nuestra época y se merecen, pues, que las examinemos atentamente, con buen criterio y pendientes de separar sus aportaciones y sus consecuencias perversas, que no siempre resultan fáciles de diferenciar.

A ESAS «REVOLUCIONES» LAS ACOMPAÑARON determinados cambios significativos de los comportamientos de nuestros contemporáneos. Uno de los más notables tiene que ver con la percepción que tenemos ahora de las autoridades públicas y de su papel en la vida económica.

Pocos son quienes siguen cantando las alabanzas del dirigismo o ponen en duda la primacía de las leyes del mercado. La mayoría de los responsables políticos creen ahora en la necesidad de liberar las energías, sobre todo las de las empresas y los empresarios, de las cortapisas que puedan ponerles trabas.

En Gran Bretaña y en los Estados Unidos, los dos países occidentales que fueron pioneros de la revolución conservadora, de lo que querían «liberarse» era ante todo del Estado providencia, es decir, de la propensión de las autoridades a cobrar cada vez más impuestos e incrementar las ayudas sociales para reducir la brecha entre los pudientes y los desfavorecidos. En China, igual que en los demás países que habían estado aplicando durante cierto tiempo los preceptos del «socialismo científico», de lo que sentían necesidad de

librarse era de la gestión centralizada, dogmática, burocrática, de esa economía que había llevado por todas partes a la ineficacia, a la corrupción, a la desmoralización generalizada y a las penurias crónicas. En consecuencia, Deng Xiaoping no tenía las mismas prioridades que Margaret Thatcher o que Ronald Reagan; pero existía entre ellos una convergencia innegable, ya que el objetivo último de los tres era construir una economía más dinámica, más racional, más productiva y más competitiva.

FUE, POR SUPUESTO, DESDE WASHINGTON y desde Londres desde donde se impuso en todo el mundo la primacía de la economía de mercado. Pero no habría que infravalorar en este aspecto el papel emblemático que desempeñó el éxito fulgurante de China.

Durante décadas, a muchos países de eso que llamaban el «tercer mundo» los había atraído el socialismo de Estado, que prometía sacarlos del subdesarrollo por caminos diferentes de los occidentales. Muchos dirigentes creyeron en ello en Asia, en África y en América Latina, con la esperanza de apartarse así de las antiguas potencias coloniales y también de los Estados Unidos. Todos iban a descubrir, al cabo de cierto número de años, que el sistema funcionaba mal, que no cumplía sus promesas y que los había llevado a la ruina.

Se vieron entonces en un callejón sin salida, convencidos de haber errado el camino, pero no atreviéndose a admitirlo y no sabiendo cómo rectificar. Fue menester que la mayor nación comunista se convirtiese a la economía de mercado y, de paso, realizase uno de los más pasmosos milagros de la historia humana para que la vía del socialismo científico se considerase definitivamente obsoleta.

En ese *ring* en que, desde hacía tantos años, combatían cruentamente las dos doctrinas fue el árbitro chino llamado Deng Xiaoping quien le alzó el brazo al boxeador capitalista para proclamarlo ganador.

* * *

CUANDO SE LES PASA REVISTA a las consecuencias globales de esta primera transformación que pusieron en marcha las revoluciones conservadoras, no cabe duda de que no se la puede asimilar por completo a un «retroceso». En ciertos aspectos, fue auténticamente revolucionaria.

Nunca en tiempos anteriores había sabido ni querido el capitalismo transmitir sus destrezas y su dinamismo a *partenaires* de importancia procedentes de otras culturas. Y ahora, en pocas décadas, bajo la bandera de una política que no preconizaba más «liberación» que la de los flujos financieros y comerciales, empezó a remediarse una injusticia con varios siglos de antigüedad. Las destrezas del Occidente industrializado se expandieron en todas direcciones, transformando radicalmente el paisaje material y humano de todo el planeta. Una tras otra, las grandes naciones del Sur tomaron resueltamente el camino que podía sacarlas del subdesarrollo y librarlas de las plagas humillantes que lleva consigo: ignorancia, incompetencia, desnutrición, insalubridad o epidemias.

El camino es largo, por supuesto, pero ahora sabemos, y contamos con ejemplos, que todo es posible y que sólo se quedarán a la orilla del camino quienes no hallen en sí la voluntad y la sensatez para avanzar, adaptarse y edificar.

No debería pues verterse ni una lágrima sobre el difunto sistema dirigista. No cumplió sus promesas en ninguna parte, ni en el antiguo «tercer mundo» ni en el antiguo «bando socialista»: en todas partes resultó inconsecuente, en todas partes propició las derivas autoritarias y la formación de falsas elites represoras y parasitarias. En consecuencia, se merecía un severo castigo e incluso caer para siempre en el proverbial «cubo de la basura» de la historia.

LO MALO ES QUE AQUEL socialismo, inepto y descarriado, no fue el único en padecer su desastre. En virtud de una ley que se cumple

constantemente en las sociedades humanas, la bancarrota de un proyecto, de una idea, de una institución o de una persona contamina todo cuanto está emparentado con ella o parece estarlo.

Lo que los defensores de la revolución conservadora consiguieron desprestigiar no fue sólo el comunismo, fue también la socialdemocracia y, junto con ella, todas las doctrinas que se habían mostrado conciliadoras con los ideales del socialismo, aunque sólo fuera para combatirlos mejor.

No se contentaron con denunciar los excesos del igualitarismo, fue el mismísimo principio de igualdad lo que volvieron a poner en tela de juicio y desvalorizaron. En los Estados Unidos, sobre todo, las brechas entre los ingresos de los más ricos y de los más pobres, que se habían ido cerrando sin parar desde la década de 1930, crecieron a finales de la década de 1970, hasta tal punto que han vuelto, en nuestro siglo XXI, a niveles comparables a los del XIX. Lo que ha engendrado legítimamente en algunos el sentimiento de estar viviendo —al menos en lo que a la igualdad se refiere— una época de retroceso.

Y no sólo se denunciaron los abusos de la burocracia, se instaló una cultura de la desconfianza y del descrédito de las autoridades públicas, como si sus intervenciones en la vida económica fuesen forzosamente «intromisiones» de las que los honrados ciudadanos tenían que defenderse. Según la contundente frase que usó Reagan en su discurso inaugural, «en esta crisis, el Estado no es la solución a nuestro problema: *el Estado es el problema*».

La frase se ha comentado mucho a partir de entonces. Se analizó, se interpretó, se desmenuzó y, a veces, se devolvió sensatamente al contexto concreto en que se había pronunciado. Pero no cabe duda de que refleja una forma de pensar en que se reconocía el militantismo conservador sin complejos cuyo abanderado era el expresidente estadounidense y que a partir de ese momento iba a propagarse por todas las latitudes hasta tal punto que llegó a convertirse en la norma de nuestra época.

POR TODAS ESTAS RAZONES, me resulta difícil formular en esta etapa de mi reflexión una postura clara acerca de los cambios que trajeron consigo las revoluciones conservadoras en la gestión económica o en las relaciones entre los ciudadanos y los poderes públicos. En ciertos aspectos, este enfoque propició las fracturas sociales y causó injusticias a veces obscenas; pero también propició el despegue de los grandes países del Sur y su acceso a las tecnologías avanzadas, lo que supone, no cabe duda, un progreso.

Las repercusiones me parecen, en cualquier caso, lo suficientemente moderadas y complejas como para que me abstenga de considerar esta «inversión» en los comportamientos económicos pura y sencillamente un «retroceso». Cosa que no titubearé en hacer, en cambio, en lo que tenga que ver con la otra transformación vinculada a las revoluciones conservadoras. Quiero referirme a ese agravamiento constante y generalizado de las tensiones identitarias que ha circulado como una droga por las venas de nuestros contemporáneos y que afecta en la actualidad a todas las sociedades humanas.

No es, por lo demás, seguro que debamos considerar el estallido indentitario como una *consecuencia* de las revoluciones conservadoras. Sería más acertado decir que existió entre esos dos fenómenos una *simultaneidad*.

Pero no era fortuita. Porque siempre hubo, en las opiniones del conservadurismo, un toque identitario basado con frecuencia en la religión, la nación, el terruño, la civilización, la raza o una mezcla de

todo ello. Lo encontramos en los republicanos estadounidenses, en los nacionalistas israelíes del Likud, en los nacionalistas indios del BJP, en los talibanes de Afganistán, en los mulás de Irán y, de forma más general, en todas las fuerzas políticas que llevaron a cabo, a partir de la década de 1970, su propia revolución conservadora.

Lo que me lleva a citar una vez más lo que he llamado en este libro «el año del gran vuelco»: 1979. Como observador rabiosamente racional que soy, no le otorgo a esa cifra ninguna virtud oculta; si me vuelve a menudo a la pluma es porque ocurrieron acontecimientos significativos ese año, o en torno a él, que marcaron un giro y a veces una ruptura en el curso de la Historia. ¿No existen acaso fechas que se convierten así en marcapáginas en el *gran registro del tiempo*, indicando el final de un capítulo y el comienzo de otro? El año 1979 es uno de ellos, a lo que me parece. Yo tenía treinta años y sentía que se estremecía la tierra bajo mis pies sin calibrar la amplitud del seísmo.

Ese año, pues, cruzamos un umbral en la larga historia de las turbulencias identitarias con la brusca irrupción en el escenario mundial de un islamismo paradójico, socialmente tradicional pero políticamente radical, cuya potencialidad de insurrección nadie sospechaba hasta entonces y que iba a tener repercusiones duraderas. Ocurrió, por ejemplo, en febrero de 1979, la fundación de la República Islámica de Irán sobre los escombros de una monarquía considerada demasiado modernizadora y occidentalizada; en abril de 1979 ahorcaron al expresidente paquistaní Zulfikar Ali Bhutto unos militares que dieron un golpe de Estado y le reprochaban que preconizara el socialismo y el laicismo y exigían, por su parte, una estricta aplicación de la ley coránica; en julio de 1979, la decisión estadounidense de armar clandestinamente a los muyahidines islamistas afganos; en noviembre de 1979, el asalto a la Gran Mezquita de La Meca, a cargo de un imponente comando de militantes islamistas saudíes y que concluyó en un baño de sangre; en diciembre de 1979, la entrada en Afganistán de las tropas

soviéticas contra las que el yihadismo moderno peleó su guerra fundacional...

Por supuesto, todos esos episodios contaban ya con su propia razón de ser. No obstante, la cadencia a la que se fueron sucediendo parecía indicar que estaba naciendo una realidad nueva. Cosa que con la perspectiva del paso del tiempo es posible confirmar. Muchos de los momentos emblemáticos que han forjado nuestra época, desde la caída del muro de Berlín hasta la caída de las torres gemelas de Manhattan, hallan su origen en los acontecimientos de «ese año».

Una vez más debo recalcar que no hay, por supuesto, *una* explicación común para todos esos acontecimientos. Podemos citar, en un *totum revolutum*, la embriaguez que se adueñó de los dirigentes soviéticos tras sus logros en Indochina y en el África negra; el hondo quebranto de los árabes posterior a la derrota del sesenta y siete, y la muerte de Nasser; los cambios en la forma de concebir los estadounidenses su papel en la guerra fría; las líneas de fractura subterráneas en las sociedades musulmanas, y unas cuantas razones más.

Sin embargo, existe un factor de otro tipo en el que merecería la pena que nos detuviéramos algo más que en los otros: la crisis del petróleo. Ocurrió, en varias sacudidas, durante la década de 1970 y modificó muchos parámetros económicos, sociales y políticos en todas las latitudes; iba a conducir a un cambio radical en las mentalidades y también en el equilibrio de fuerzas; e iba a tender sobre el mundo árabe —y, desde él, sobre el resto del planeta— algo así como un nubarrón de oscurantismo y de retroceso.

* * *

EL «SHOCK» PRINCIPAL SUCEDIÓ CUANDO los países productores impusieron un embargo para protestar contra la ayuda prestada por los Estados Unidos a Israel durante la guerra de este país con Egipto y Siria, en octubre de 1973. La escasez no duró mucho, pero el

considerable aumento del precio del barril, muy barato hasta entonces, lo acusaron durante muchos años los países importadores.

No cabe duda de que supuso un factor decisivo en los acontecimientos que condujeron a las diversas revoluciones conservadoras. Si volvemos a considerar, por ejemplo, el ambiente que reinaba en Gran Bretaña en vísperas de la llegada al poder de la señora Thatcher, está claro que la crisis en que se hallaba el país tenía que ver, en buena parte, con las cuestiones energéticas. ¿No había sido acaso uno de los momentos más traumáticos el apagón de Piccadilly Circus? La dirigente conservadora prometía poner fin a esas alteraciones.

Y eso fue también lo que hizo Reagan pocos meses después, al otro lado del Atlántico. Mientras que el presidente Carter instaba a sus compatriotas a reducir el consumo de energía para que el país dejase de depender de las importaciones y no se viera en la obligación de emprender aventuras militares en el extranjero para proteger las fuentes de abastecimiento, el candidato republicano había adoptado la línea contraria, instando a los consumidores estadounidenses a no cambiar ninguno de sus hábitos y prometiéndoles que haría lo que fuese menester, incluso recurrir a la fuerza en caso de ser necesario, para evitar que tuvieran que apretarse el cinturón.

Era esto último, evidentemente, lo que los electores querían oír, como lo confirmaron los resultados del escrutinio. Alentar la altivez de los estadounidenses, su orgullo nacional y también su deseo de no modificar los hábitos de consumo resultaba, desde luego, más rentable que pedirles un sentido de la medida que se parecía a la resignación.

LOS PAÍSES IMPORTADORES, RICOS O pobres, tuvieron que pasar todos por un período de turbulencias antes de poder adaptarse a las nuevas realidades económicas nacidas de la subida del precio del petróleo. Esos largos años de dudas, de incertidumbre y de reconsideraciones fueron con frecuencia agotadores e incluso

traumáticos. Pero fue en los países exportadores donde se vieron las sacudidas más espectaculares. Consecuencia a la vez de las desmedidas ambiciones de algunos dirigentes y las expectativas insaciadas que causó en la población el repentino aflujo de petrodólares, no tardaron en empezar y ya no se detuvieron.

El shah de Irán, que había sido uno de los principales artesanos del «shock petrolífero», perdió el poder en febrero de 1979 tras un levantamiento popular. Poco tiempo después, Arabia Saudí padeció una conmoción política de envergadura en la que muchos observadores no vieron sobre la marcha sino un incidente extraño y aislado, pero que iba a tener repercusiones planetarias; volveré a mencionarlo. En cuanto a Irak, a partir de entonces su historia no fue ya sino una secuencia de invasiones y de matanzas, lo que dejó al país en la ruina, exangüe y casi desmembrado. Basta, por lo demás, con pasar revista a los «felices» beneficiarios del «maná» para recordar todas las tragedias que ha causado el oro negro. Además de los países que acabo de citar, están en la lista Libia, Argelia, Indonesia, Kuwait, Nigeria o Venezuela.

Como un triste florilegio de los dramas de nuestro tiempo...

* * *

EN EL SENO DEL MUNDO árabe, la consecuencia más inmediata de la crisis del petróleo fue que los países exportadores de tan valioso producto se hallaron en posesión de cuantiosos activos líquidos, lo que les dio una ventaja innegable sobre aquellos que no contaban con los mismos recursos. Egipto perdió el lugar preponderante que ocupaba en tiempos de Nasser; Arabia Saudí se convirtió, de la noche a la mañana, en un actor de primer plano; en cuanto a los dirigentes de Irak y de Libia, Sadam Hussein y Muamar el Gadafi, llegaron a soñar que eran los nuevos líderes de la nación árabe y sacrificaron lo esencial de la fortuna recientemente adquirida para ponerlo al servicio de esa ambición sin conseguir cumplir con sus propósitos.

Un efecto más duradero de ese desplazamiento de poder ocurrió en las mentalidades y en el ámbito intelectual. Las ideas imperantes hasta entonces, inspiradas en el nacionalismo, el socialismo o el modelo de las sociedades occidentales, las fueron eclipsando poco a poco otras, que procedían de países desérticos que habían vivido mucho tiempo apartados de las grandes corrientes de pensamiento que recorrían el mundo. Y aparecieron en la esfera política nuevos actores de perfil infrecuente: hombres jóvenes, educados en entornos muy conservadores y que disponían a veces de recursos financieros considerables que estaban dispuestos a gastarse en la propagación de su fe.

Nos son conocidos hoy los nombres de Osama bin Laden y otros cuantos que ordenaron o cometieron atentados espectaculares. Pero fueron cientos de miles de hombres anónimos, quizá incluso millones, los que contribuyeron a las luchas de Afganistán, de Bosnia o de otros lugares sin haberlos pisado nunca, enviando, sencillamente, su óbolo a algún recaudador de fondos con la seguridad de estar así cumpliendo con un comportamiento piadoso. ¡Tantos árabes se sentían entonces humillados, desorientados, huérfanos de sus héroes y traicionados por sus dirigentes y no menos por las ideologías «modernas» en las que habían creído! Ya estaban listos para enrolarse bajo las banderas de la religión.

El día en que Brzezinski pidió a sus aliados, sobre todo a los saudíes, a los egipcios y a los paquistaníes, que les enviaran a los muyahidines afganos dinero, armas y voluntarios dispuestos a luchar contra los comunistas ateos, sus palabras no cayeron en saco roto.

La estrategia que postulaba estaba en la misma onda que las aspiraciones yihadistas que tenían revueltos a ciertos sectores de la población. Y también lo estaba en las inquietudes de los dirigentes locales a quienes intranquilizaba, desde luego, igual que a los estadounidenses, la amenaza soviética, pero a quienes alarmaba infinitamente más un acontecimiento que había ocurrido a su misma puerta: el levantamiento popular que acababa de derrocar al shah

de Irán y hacía temer a todas las monarquías vecinas un efecto de contagio.

8

LAS CIRCUNSTANCIAS DE MI vida de periodista quisieron que fuera, una vez más, en el momento de la revolución iraní, un espectador cercano de los trastornos por los que ha pasado mi época.

Utilizo aquí la palabra «espectador» en su sentido más propio: cuando se anunció la fundación de la República Islámica, me encontraba en Teherán, en un cine pequeño; y delante de mí, exactamente, en el escenario, adosado a las cortinas, estaba sentado en un gran sillón el ayatolá Jomeini. Era el 4 de febrero de 1979 y ese extraño cuadro se me ha quedado grabado para siempre en la memoria.

POR ENTONCES, YO VIVÍA YA en París, donde había reanudado mis actividades de periodista, igual que en Beirut, pero con unas cuantas modificaciones: ahora escribía más a menudo en francés que en árabe; y cubría el mundo árabe musulmán con mayor frecuencia que el resto del planeta.

Cuando proliferaron las manifestaciones masivas en Irán, durante el verano de 1978, e hicieron tambalearse violentamente el trono del shah, estuve pendiente de ellas con fascinación. Una revolución que dirigía un jefe religioso de sesenta y seis años con turbante negro y barba blanca no era un fenómeno trivial en el último cuarto del siglo xx. Como muchos de mis contemporáneos, presenciaba su desarrollo con más incredulidad que preocupación. Se veía a la monarquía como represiva, opulenta y corrupta; interesaban mucho menos sus aspiraciones modernizadoras.

En los primeros tiempos de las turbulencias, Jomeini vivía desterrado, al sur de Irak, en un lugar que veneraban los chiitas del mundo entero. Pero el shah de Irán exigió su expulsión y Sadam Hussein le pidió al ayatolá que buscara refugio en otra parte, cosa que el interesado no le perdonó nunca. Francia se ofreció para recibir al anciano opositor y un pueblo próximo a París, llamado Neauphle-le-Château, se convirtió durante unos cuantos meses en su residencia y en la improbable capital de la insurrección iraní.

Fui allí en dos o tres ocasiones y tuve ocasión de entrevistar a Jomeini en presencia de un joven religioso libanés que formaba parte de su entorno y aceptó con gran amabilidad hacerme las veces de intérprete. Hice las preguntas en árabe clásico; estaba claro que Jomeini me entendía y me lo demostraba asintiendo a veces con la cabeza, pero me contestaba en persa y el intérprete me cuchicheaba la traducción al oído. Estábamos los tres sentados en el suelo en unos gruesos almohadones cubiertos con alfombritas persas.

También conversé con los hombres que se movían en la órbita del dirigente y le demostraban, por supuesto, gran consideración sin que ello supusiera forzosamente que compartiesen todas sus ideas. El más importante de ellos era Ebrahim Yazdi, un doctor en bioquímica que fue ministro de Asuntos Exteriores en el primer gobierno de la República Islámica antes de caer en desgracia y convertirse en una figura emblemática de la oposición al régimen de los mulás.

Fue él quien llamó por teléfono a mi casa el 31 de enero para comunicarme que Air France iba a fletar un avión de gran capacidad para el regreso de Jomeini a Irán. Cabrían él y las personas de su entorno, así como los periodistas extranjeros que desearan cubrir el suceso. Yazdi me preguntó si me parecía bien sumarme al viaje. Le prometí reunirme con él dos horas antes del despegue, previsto más o menos para medianoche.

AL AYATOLÁ LO RECIBIERON EN el aeropuerto de Teherán con fría solemnidad, pero en las calles lo estaba esperando una marea humana como no había visto yo nunca otra con mis propios ojos.

Hubiérase dicho que toda la población había salido de su casa para recibirlo.

Era un triunfo incluso aunque su situación en el país fuera aún incierta. No estaba en el poder y sus allegados seguían temiendo que algunos elementos del ejército la emprendiesen con él. Pero no había nadie al mando. El campo enemigo estaba en plena desbandada.

Durante ese período de interinidad, el opositor instaló su cuartel general provisional en una escuela pública sita en una zona donde sus partidarios podían protegerlo. Había manifestantes continuamente en las calles adyacentes y Jomeini salía a veces al balcón para saludarlos.

Al cabo de tres días fue cuando le pareció que el momento era oportuno para mover las piezas en el tablero. Mandó organizar en un cine pequeño una discreta ceremonia a la que asistieron sus allegados, unas cuantas personalidades políticas y religiosas y también los periodistas extranjeros que lo habían acompañado desde Francia.

ASÍ QUE JOMEINI ESTABA EN la tarima, sentado en un sillón. A su izquierda, de pie, con traje claro y corbata, un hombre apenas más joven que él, Mehdí Bazargán. El ayatolá lo nombró en el acto primer ministro del gobierno de la República Islámica de Irán. Ésta acababa de nacer ante nuestros ojos. Todavía quedaba en esa misma ciudad otro gobierno nombrado por el shah y que presidía Shapur Bajtiar. Pero estaba claro que la desaparición del antiguo régimen no era ya sino cuestión de días e incluso de horas.

Existía un contraste sobrecogedor entre la magnitud del acontecimiento histórico que estaba ocurriendo ante nuestra vista y la vulgaridad del lugar que le hacía las veces de decorado. Acababan de abolir un Estado milenario en presencia nuestra, el mundo musulmán estaba pasando por un trastorno capital que iba a tener consecuencias en todo el planeta. Y, sin embargo, el local parecía municipal, y la ceremonia, escolar; hubiérase dicho un ritual de fin

de curso, la entrega de un diploma al alumno más aplicado. Bazargán reforzaba esa impresión. Conmovido y conmovedor, claramente intimidado, con su traje claro mal abrochado, llevaba en la mano las páginas arrugadas de su discurso de aceptación. Daba la impresión de que no contaba con tener que subir a la tarima y tenía prisa por volver a bajar.

Era un hombre con reputación de ser íntegro y competente y su nombramiento al frente del gobierno resultaba muy tranquilizador para quienes albergaban la esperanza de que la revolución jomeinista condujese a Irán a la modernización dentro de la democracia. Había cursado la mayor parte de sus estudios en Francia, primero en un liceo de Nantes y luego en la École Centrale, en París, donde se había titulado en ingeniería.

Cuando Mosaddeq quiso, en 1951, recobrar el control del petróleo iraní, fue a Bazargán a quien eligió para dirigir la compañía nacional. Esa aventura concluyó tristemente dos años después con el golpe de Estado fomentado por la CIA, pero el recuerdo seguía muy vivo en la población, y el hecho de que la nueva revolución recurriese a una figura de la revolución anterior resultaba reconfortante.

No menos tranquilizador fue el nombramiento de Yazdi como viceprimer ministro. Dos científicos reconocidos por su integridad, su mentalidad moderna y también por sus convicciones democráticas encabezaban, pues, el gobierno. Quienes creían que Jomeini iba a ser para la nación un abuelo cariñoso y bonachón no podían sino alegrarse. La revolución parecía comenzar bajo los mejores auspicios.

* * *

ES RAZONABLE SUPONER QUE EL ayatolá albergaba desde el principio muy otros proyectos. Mucho más ambiciosos, desde luego, pero mucho menos tranquilizadores para quienes tenían la esperanza de una transición serena de la monarquía a la república. Dejó a sus herederos un régimen de un tipo inédito, una mezcla de

tradicionalismo social y de radicalismo político. Con su impulso, Irán se convirtió en una potencia regional dinámica con un estilo original, cuya voz se escuchaba, cuyas iniciativas se respetaban, pero metida hasta el cuello en batallas titánicas, ni perdidas del todo ni ganadas del todo y que no acababan nunca.

Uno de los primeros cambios notables en el plano internacional fue el giro radical de la política iraní en el conflicto de Oriente Próximo. El shah había trabado relaciones amistosas con Israel, al que surtía de petróleo siendo así que los productores árabes se negaban a hacerlo. Jomeini acabó en el acto con esa práctica, rompió las relaciones diplomáticas con el Estado hebreo, recibió a Arafat en Teherán antes que a cualquier otro dirigente extranjero e invitó incluso a la OLP a ocupar ciertos edificios que habían albergado hasta entonces a los servicios diplomáticos israelíes. Hubo, por ello, durante los primeros meses de la revolución una afluencia de consejeros políticos y militares palestinos.

Pero, pese a esas apariencias prometedoras, las relaciones entre ambos *partenaires* no arrancaban con buen pie. Los iraníes, orgullosos y denodadamente nacionalistas, no le veían la utilidad a que acudiera una cohorte de consejeros árabes; y, por su parte, Arafat temía que el acercamiento a Irán le atrajese la enemistad del Irak de Saddam Hussein, siendo así que ya estaba metido en un pulso con la Siria de Ásad.

Esta luna de miel con la OLP duró poco, pero la entrada de Teherán en el conflicto árabe-israelí resultó duradera. Llegó incluso a suponer una baza estratégica para el régimen de los mulás.

EL ELEMENTO INESPERADO, DIFÍCILMENTE previsible y que iba a tener consecuencias capitales era que el Irán de la revolución, sin ser árabe ni poco ni mucho, iba a decir lo mismo que el nacionalismo árabe, sobre todo en el asunto de Palestina y el conflicto con Israel.

Esa toma de postura iba dar su fruto. La República Islámica ejerció una influencia determinante en varios países del Oriente árabe, tales como Irak o Siria; apadrinó a importantes movimientos

armados, tales como Hezbollah en el Líbano, Hamás y la yihad islámica en Gaza o a los hutíes de Yemen, y tuvo una presencia significativa en Afganistán y también en la mayor parte de las repúblicas que habían pertenecido a la antigua Unión Soviética.

Pero a este poder en auge lo acompañó continuamente el desencadenamiento de un odio entre los sunitas, mayoritarios en la mayoría de los países árabes, y los chiitas, mayoritarios en Irán. El conflicto llevaba siglos en estado latente y habría podido seguir así. He tenido ya la oportunidad de mencionar que, en el Beirut de mi juventud, no puede decirse que estuviera a la orden del día. No cabe duda de que los chiitas libaneses vivían con frecuencia en zonas desfavorecidas; pero eso animaba sobre todo a muchos de ellos a alistarse en los partidos de izquierdas, junto con otros trabajadores, y no sólo a reclamar sus derechos en nombre de su comunidad. Ciertamente es que estoy hablando de una época ya concluida en que la percepción de la propia identidad era muy diferente, en que se pensaba de otra forma y se actuaba a tenor de otros criterios.

Posteriormente, «el espíritu de la época» modificó todas esas conductas, una deriva que no sería sensato condenar en uno de los protagonistas considerando inocentes a los demás. Dicho lo cual, no cabe duda de que, al reivindicar un papel preponderante dentro del mundo árabe y buscando apoyo para conseguirlo en las comunidades chiitas locales, Irán se arriesgaba a provocar reacciones hostiles. De unos regímenes a los que amenazaba, y especialmente de Arabia Saudí. Y también, de forma más general, de las poblaciones sunitas que sintieron que la influencia creciente de los chiitas las perjudicaba, las amenazaba y las dejaba al margen.

Incluso entre los elementos sunitas radicales, rabiosamente opuestos a las monarquías del petróleo y a quienes les habría gustado que una revolución islamista acabara con ellas igual que había sucedido con el trono del shah, resultó extremadamente difícil cruzar la barrera comunitaria. No cabe duda de que esos militantes admiraban a quienes habían conseguido derrocar a los Pahlaví mientras ellos seguían impotentes ante sus propias dinastías

reinantes; pero no se les olvidaba que esa hazaña bélica la habían llevado a cabo unos «herejes» y tenían mucho empeño en demostrar que quienes profesaban la «auténtica tradición del Profeta» podían hacerlo mejor.

9

ESTE ASPECTO DE LAS cosas ha desempeñado sin duda un papel en la deriva del mundo árabe durante las últimas décadas y que ahora padece el planeta entero. Efectivamente, se ha afianzado algo así como una emulación entre todos los que se presentaban como los abanderados de la «guerra santa contra los enemigos del islam». Por lo tanto, entre sunitas y chiitas, pero también entre las diversas facciones militantes sunitas.

Uno de los ejemplos más pasmosos fue la cruenta escalada de violencia de la organización llamada «Estado Islámico» cuando quiso hacerse con el liderazgo de Al Qaeda dentro del movimiento yihadista; el «competidor» echó mano de actos de una violencia inaudita, especialmente de degollaciones públicas, para demostrar que estaba dispuesto a llegar más lejos aún en el espanto, mucho más lejos que todos los demás, para que los militantes más fanatizados y más intransigentes se reconociesen en él y se le unieran.

Por muy demencial que parezca, un comportamiento de éstos tiene su propia lógica maquiavélica. ¿No es así acaso como funciona el mecanismo de la escalada? Cuando un «rival» sobrepasa los límites de la audacia o de la crueldad, los demás contrincantes no pueden ya alcanzarlo y no les queda más remedio que dejarle el campo libre.

HUBO UN EJEMPLO MÁS ANTIGUO de esta emulación en las últimas semanas de 1979. ¡Ese año otra vez! El 4 de noviembre, domingo,

cientos de estudiantes iraníes invaden la embajada estadounidense en Teherán, donde se apoderan de cincuenta y dos rehenes, e inician una «ocupación revolucionaria» de esos locales. Dieciséis días después, el martes 20, cientos de yihadistas sunitas de Arabia Saudí invaden la Gran Mezquita de La Meca.

El primero de esos ataques no tenía precedentes, pero el segundo era aún más inaudito. ¡Un comando armado que penetra en el lugar más sagrado del islam! ¡Y que exige la aplicación de la charía, siendo así que el reino wahabita era, desde el punto de vista del mundo entero, el mismísimo ejemplo del país adicto a la ley religiosa más estricta! No se trababa además de una simple escuadra que hubiera burlado la vigilancia de los guardianes: ¡se estaba en presencia de un auténtico ejército en miniatura con sus vehículos y su equipamiento pesado!

Más sorprendente aún fue la actitud de las autoridades saudíes. Lo que se podía esperar era que reaccionasen enseguida y restablecieran el orden. Pero parecían desconcertadas, paralizadas, impotentes. Tuvieron que recurrir a sus aliados, y sobre todo a Pakistán y a Francia, que enviaron en el acto a sus unidades de elite para aconsejar y organizar a las fuerzas locales. Y fue finalmente al cabo de dos semanas, tras una auténtica batalla campal, cuando se reconquistó la mezquita. Se calcula que hubo cerca de trescientos muertos. Capturaron y decapitaron a sesenta y ocho rebeldes.

EL INCREÍBLE ASALTO A ESE lugar sagrado fue la partida de nacimiento de un militanismo sunita radical del que se iba a oír hablar durante décadas. De momento, algunos admiradores del audaz comando, quebrantados por la derrota, se fueron a seguir luchando lejos de la península arábiga. A Afganistán, por ejemplo. Y las autoridades saudíes, que tenían mucho interés en librarse de ellos, dieron alas a esa diversión estratégica. Fue sobre todo lo que ocurrió con Osama bin Laden, quien se dedicó desde entonces a organizar la poderosa red yihadista global que iba a tomar un día el nombre de Al Qaeda, «la Base», y se daría a conocer con una serie de espectaculares

atentados cuya culminación fue el ataque a las torres gemelas de Nueva York el 11 de septiembre de 2001.

OTRA CONSECUENCIA CAPITAL DE LOS acontecimientos de La Meca fue que hicieron tambalearse los cimientos de sus conductas en materia de religión. Algunos observadores particularmente interesados en la historia del reino hablan de un «trauma de 1979» a partir del cual el régimen, temiendo parecer demasiado flojo en la defensa de la fe, tuvo que incrementar sus esfuerzos para difundir el wahabismo y el salafismo por el mundo, sobre todo construyendo mezquitas y financiando asociaciones religiosas, desde Dakar a Yakarta y también en Occidente... Cambió incluso la forma de llamar al rey: se dejó de decir Majestad, pues la majestad le está reservada al Creador; y se nombró al monarca, en todos los actos del gobierno y en todos los medios de comunicación oficiales u oficiosos, «servidor de los dos santos lugares», a saber, La Meca y Medina.

El reino esperaba, sin duda, conseguir así un «certificado» de devoción que lo pondría a salvo de una escalada de violencia. Pero no fue eso lo que ocurrió. Es ilusorio pensar que mostrándose radical se consigue acallar a los radicales. Con frecuencia lo que sucede es lo contrario. Un sistema como el de Arabia Saudí, que al resto del mundo le parece estrictamente tradicionalista, provoca en su seno corrientes que se sustentan en sus profesiones de severa ortodoxia para opinar que ese sistema no es suficientemente islámico. La enseñanza que prodiga no hace sino legitimar determinada visión del mundo que otros se apresuran a volver en contra suya.

La monarquía saudí estuvo durante décadas presa de la retórica que había ayudado a extender y de la que resultaba difícil salir sin poner en peligro los propios cimientos sobre los que se había edificado el reino. El trauma fruto de los cruentos sucesos de 1979 iba a resultar duradero.

* * *

LOS «ESTUDIANTES REVOLUCIONARIOS» QUE HABÍAN tomado la embajada estadounidense de Teherán tuvieron un destino muy diferente de los de la Gran Mezquita de La Meca. El ayatolá Jomeini se contuvo para no aprobar públicamente su acción, pero tuvo buen cuidado de no condenarlos y les mostró incluso simpatía al llamar al edificio ocupado «nido de espías». No sólo no los castigaron, sino que, antes bien, se convirtieron en héroes y varios de ellos desempeñaron en los años siguientes papeles importantes. La postura del Guía de la revolución en este asunto decepcionó hondamente a Yazdi y a Bazargán, que dejaron el poder en el acto. Su marcha era el indicio del final de sus ilusiones para todos aquellos que habían creído en una evolución liberal y democrática de la República Islámica.

La ocupación se prolongó casi quince meses e influyó de manera significativa en la campaña presidencial que transcurría por entonces en los Estados Unidos. Humillados por las imágenes de sus diplomáticos esposados y con los ojos vendados, los estadounidenses le guardaron rencor al presidente Carter por no haber sabido reaccionar, sobre todo cuando el intento de un comando para liberar a los rehenes fracasó lamentablemente. Al candidato republicano, Reagan, le resultó muy sencillo denunciar la debilidad y la incompetencia de la administración demócrata.

El drama de la embajada contribuyó de forma indiscutible a la aplastante derrota que sufrió el presidente saliente. Hasta tal punto que hubo quienes perseveraron en la afirmación de que unos enviados de Reagan habían celebrado conversaciones en París con representantes iraníes para pedirles que retrasaran la solución del conflicto hasta después de las elecciones. Mucho les queda por debatir a los historiadores para decidir qué fue lo que sucedió realmente. No obstante, las autoridades iraníes, como si quisieran reforzar dichas afirmaciones, decidieron anunciar la liberación de los rehenes el mismo día en que Reagan tomó posesión, para ser exactos el 20 de enero de 1981, mientras se celebraba en Washington la ceremonia inaugural.

La nueva administración, por lo demás, no se mostró realmente hostil con la República Islámica. Estalló incluso un tremendo escándalo durante el segundo mandato de Reagan, cuando el Congreso descubrió que la Casa Blanca estaba financiando —ilegalmente— la guerrilla antisandinista de Nicaragua con dinero conseguido vendiendo —ilegalmente— armas a los pasdarán, los guardianes de la revolución iraní.

AUNQUE LA OPERACIÓN QUE SE dio en llamar «Irán-Contra» o «Irangate» era cínica, perversa y muy alambicada, sería imprudente llegar a la conclusión de que existía una complicidad activa entre las «revoluciones conservadoras» de Washington y de Teherán. Habría que ver en ello más bien, a lo que me parece, una convergencia ocasional debida a las presiones del momento. Era otra época, con otro entorno internacional, otro equilibrio de fuerzas y otras prioridades. Desde el punto de vista de Reagan, el adversario principal seguía siendo el comunismo, y todos los demás conflictos parecían secundarios y efímeros.

Pero la explicación serena que acabo de exponer no cuenta con unanimidad de opiniones. Muchas mentes en el mundo árabe, sobre todo entre los sunitas, creen a pie juntillas en una colusión entre la República Islámica y los Estados Unidos. Incluso aunque se oiga a diario en Teherán «Abajo América» e incluso aunque Washington acuse al régimen iraní de «apadrinar» a todos los terrorismo, hay quienes siguen convencidos de que existen vínculos subterráneos e inconfesados entre los chiitas y los Estados Unidos.

Esta sospecha data de la segunda guerra de Irak, en 2003. Los sunitas de ese país acusaron a sus rivales de haberlos echado del poder con la complicidad de los invasores estadounidenses. E iniciaron acto seguido, bajo la égida de un yihadista jordano apodado al Zarqawi, que había hecho sus primeras armas en Afganistán, una campaña masiva de atentados con objetivos chiitas, sobre todo mezquitas, procesiones de peregrinos y reuniones de fieles.

Un ciclo de violencia que iba a adquirir, en varios países musulmanes, el cariz de una auténtica guerra de religión, que iba a culminar con la aparición de esa lúgubre entidad que llaman «Estado Islámico» e iba a reforzar esa sensación de retroceso del mundo árabe hacia las épocas más sombrías de su pasado.

4 Versión castellana de Marta Sánchez-Nieves.

5 En castellano: *La rebelión de Atlas*, Barcelona, Caralt Editores, 1973. Traducción de Julio Fernández-Yáñez.

IV

Un mundo en descomposición

*We were made to understand it would be
Terrible. Every small want, every niggling urge,
Every hate swollen to a kind of epic wind.*

*Livid the land, and ravaged, like a rageful
Dream. The worst in us having taken over
And broken the rest utterly down.*

Nos dieron a entender que sería
terrible. Cada nimio deseo, cada irritante ansia,
cada odio henchido como un viento épico.

Lívida la tierra, y arrasada, como un sueño
furioso. Lo peor en nosotros había vencido
y aplastado todo lo demás⁶.

Tracy K. SMITH (nacida en 1972)
Wade in the Water - Vadear la orilla

1

SE DIJO, EN EL crepúsculo del siglo XX, que, en adelante, el sello distintivo del mundo iba a ser un «enfrentamiento entre civilizaciones» y sobre todo entre religiones. Por desconsolador que fuera ese pronóstico, los hechos no lo desmintieron. En lo que se equivocó de medio a medio fue al suponer que ese «encontronazo» de las diversas áreas culturales reforzaría la cohesión dentro de cada una de ellas. Ahora bien, ocurrió todo lo contrario. Lo que caracteriza a la humanidad actual no es una tendencia a agruparse dentro de conjuntos muy amplios, sino una propensión a la fragmentación, al fraccionamiento y, a menudo, a la violencia y la acritud.

Es evidente que esto puede comprobarse en el mundo árabe musulmán, que parece haber tomado a su cargo ampliar hasta extremos absurdos todos los defectos de nuestra época. Aunque el aborrecimiento no deja de crecer entre él y el resto del planeta, es en su interior donde ocurren las peores quebraduras, de lo que dan fe los incontables conflictos cruentos que han ocurrido en las últimas décadas, desde Afganistán a Mali pasando por el Líbano, Siria, Irak, Libia, Yemen, Sudán, Nigeria o Somalia.

Se trata desde luego de un caso extremo. No se ven en otras «áreas de civilización» los mismos niveles de descomposición. Pero la tendencia a la fragmentación y al tribalismo está comprobada en todas partes. La observamos en la sociedad norteamericana, lo que ha llevado a algunas mentalidades maliciosas a hablar de los «Estados Desunidos». La observamos en la Unión Europea, a la que

han hecho tambalearse la deserción de Gran Bretaña y también las crisis y las tensiones relacionadas con las migraciones. La observamos de forma especialmente intensa en algunos países grandes y antiguos del continente que se unificaron hace siglos, tuvieron antaño los imperios más extensos y se enfrentan hoy —en Cataluña, en Escocia y en otros lugares— a movimientos independentistas fuertes y resueltos. Sin olvidarnos de la antigua Unión Soviética y el resto de los países, comunistas, anteriormente de la Europa oriental, que formaban nueve Estados cuando cayó el muro de Berlín y son en la actualidad veintinueve.

No existe seguramente, para esas distintas desmembraciones, una explicación sencilla y única. Sin embargo, pueden detectarse, más allá de las peculiaridades locales, pulsiones similares claramente relacionadas con el «espíritu de la época». Me parece, en especial, que existen, en el seno de todas nuestras sociedades, y también en la humanidad entera, cada vez más factores que fragmenten y cada vez menos factores que cimenten. Lo que agrava aún más esta tendencia es que el mundo está hoy lleno de «cementos falsos», como por ejemplo la pertenencia a una religión, que pretenden reunir a los hombres siendo así que desempeñan, en realidad, el papel inverso.

Como prelude a la reflexión acerca de qué les ha sucedido a las solidaridades humanas, tengo que citar esa idea que ejerce una influencia determinante en las mentalidades de nuestros contemporáneos, aunque se remonte a la Inglaterra del siglo XVIII, y según la cual todo el mundo debería actuar según sus propios intereses ya que la suma de todos esos egoísmos no puede por menos de favorecer a toda la sociedad; como si una «mano invisible» interviniera providencialmente para armonizar el conjunto de nuestros actos, operación sutil, compleja y misteriosa que los poderes públicos serían incapaces de llevar a cabo y en la que harían mejor en no inmiscuirse, pues su intervención complicaría las cosas en lugar de facilitarlas.

Esta idea, que expone Adam Smith en una obra publicada en 1776, se ha vuelto actual a más no poder desde finales de la década de 1970 y tiene una influencia significativa en las posturas de nuestros contemporáneos. Son fáciles de intuir sus implicaciones políticas y lo atractivas que les resultan a todos quienes desconfían del papel del Estado como regulador de la economía y redistribuidor de la riqueza: no es, pues, de extrañar que los defensores de las revoluciones conservadoras de tipo thatcheriano o reaganiano la recuperasen y hallasen en ella la mismísima base de su visión del mundo.

Este enfoque puede parecerles nebuloso a mentes racionales. Y, ateniéndose a la lógica, la teoría de «la mano invisible» habría debido caer hace mucho en el olvido, salvo quizá para quienes se interesan por la historia de las ciencias económicas e incluso por su prehistoria. No es eso lo que ha sucedido. La expresiva intuición de Adam Smith ha resistido al paso del tiempo y también a las burlas de sus detractores, y la fascinación que ejerce es mucho mayor en la actualidad que hace doscientos cincuenta años.

ESTA LONGEVIDAD LA EXPLICA SOBRE todo el doloroso fracaso del modelo soviético, que había tenido muy en cuenta el carácter «científico» de su socialismo. Se suponía que demostraba que sólo los poderes públicos podían racionalizar el proceso de producción y distribución. Pero demostró lo contrario, a saber, que cuanto más centralizada era una economía, más absurdo era su funcionamiento; cuanto más pretendía gestionar los recursos, más penurias causaba.

Por ello, fue el «socialismo científico» el que cayó en el olvido, en el desván de la Historia, mientras que «la mano invisible» volvía a ocupar un lugar de honor, más creíble y más legítimo que nunca, tanto que los militantes conservadores lo reivindicaron como el principio en que se basaba su compromiso. Incluso el carácter misterioso y un tanto irracional de esa noción resultó más bien atractivo: muchos vieron en él, efectivamente, una dimensión

espiritual y algo así como un visto bueno divino al funcionamiento del capitalismo frente al dirigismo «ateo».

* * *

LOS PRECEPTOS DE ADAM SMITH contribuyen en la actualidad, más aún que en el pasado, a darle forma a nuestro mundo. Y no sólo en lo referido al papel del Estado en la vida económica: esa creencia en una «mano invisible» tiene consecuencias en muchos otros ámbitos.

Resulta fácil entender, por ejemplo, que quienes desconfían de su propio gobierno desconfíen más aún de las instancias internacionales. Aquí funciona la misma mentalidad. Si no queremos que el poder público intervenga en la vida económica de la nación, razón de más para que no queramos que una autoridad supranacional emita directrices. Si nos parece que ya hay «demasiado gobierno» en nuestro propio país, es normal que desconfiemos de todo cuanto se parezca a un «gobierno global», como las Naciones Unidas; o, si se trata de Europa, de un «gobierno continental» como el que tiene su sede en Bruselas.

Del mismo modo, desconfiaremos espontáneamente de las Casandras que predigan catástrofes globales y pidan, para hacerles frente, solidaridades que trasciendan las fronteras nacionales. Sin pretender detenerme aquí en el debate del cambio climático, me parece útil subrayar que el escepticismo, en este terreno, procede de una mentalidad semejante. Quienes sean enemigos de cualquier gobernanza global tenderán a preferir los argumentos que dudan del calentamiento global y la responsabilidad de las actividades humanas en las alteraciones. Y, a la inversa, quienes se fíen de las instancias internacionales tendrán tendencia a creer las cifras más alarmantes.

TRAS SUBRAYAR LA RESILIENCIA Y la pasmosa longevidad de la doctrina que se inspira en Adam Smith, debo añadir que su capacidad para salir triunfante del duelo con el marxismo no quiere decir que sea una respuesta adecuada a los desafíos del mundo de hoy.

Que el dirigismo socialista fuera una buena idea equivocada no implica forzosamente que la «mano invisible» sea la solución providencial a todos los males presentes y futuros. ¿Puede considerarse en serio, por ejemplo, que en lo referido al entorno baste con que cada cual haga lo que le parezca que va en su interés para que el resultado sea positivo para el país entero y para el conjunto del planeta? La respuesta es negativa, por supuesto; no obstante, hay algunos que parecen creerlo, sobre todo en los Estados Unidos.

Y, en las relaciones entre naciones, ¿basta con que cada una de ellas actúe a tenor de sus propios intereses y de sus propias ambiciones para que veamos a la humanidad entera avanzar camino de la paz y de la prosperidad? También en este caso la respuesta debería ser negativa. Pero los ciudadanos que desconfían de las «injerencias» de su propio Estado en sus asuntos desconfían más aún de todo cuanto tenga parecido con una gobernanza mundial o supranacional.

SI INSISTO EN ESTOS HECHOS es porque me parece desconcertante que en nuestro mundo globalizado, donde las imágenes, las herramientas, las ideas y también los males y las fiebres se propagan a la velocidad de la luz, la ideología que prevalece y que establece las normas se base en el sacrosanto egoísmo de los individuos y de sus «tribus»: naciones, etnias y comunidades de todo tipo.

Está muy claro el derrotero histórico que ha llevado a posturas tales. Pero esa confianza excesiva que se concede a la «suma algebraica» de nuestros egoísmos planetarios sólo puede preocuparnos. Se trata evidentemente de una deriva hacia la irracionalidad, hacia algo así como un pensamiento mágico que revela un hondo y afligido desconcierto frente a la complejidad del mundo. Como ya no nos sentimos capaces de dar con soluciones adecuadas, queremos creer que éstas llegarán por sí solas, como

por milagro, y que basta con tener fe en la mano invisible del Cielo o del destino.

Hecho que no presagia nada tranquilizador, me temo, para las décadas que se avecinan.

2

OTRA CARACTERÍSTICA INTRANQUILIZADORA de nuestra época, y que se basa en idéntica visión del mundo, es la legitimación de las disparidades, por muy vertiginosas que resulten.

Cierto es que pocas personas siguen considerando aún como objetivo sensato la igualdad efectiva de todos los humanos. Sin embargo, esa noción en sí, aunque maltratada, había durado hasta ahora en tanto en cuanto referencia ética simbólica y nos guardábamos muy mucho, fuere como fuere, de elogiar las desigualdades. Sabíamos que eran inevitables, pero no se nos ocurría aplaudirlas. Podría comentarse algo semejante referido al paro: hace ya tiempo que nadie cree en el pleno empleo, pero antes no se veía que las Bolsas mundiales recibieran con una oleada de compras a las compañías que realizaban despidos masivos.

Eso es lo que ha cambiado con el nuevo espíritu de la época. Incluso en Francia, mi patria adoptiva, donde se sigue invocando el principio de igualdad, se contempla ahora el enriquecimiento desmedido con fascinación más que con espanto; y, por más que siguen escandalizando los ingresos de los directivos de algunas empresas, no escandalizan ya los de los futbolistas, los actores o las estrellas de la canción. Este comportamiento es más marcado aún en países como Rusia o China, donde un igualitarismo aparente sirvió mucho tiempo de tapadera a la injusticia y la tiranía.

Y cuando vemos que los medios de comunicación publican a toda plana, como suele suceder con frecuencia, un palmarés de las mayores fortunas comparadas con lo que posee el resto de los

humanos, este hecho no causa ya ningún arranque de rabia. Ya no espera nadie que se alcen «los parias de la tierra» y, por lo demás, asustaría que se alzasen un día y que hicieran añicos el pasado, como en las estrofas de *La Internacional*. Una sublevación así sólo desembocaría en un gigantesco baño de sangre y una orgía de destrucción. No es eso desde luego lo que pueden desear quienes cultivan aún un ideal de progreso, libertad y decencia, o incluso de igualdad. Si las disparidades son alarmantes hoy, no es ya porque se corra el riesgo de que traigan consigo levantamientos planetarios, sino porque la desaparición de la brújula ética que representa el principio de igualdad contribuye en todos y cada uno de nuestros países, y también para la humanidad entera, a la desintegración del tejido social.

Esta afirmación les parece evidente a quienes están pendientes a diario de la marcha del mundo, incluso aunque no sea fácil respaldarla con argumentos concluyentes. ¿Cómo demostrar que en unos tiempos en que el enriquecimiento desmedido fascina y hace soñar sea inevitable que cunda la corrupción dentro de las clases dirigentes y en el conjunto de la sociedad? ¿Que cuando se considera justificado y legítimo el egoísmo de los individuos y de los clanes, e incluso se lo considera un instrumento de la Providencia, los vínculos solidarios entre los diversos componentes de la población se aflojen? ¿Que cuando convertimos en modelos a los «ricos y famosos», aunque sean unos sinvergüenzas, es la escala entera de valores la que ponemos en tela de juicio?

LA FONTAINE ILUSTRÓ EN LA *cigarra y la hormiga* lo que constituía la ética de su época y parecía tener una validez universal y perpetua, a saber, que el trabajo metódico, aplicado y cotidiano era un valor seguro en el que la cigarra habría debido inspirarse en vez de pasarse cantando «todo el verano».

En la fábula, la buena era la hormiga. Su asiduo trabajo en todas las estaciones le granjeaba la aprobación de todos y ponía de su parte a los burlones. «¿Cantabais? ¡Cuánto me alegro! —dice,

burlona—. ¡Os toca bailar ahora!» Y la cigarra no sabía qué cara poner, por así decirlo. En nuestros días ocurre lo contrario. Se burlan de las hormigas y las desprecian. Los jóvenes que han visto a sus padres trabajar a destajo toda la vida, de sol a sol, sin conseguir nunca un desahogo material y menos aún salir del anonimato, sienten por ellos compasión y no estima. Nada los mueve a seguir su ejemplo. Antes bien, es algo que los incita a querer diferenciarse de ellos para imitar a los que han «triunfado», los que se han hecho ricos, aunque haya sido extorsionando o con manejos sórdidos; o para conseguir, por el medio que sea, sus cinco minutos en el paraíso de la fama.

Nunca se insistirá suficientemente en qué trastornos puede causar, en el seno de una población, que se derriben los modelos, que se empiece a admirar lo que durante mucho tiempo se consideró reprehensible y a despreciar lo que durante mucho tiempo se consideró ejemplar. ¿Son realmente necesarias largas demostraciones para entender que un barrio donde se admira más a los narcotraficantes que a los maestros se convierte en un foco de descomposición social? Y, cuando la sociedad entera tiene una mentalidad similar, cuando las actividades pecuniariamente lucrativas se valoran más que las que son de utilidad social, las consecuencias, devastadoras, son incontrolables. Afectan a todas las conductas de los ciudadanos...

* * *

COMO MUCHOS DE LOS QUE se dedican al arte o a la literatura, me siento tan cerca de la hormiga como de la cigarra y me guardaré muy mucho de juzgar la actividad de aquélla más recomendable que la de ésta. También en este aspecto, mi temor principal es ver que los factores que disgregan las sociedades les toman la delantera a los que las cimentan.

Hablé, ya en las primeras páginas de este libro, de la paradoja tan conturbadora de un mundo que no deja de progresar en ciencias,

innovaciones tecnológicas y también en desarrollo económico, pero que en otros terrenos esenciales, sobre todo en cuanto se refiere a las relaciones entre las diversas comunidades, se ha estancado y parece incluso ir marcha atrás.

Nos hallamos en el mismísimo meollo de esa paradoja cuando nos fijamos en los efectos que han causado en las últimas décadas las doctrinas económicas, sociales y políticas que se basan en «la mano invisible». Por una parte dieron rienda suelta a las energías, estimularon los intercambios y aceleraron la innovación. Simultáneamente, al denigrar el papel regulador de los poderes públicos y glorificar el enriquecimiento desmedido, socavaron la propia idea del interés común y debilitaron los vínculos entre los ciudadanos.

Este reverso de la medalla me parece innegable y preñado de graves consecuencias, incluso aunque resulte difícil certificarlo. ¿Cómo calcular en un país la pérdida del sentido cívico? ¿Cómo medir la relajación o el estrechamiento de las relaciones entre los diversos componentes de la población? ¿Cómo demostrar que existe un vínculo entre la desconfianza hacia las autoridades públicas y el auge del comunitarismo, de la violencia o de la corrupción? Entramos en el ámbito de lo inaprensible y de lo incuantificable; de nada serviría acumular cifras y hechos.

MI SENSACIÓN ES, SIN EMBARGO, que la deriva que padece la humanidad en nuestros días no deja de tener que ver con el cambio que introdujeron las revoluciones conservadoras en la forma de interpretar el papel de los poderes públicos.

Para explicitar lo que pienso, empezaré por preguntar: ¿qué consolida las sociedades humanas? ¿Qué infunde a las personas y a los grupos el deseo de vivir juntos, la voluntad de pertenecer a la misma colectividad, a la misma nación? No se trata de preguntas puramente retóricas, me las hago sinceramente y no tengo una opinión establecida. Existen muchos factores que pueden unir sólidamente a los habitantes de un país: el sentimiento de que

tienen un porvenir común, antepasados comunes o incluso un enemigo común... No se trata de una lista exhaustiva, y varía con las épocas.

Una de las características de este siglo es precisamente que cada vez hay menos factores de unión. He estado a punto de añadir: sobre todo cuando se trata de naciones plurales. Pero es una precisión superflua. Todas son plurales, incluso aunque algunas lo admitan de mejor grado que otras. Y a todas, por lo tanto, les cuesta anudar lazos sólidos entre personas, familias y comunidades que tuvieron itinerarios diferentes.

Las recetas tradicionales con que se han creado las naciones durante el paso de los siglos no sirven ya para gran cosa en nuestros días. Si no se tienen antepasados comunes, resulta difícil inventárselos de arriba abajo. Y, si no existe una «novela nacional» que todo el mundo acepte espontáneamente, tampoco se puede imponer. Ni siquiera los valores comunes desempeñan ya de verdad su papel de «cemento». Nos gustaría que lo hicieran, nos portamos como si lo hicieran, pero en demasiadas ocasiones, desgraciadamente, se trata de una ficción indulgente más que de un reflejo de la realidad.

Y en todos los lugares de este mundo carente y desvalido andamos disertando acerca de la integración, de la inclusión de las virtudes de la diversidad, mientras las solidaridades amplias se van deshaciendo y regresamos —¿un retroceso una vez más?— a las solidaridades innatas que son, a un tiempo, las más visibles y las más viscerales y que no precisan de una libertad de elección real. Basta con que cada cual tire por donde le pide el cuerpo, como lo invita a hacer «el espíritu de la época».

¡PODRÍAMOS HACER UNA LISTA CON muchísimos ejemplos! Me contentaré con citar aquí el de las tensiones raciales de los Estados Unidos. Habría podido suponerse que, tras tantos adelantos en materia de derechos cívicos, y sobre todo tras el poderoso símbolo que representó la elección de Barack Obama para la presidencia,

esas tensiones iban a atenuarse. Ha ocurrido lo contrario: se han emponzoñado más bien.

Es evidente que los estadounidenses de origen anglosajón, hispano y africano no comparten los mismos antepasados. Pero podría haberse esperado que compartieran ya una visión semejante de la nación y un destino común. Está claro que no van en esa dirección.

¿Habría podido ocurrir de otro modo? ¿Es una aberración suponer que las tensiones raciales no habrían sido tan fuertes si no se hubieran consentido las desigualdades? ¿Y si Reagan no les hubiera declarado la guerra al *welfare state* y a la mítica *welfare queen*?

La forma en que he redactado la pregunta revela mi convencimiento íntimo. Soy efectivamente de los que piensan que cuando se invierte de forma inteligente en armonización social pueden atenuarse las tensiones entre los diversos componentes de una nación. Siento incluso la tentación de repetir aquí lo que dije al hablar de Mandela y de su forma de poner remedio a las tensiones raciales en su propio país: resulta que la generosidad es la solución menos mala; y resulta que una buena acción puede ser también un buen negocio.

Mi preocupación por ser objetivo me obliga, sin embargo, a añadir que, hasta ahora, la Historia todavía no ha zanjado ni la espinosa cuestión de las relaciones raciales en Sudáfrica o en los Estados Unidos ni esta otra, más amplia y muy antigua ya, que es la del papel que los poderes deberían o no deberían desempeñar en el reparto de la riqueza. No soy insensible a los argumentos de quienes se revuelven contra los absurdos burocráticos o contra el peso, que crece continuamente, de los impuestos y las tasas. No obstante, me parece que el Estado tiene un papel sutil, inaprensible y, sin embargo, insustituible. Contribuye de mil formas a crear vínculos, lo que refuerza el sentimiento de pertenencia común; si se lo denigra sistemáticamente, ya no puede desempeñar dicho papel.

Por lo cual, aunque sea sensato admitir que el Estado, como decía Reagan, puede a veces ser «el problema», es completamente

legítimo preguntarse si la ausencia de Estado no es, en algunas ocasiones, un problema aún más grave.

3

ENTRE LAS TRANSFORMACIONES CAPITALES que trajeron consigo las revoluciones conservadoras, he tenido ocasión de mencionar, además de la puesta en tela de juicio del papel del Estado, la creciente exasperación de los sentimientos identitarios. Me parece que el efecto conjugado de ambos elementos explica en muy gran medida la deriva que aqueja a la humanidad en el presente siglo.

En cuanto al primero de esos dos elementos, resulta difícil acotar su impacto, como hemos visto anteriormente. Pero no sucede lo mismo con el segundo, cuyos daños saltan a la vista. Las tempestades identitarias han emponzoñado el ambiente del planeta entero y de todas y cada una de las sociedades. Pero aunque los actos violentos que provocan los tenemos delante a diario, las palabras que subyacen en ellos «despistan», por decirlo de alguna manera, ya que hablan constantemente de solidaridad, de fraternidad o de reparación de las injusticias y no siempre resulta fácil reconocer, más allá de esas palabras de unión, sus efectos perversos.

A eso era a lo que aludía cuando hablaba de los factores que cimentan de verdad las sociedades humanas, oponiéndolos a los que se supone que lo hacen pero no lo hacen. No cabe duda, por ejemplo, de que la confesionalidad se cita continuamente en los discursos identitarios y resulta terriblemente eficaz para afincar en la mente de los correligionarios una clara diferencia entre «nosotros» y «los demás». Pero, si miramos de cerca, pocas veces supone un factor de cohesión. Incluso entre los creyentes. Eso es

especialmente cierto cuando se trata de las grandes religiones planetarias. Cuanto más han conseguido éstas propagarse, conquistar y hacer conversos menos están en condiciones de trabar vínculos políticos sólidos entre sus adeptos. Como mucho, pueden favorecer ciertas afinidades culturales. Pero las solidaridades robustas son más bien inherentes a las comunidades pequeñas, que, al sentirse vulnerables, sienten la necesidad de unir fuerzas, lo que les garantiza frecuentemente una influencia desproporcionada con respecto a su importancia numérica.

Cuántas veces se oye decir de esas comunidades que desempeñan un papel capital «aunque sean minoritarias». Sería más exacto decir que prevalecen «porque son minoritarias». Como dejaba ya constancia de ello el historiador Ibn Jaldún en el siglo XIV, los grupos pequeños son más proclives al «espíritu de clan»; éste refuerza su cohesión y les garantiza a veces una ventaja decisiva en sus relaciones con los demás. Uno de los casos más conocidos en nuestros días es el de los alauitas de Siria, de los que procede la familia Ásad; hombres pertenecientes a esa comunidad consiguieron hacerse con el control del ejército en la década de 1960 y, a continuación, con el poder y conservarlo de forma indefinida. Un fenómeno semejante ocurrió en Irak con el clan sunita árabe del que descendía Sadam Hussein, y fue menester una invasión masiva de las tropas estadounidenses para que perdiera ese control.

Una cohesión tan fuerte sólo puede darse en el seno de una comunidad compacta. No podría concebirse en un conjunto más amplio, y menos aún en las gigantescas «áreas de civilización» que corresponden a las grandes religiones planetarias: el cristianismo, el islam o el budismo, cuyos fieles son mayoría en muchos países y representan, entre las tres, más de la mitad de la población mundial.

Por el propio hecho de su prodigiosa expansión, se implantaron en sociedades muy diversas entre las que existen tremendas disparidades en lo referido a lenguas, tradiciones culturales y sistemas políticos o familiares; sociedades que a veces pelean por territorios, tienen conflictos de intereses o, sencillamente, se

aborrecen por razones confusas que se pierden en la noche de los tiempos; sociedades en las que enarbolar el estandarte de la religión no zanja los conflictos, sino que los atiza.

HAY UN EJEMPLO AL RESPECTO que me parece muy elocuente. En 1947 las autoridades británicas decidieron conceder la independencia al subcontinente indio, pero dividiéndolo en dos grandes Estados: la India para los hindúes y Pakistán para los musulmanes.

En el primer caso, las cosas no fueron demasiado mal. El hinduismo, incluso aunque agrupe a más de mil millones de adeptos, siguió siendo siempre, en lo esencial, la religión de un único país; y, por ello, un factor de relativa cohesión nacional. Tengo la convicción de que la India habría progresado más deprisa y de forma más armoniosa si no hubiera existido esa desgarradora y traumática partición, sobre todo porque una numerosa población musulmana, tradicionalmente hostil al sistema de las castas, se habría librado probablemente de ciertas cargas seculares. No voy a esforzarme en demostrarlo, sólo se trata de un sentimiento íntimo... Lo que, en cambio, no deja lugar a dudas porque no se trata de una intuición personal, sino de una realidad probada, es que para los musulmanes del subcontinente la separación fue una enorme tragedia.

La intención era que estuvieran en familia, que decidiesen su propio rumbo con la ambición de hacerlo mejor que sus vecinos y de dar ejemplo. Los padres fundadores, que eran en muchos casos hombres valiosos, estaban convencidos de que el islam iba a ser «el cemento» de la nueva nación, en cuyo seno se habían reunido varios pueblos de lenguas diferentes, de tradiciones sociales diferentes, pero que tenían en común la misma religión.

Los más numerosos eran los bengalíes, que vivían en lo que era entonces Pakistán oriental. Pero se sentían preteridos por el poder central, que residía en Pakistán occidental y que dominaban los punyabíes. Las tensiones llegaron al paroxismo cuando un tremendo ciclón tropical, uno de los más letales de la Historia, arrasó Bengala

en noviembre de 1970. Hubo al menos doscientos cincuenta mil muertos y quizá llegaron incluso a los quinientos mil.

Convencida de que el gobierno central no había hecho lo necesario para socorrer a las víctimas, la provincia oriental se sublevó y proclamó unilateralmente la independencia, adoptando el nombre de Bangladés. Las autoridades paquistaníes intentaron oponerse por la fuerza, pero tras la intervención del ejército indio tuvieron que resignarse.

FUI AL NUEVO ESTADO POCO después de su creación. Aún se veían los efectos del ciclón, aunque me resultaba difícil diferenciar entre las desdichas obra del cataclismo y las debidas a la miseria crónica. Algunas familias se habían alojado dentro de anchos tubos cilíndricos y, pese a todo, estaban en mejores condiciones que otras que vivían en las cunetas, sin paredes ni techo.

Pero las peores imágenes que vi no fueron ésas. Son las del insoportable desvalimiento de una etnia minoritaria, los biharis. Éstos, musulmanes emigrados de Bihar, Estado de la India cuyo nombre llevaban, y muy afectos a la unidad de Pakistán, que se había convertido en su patria, habían abrazado la causa del gobierno central en contra de los separatistas y, cuando llegó la independencia, los trataron colectivamente como a enemigos de la nueva nación. Los más pobres de todos, puesto que les habían quitado cuanto poseían, estaban encerrados en edificios vacíos e insalubres a la espera de que se decidiera su suerte.

¿He dicho «encerrados»? A decir verdad, en realidad no lo estaban; los guardias armados de las puertas impedían a los «patriotas» de fuera que entrasen para agredir a los «traidores», quienes, por su parte, tenían buen cuidado de no aventurarse fuera del lugar en que se hallaban confinados.

Me he acordado con frecuencia de la suerte poco envidiable de los biharis, aunque otros pueblos se hayan sumado desde entonces a la lista de los vencidos de la Historia y de los perseguidos, y especialmente, en esa misma región de Asia meridional, los rohinya.

En un mundo en que impera un hervidero identitario todos somos forzosamente unos traidores para alguien, y a veces para todas las partes a la vez. Cualquier minoritario, cualquier migrante, cualquier cosmopolita, cualquier poseedor de dos nacionalidades es un «traidor» en potencia.

* * *

CON LA PERSPECTIVA QUE DA el paso del tiempo, el ejemplo paquistaní me inspira otros cuantos comentarios aún más preocupantes.

El primero es que cuando entramos en una lógica de «partición», el desmembramiento tiene tendencia a proseguir sin límites. Se empieza por separar a los musulmanes de los hindúes. Luego, se separa a los bengalíes de los punyabíes. Pero dentro del Estado en que esos pueblos predominan existen otros pueblos que temen que los maltraten, los persigan o incluso los exterminen. ¿No deberían tener también ellos su propio país?

«Por cada pez pequeño, hay otro más pequeño aún», me dijo un día un historiador desengañado. De hecho, en cuanto se considera que la separación es una solución adecuada, no hay ya razón alguna para no seguir «partiendo en rodajas»...

SEGUNDO COMENTARIO: AL VOLVERSE MAYORITARIA en un país, una población no se hace más tolerante, sino paradójicamente menos tolerante. Digo «paradójicamente» porque, en principio, si queremos estar entre los nuestros, es para no tener que temer las injerencias de un grupo rival; deberíamos, pues, comportarnos de forma más serena y magnánima cuando somos una amplia mayoría. Por desgracia, no es así como suceden las cosas. Es incluso de forma completamente opuesta: mientras las minorías conservan un peso significativo, el foro público toma en cuenta su forma de sentir, lo que incita a las fuerzas políticas a buscar una forma de organizar la vida en común con un espíritu de equidad y armonía. A la inversa, cuando las comunidades minoritarias se vuelven insignificantes,

cuando la única opinión que cuenta es la del grupo mayoritario, se entra en una lógica muy diferente: la de la escalada de violencia.

Todos los países que establecen un sistema comunitario acaban por entrar en una deriva de esa categoría, pero en Pakistán ésta ha llegado a algo así como un paroxismo desaforado, un desencadenamiento de intolerancia pocas veces visto en otros lugares. Se persigue a todas las minorías y se las humilla; y cuantos intentan defenderlas o aportar a la vida pública un poco de sentido común y de serenidad padecen la misma suerte. Lo que supone una auténtica tragedia para toda la población, para unas y otras comunidades por igual.

La homogeneidad es una quimera costosa y cruel. Se paga un precio muy caro para llegar a ella; y en el supuesto de que alguna vez se alcance, resulta aún más cara.

MI TERCER COMENTARIO SE BASA en los dos primeros ampliándolos un poco. Me pregunto si el extravío de los hombres, tal y como lo conocemos hoy, no se debe en parte a esa detestable costumbre, adquirida a partir del siglo XIX, de fragmentar los conjuntos donde se codeaban varias naciones para que cada una de ellas viva por separado.

Llego incluso a veces a pensar que esa teoría que dice que los imperios son «cárceles para los pueblos» de las que éstos tienen que liberarse para empezar a vivir «en su propia casa», con su propio gobierno, dentro de sus propias fronteras, es la más mortífera de los tiempos modernos.

Pienso sobre todo en la suerte que corrieron dos grandes entidades pluriétnicas fragmentadas al acabar la Primera Guerra Mundial: el Imperio austrohúngaro, cuya explosión causó decenas de millones de víctimas y propició la aparición de las peores tiranías, y también el Imperio otomano, cuyo desmembramiento continúa aún en nuestros días haciendo que el fantasma del terror y del retroceso sobrevuele la humanidad entera.

Y no es que sienta yo nostalgia por esos imperios. No sueño, desde luego, con verlos restaurados. Ni el de los Habsburgo, ni el de los zares, y menos aún el de los sultanes. Lo que lamento es la desaparición de determinado estado de ánimo que existió en tiempos de los imperios y consideraba normal y legítimo que unos pueblos vivieran en el seno de la misma entidad política sin tener forzosamente la misma religión, la misma lengua ni la misma trayectoria histórica. Nunca dejaré de oponerme a la idea de que las poblaciones que tienen lenguas o religiones diferentes harían mejor en vivir separadas entre sí. Nunca me decidiré a admitir que la etnia, la religión o la raza sean cimientos legítimos para edificar naciones.

¿Cuántos fracasos lamentables, cuántas carnicerías y «purificaciones» habrá que presenciar aún antes de que ese enfoque bárbaro de las cuestiones identitarias deje de considerarse normal, realista y «conforme a la naturaleza humana»?

4

HE EXPUESTO, CAPÍTULO A capítulo, mis añoranzas y penas, mi remordimiento, mi nostalgia o mi melancolía. A la hora de hacer balance, esas nociones se me vienen forzosamente a la cabeza y no puedo por menos de exponerlas aun sabiéndolas con frecuencia poco adecuadas e impropias, e incluso completamente irracionales. ¡Cuántas veces me he lamentado de la desaparición de un «paraíso terrenal» que no conocí! ¡Cuántas veces he sentido apuro, y quizá también una punzada de culpabilidad, por conductas que ocurrieron mucho antes de nacer yo! Como si, al recibir la herencia moral de quienes me precedieron, tuviera que asumir también sus ilusiones, sus desilusiones y sus extravíos.

Para evitar caer continuamente en esos males he adoptado la costumbre de usar para todas las tragedias que han padecido mi época y mi propia existencia una palabra única, la más anodina, «tristeza», en plural a veces, para vincular ese sentimiento confuso con diferentes reminiscencias.

Mis tristezas refieren todas la misma historia, la de una gran esperanza que acabó frustrada, traicionada, desnaturalizada o destruida. Tristezas sucesivas por los dos paraísos de mi infancia, el de mi madre y, luego, el de mi padre. Tristeza por los pueblos de Levante, por todos ellos sin excepción, por los que se supone que son «los otros» y por los que se supone que son «los míos», y que se están ahogando en el mismo pantano sin dejar de maldecirse mutuamente. Tristezas recurrentes por las sociedades árabes que, una o dos veces por generación, intentan despegar, alzan un poco el

vuelo y, después, caen pesadamente como halcones con las alas rotas. Y tristeza también por los ideales generosos que alentaron mi juventud y que, en el crepúsculo de mi vida, están maltratados y desacreditados: la universalidad, el sentido ascendente de la Historia, la plétora armoniosa de las culturas, la convergencia de los valores y la paridad en la dignidad de los humanos.

UNA DE MIS GRANDES TRISTEZAS actuales tiene que ver con Europa. Cuando lo menciono, me contestan invariablemente que soy muy exigente, demasiado, que no debería olvidar lo que fue este continente durante siglos y hasta una fecha no tan lejana: campo de enfrentamiento entre nacionalismos descontrolados, campo de experimentación de las peores barbaries... ¿No hemos cerrado ya acaso esas páginas oscuras, y para siempre? Cruzamos la frontera francoalemana sin darnos cuenta siquiera, como si siguiéramos en el mismo país, como si nunca hubiera habido cruentas luchas por la posesión de Alsacia y Lorena. Y en Berlín pasamos de un barrio occidental a un barrio oriental sin fijarnos en el trazado del antiguo Muro. ¿En qué parte del mundo ha sucedido algo así? No en mi tierra natal, desde luego. Allí hemos seguido el camino inverso, hasta tal punto que varias de sus zonas y de sus ciudades, que podía recorrer en mi juventud sin excesivos riesgos, resultan ahora impracticables.

No querría, pues, minimizar los notables progresos de los europeos desde finales de la Segunda Guerra Mundial. Los aplaudo de todo corazón. Pero no puedo negar que siento hoy cierto desencanto. Porque esperaba otra cosa de mi continente adoptivo: que le brindase a toda la humanidad una brújula que evitara que se extraviase, que le impidiera descomponerse en tribus, en comunidades, en facciones y en clanes.

Cuando contemplo las turbulencias de este siglo, a veces lamento que no exista ninguna autoridad política y ética hacia la que nuestros contemporáneos pudieran volverse con confianza y con esperanza; ninguna que sea a la vez portadora de valores

universales y realmente capaz de influir en la marcha de la Historia. Y cuando paseo la mirada por el mundo preguntándome, no sin angustia, quién podría actualmente asumir esa tarea, me parece que sólo Europa estaría en condiciones de hacerlo si tuviera a bien buscar los medios.

¿Por qué Europa? A decir verdad, no es la «candidata natural» para ese papel. En buena lógica, éste debería corresponderle más bien a los Estados Unidos de América. Desde hace mucho tiempo tienen la voluntad de ejercer un liderazgo global y cuentan con la parte esencial de las cualidades requeridas. Los principios en que se basa su Unión mostraron, desde sus inicios, una innegable preocupación por la universalidad, y su composición étnica es un reflejo de la diversidad del mundo; de forma muy imperfecta, desde luego, pero en mayor medida que en otros países grandes. Y, sobre todo, se izaron durante el siglo xx al primerísimo lugar entre las Potencias y en todos los ámbitos: producción industrial, fuerza militar, investigación científica, influencia política e intelectual, etc. Tras salir vencedores en tres enfrentamientos planetarios capitales, la Primera Guerra Mundial, luego la Segunda y, después, la guerra fría, han adquirido entre las naciones una supremacía que nadie puede poner seriamente en tela de juicio. Lógicamente, deberían haberse convertido para toda la humanidad en la autoridad de referencia, y por mucho tiempo. Pero no han sabido mostrarse a la altura de esa tarea.

Lo más pasmoso es que su fracaso, patente hoy, no se ha debido a que hayan perdido poderío —éste sigue siendo formidable cuando escribo este libro— ni a las actuaciones de sus adversarios, sino a la incapacidad de sus sucesivos dirigentes para asumir con coherencia la supremacía que habían conseguido.

* * *

A LOS NUMEROSOS DETRACTORES DEL presidente Donald Trump les gusta creer que es con su mandato como ha empezado a

desintegrarse la categoría ética de su país. Desde mi punto de vista, el giro decisivo empezó mucho antes, en el mismo momento en que estaba concluyendo la guerra fría. Los Estados Unidos se hallaron entonces en una posición a la que ninguna otra nación había podido aspirar desde los albores de la Historia, la de la única superpotencia planetaria. Estaban en condiciones de colocar ellos solos los cimientos de un nuevo orden mundial; nadie ponía ya en duda seriamente su primacía.

El último dirigente de la Unión Soviética, Mijaíl Gorbachov, había tomado la resolución de que su país emprendiera el camino de la liberalización económica y política y se mostraba dispuesto a abandonar el imperio que había forjado Stalin al este de Europa tras concluir la Segunda Guerra Mundial. Ante esa situación inesperada, y que iba más allá de sus más locas esperanzas, los responsables estadounidenses podían elegir entre dos posturas. Bien acompañaban la evolución que había puesto en marcha Gorbachov, sosteniéndola económica y políticamente para facilitar la ardua y valiente transición que estaba realizando. O bien se aprovechaban de la manifiesta debilitación de la superpotencia enemiga para hacer que mordiera el polvo definitivamente.

Para los Estados Unidos era un auténtico dilema. Llevaban más de cuarenta años enfrentándose a un rival temible que se había opuesto a ellos en todas las latitudes y cuyo arsenal bélico suponía un peligro mortal para ellos. Ahora que el adversario había caído, ¿había que ayudarlo a levantarse? ¿No había más bien que aprovechar esa ocasión que se presentaba para librarse de él de una vez por todas? Era esta última opción la que parecía más realista y fue la que se adoptó. No hicieron nada para salvar a Gorbachov, dejaron que la Unión Soviética se disolviera y luego procedieron a desmembrarla. Varias de sus antiguas repúblicas se integraron en la Alianza Atlántica pese a las vehementes protestas de Moscú.

SE ALZARON EN WASHINGTON ALGUNAS voces para decir que era un camino errado. La más notable fue la de George F. Kennan, un

antiguo diplomático unánimemente respetado, tanto que se había convertido en una leyenda viva, en un icono. Fue él quien avisó a los Estados Unidos de la década de 1940, ingenuos aún en las relaciones con su aliado soviético, de que no debían ser demasiado confiados y que iba a ocurrir un enfrentamiento muy serio y muy largo entre los dos bandos mundiales; fue él también el primero en insistir en la necesidad de un dispositivo que fuera «un dique de contención» para la Unión Soviética, militar, político e ideológico, para limitar su expansión. En consecuencia, todo el mundo reconocía su papel decisivo en la victoria de Occidente, que remató en 1989 la caída del muro de Berlín. En todas partes lo alababan por ser uno de los principales diseñadores de la estrategia vencedora y un modelo de lucidez y de tenacidad.

Ahora que la ansiada victoria era un hecho, Kennan decía, en lo esencial, a sus compatriotas y sobre todo a los responsables que lo consultaban: «¡Que no se nos olvide por qué hemos peleado! Queríamos que triunfase la democracia sobre la dictadura y lo hemos logrado. Tenemos que sacar las oportunas consecuencias. ¡No podemos seguir tratando a nuestros enemigos de ayer como si fueran a seguir siendo enemigos para siempre!». Lo que caracterizaba al anciano diplomático era que su aborrecimiento militante del sistema soviético iba unido a un hondo amor por el pueblo ruso, por su cultura, por su literatura, y muy particularmente por Chéjov.

Por mucho que repitió que humillando a los rusos iba a favorecerse el auge de las corrientes nacionalistas y militaristas y entorpecerse el avance del país hacia la democracia, no quisieron escucharlo. Como sucede, por desgracia, con demasiada frecuencia, esa magnanimidad que preconizaba pareció, a la hora de la victoria, una postura débil e ingenua. La opinión que prevaleció fue que había que forzar la ventaja sin titubear, sin dejarse ablandar por escrúpulos éticos o lucubraciones intelectuales. Cuando el presidente Clinton le preguntó a uno de sus consejeros, en 1997, si no deberían escuchar las advertencias de Kennan, la respuesta que recibió fue que el

anciano diplomático se equivocaba y que los rusos acabarían por aceptar cuanto les impusieran porque no tenían elección.

HARÍAMOS MAL EN INCRIMINAR A este o a aquel presidente estadounidense o a sus consejeros. Pues la misión que les incumbía al acabar la guerra fría era ardua y delicada. No se trataba de interpretar un papel, sino de inventarlo de arriba abajo en un paisaje planetario inédito. Insisto en este punto que me parece esencial para entender cómo la gran nación norteamericana tomó un derrotero equivocado arrastrando consigo, en su estela, a toda la humanidad.

Convertirse para todos los países del mundo en algo así como una potencia «paterna» que guiase a unos y amonestase a otros, y sin más enemigos que quienes lo fueran del género humano, un sueño misionero tal siempre existió entre los responsables estadounidenses y se manifestó al acabar la Primera Guerra Mundial y, luego, al acabar la Segunda. Los Estados Unidos laboraron en pro de la reconstrucción de Europa con el plan Marshall y también con la transformación del Japón en una potencia pacífica y democrática.

Pero el objetivo que justificaba esos esfuerzos era precisamente el de enfrentarse mejor al desafío del comunismo soviético. La propia idea de una estrategia mundial que no estuviera centrada en la lucha contra un enemigo parecía absurda. Querer que todos los países del mundo se convirtieran en aliados o en protegidos iba en contra de todo cuanto se lleva haciendo en política desde la noche de los tiempos. La movilización es siempre contra alguien; contra alguien se afilan las armas y se edifican alianzas. El enemigo amenazador es con harta frecuencia, por desgracia, algo así como una estrella polar sin la que ya no sabemos dónde vamos, ni qué estamos haciendo, y ni siquiera quiénes somos. No soy de los que piensan que siempre va a ser así, pero llevamos funcionando tanto tiempo de ese modo que habría que ser muy creativo y muy audaz para imaginar otra forma de ver el mundo, a los demás y a uno mismo.

Fueron precisamente esa audacia y esa creatividad las que precisaban los dirigentes estadounidenses al final de la guerra fría. ¿Cuál debía ser la línea de conducta de una superpotencia que no tuviera ya rivales de su talla? ¿Cómo debía comportarse con sus antiguos enemigos? ¿Debía ayudarlos a cambiar y a rectificar? Y ¿con sus antiguos aliados? ¿Debía seguir tratándolos como a amigos y protegidos o tenía que ver, en cambio, en ellos a los rivales comerciales que efectivamente eran? Y ¿con el resto del mundo? ¿Tenía que interpretar el papel del proverbial «gendarme mundial» o dejar que las incontables naciones, tribus y facciones se enfrentasen entre sí como quisieran? Todas y cada una de esas posturas implicaban ventajas, riesgos e incertidumbres.

CON LA PERSPECTIVA DEL PASO del tiempo, se ve claramente que los Estados Unidos no supieron aprobar el difícil examen que les había puesto la Historia. Durante las tres décadas posteriores a su triunfo y a su entronización, fueron incapaces de fijar un nuevo orden mundial, incapaces de asentar su legitimidad como «potencia paterna» e incapaces de preservar su credibilidad ética, que está probablemente más baja hoy que en ningún otro momento de los últimos cien años. Sus adversarios de ayer han vuelto a ser sus adversarios, y sus aliados de ayer no se sienten ya realmente aliados suyos.

Ese desplome ético no ocurrió de una sola vez, sino tras una prolongada serie de traspiés, de desbarajustes, de arrepentimientos o de pasos en falso; y con varios presidentes sucesivos, cuyas opciones políticas estaban en el polo opuesto unas de otras.

A veces los Estados Unidos mostraron un frenesí intervencionista, como en la guerra de Irak en 2003; querían derribar regímenes, volver a fundar naciones, recomponer regiones enteras en función de su propia visión del mundo. En otros momentos, cansados de una tarea tan gravosa, que se habían impuesto a sí mismos imprudentemente, cambiaron por completo, prometiéndose no volver a intervenir, no volver a pisar un suelo cuajado de brasas y

dejar a la facciones locales que se destrozasen mutuamente ellas solas. Este último comportamiento alcanzó el paroxismo cuando, tras haber afirmado sin ambigüedad alguna que el empleo de armas químicas en Siria era una línea roja que no se podía cruzar y traería consigo una firme reacción de los Estados Unidos, el presidente Obama estimó que, en última instancia, no le parecía oportuno intervenir.

Es de temer que muchos predadores del mundo entero vieran en este arrepentimiento una promesa de impunidad.

HE MENCIONADO EN ESTAS PÁGINAS tres o cuatro episodios señalados; habría podido citar otros tantos. Igual que todos mis contemporáneos, he visto el despliegue en el escenario mundial, durante las últimas décadas transcurridas, de una Norteamérica de incontables rostros. Una Norteamérica generosa y una Norteamérica mezquina. Una Norteamérica arrogante y una Norteamérica timorata. Una Norteamérica herida, un 11 de septiembre, a la que sentíamos deseos de decirle cuánto la queríamos y cuánto precisábamos todo cuanto representaba y cuanto le había dado al resto del planeta. Luego, dos años después, una Norteamérica viciosa, cínica, destructiva, insoportable.

Si pretendo ser justo, no puedo por menos de añadir que semejantes conductas no habrían causado la misma indignación si procedieran de otro país. Pero de eso se trata. No se trata aquí de determinar si Washington se comportó, ante esta o aquella crisis, mejor o peor que Berlín, que París, que Moscú o que Pekín. Se trata de saber si los Estados Unidos han resultado dignos de interpretar con las demás naciones el papel de árbitro o de potencia tutelar. Y la respuesta a esa pregunta no puede ser sino negativa, desgraciadamente. El fracaso de los Estados Unidos ha sido patente, y no ha dejado de ir a más; ahora ya no parece fácil que pueda remediarse.

En esta delicada fase de la historia humana, se nota la necesidad de un «comandante» que se ocupe de la suerte del transatlántico

entero, no sólo de su propia suerte. Habría sido a la vez cómico y monstruoso que el comandante del *Titanic* hubiera vociferado por su bocina mientras el pasaje se abalanzaba hacia los botes salvavidas: «¡Apartaos! ¡Yo primero!».

5

¿HABRÍA SIDO EUROPA CAPAZ de asumir mejor que los Estados Unidos esa función «paterna»? ¿Sentar ella las bases de un nuevo orden mundial adaptado a las nuevas realidades, fijar las normas y las orientaciones y hacer que se respetasen en el resto del planeta?

Nunca lo sabremos, ya que el viejo continente no se hizo con los medios para interpretar ese papel. Pero sigo convencido de que habría podido ser al menos un «copiloto» concienzudo y capaz de apoyar lealmente a la fogosa Norteamérica al tiempo que se esforzaba en apaciguar sus ímpetus.

¿Por qué Europa? Por varias razones, ninguna determinante en sí misma, pero que, todas juntas, la predisponen a cumplir mejor que otros con esa responsabilidad histórica.

La primera razón es que fue en ese continente en donde nació la revolución industrial y también la civilización que llegó con ella; y, por lo tanto, y como quien dice, «el taller» donde se forjó la humanidad moderna. No supone ningún insulto para mi Levante natal, cuna de las civilizaciones más antiguas, reconocer que, desde hace dos o tres siglos, todo cuanto cuenta en su existencia —las ideas, las herramientas, las armas y también la forma de vida— le han llegado de Europa.

Cito «mi» Levante natal sólo a título de ejemplo. La civilización europea se ha convertido en referencia para todo el planeta. Puede resultar legítimamente irritante esa supremacía; y es sensato suponer que no será eterna. Pero nadie puede negar que esta civilización es hoy la norma en relación con la cual debemos

situarnos todos en vista de que su ciencia se ha convertido en *la* ciencia, su tecnología se ha convertido en *la* tecnología, su filosofía se ha convertido en *la* filosofía, su concepto de la economía no tiene ya rivales fiables y todo cuanto no haya tocado con la varita mágica de sus virtudes o con sus perjuicios se ha vuelto marginal, arcaico, invisible, algo así como si no existiera.

ESTA PREEMINENCIA QUE ACABO DE describir corresponde al conjunto del mundo occidental, por lo menos tanto a los Estados Unidos cuanto a Europa. Pero ésta cuenta, para poder desempeñar un papel «paterno» con el resto del mundo, con bazas añadidas de las que no dispone su «hija mayor» de allende el Atlántico, por muy dinámica y fuerte que sea.

Una de las grandes ventajas del viejo continente es que la Historia les inculcó a sus pueblos, frecuentemente con dolor, valiosísimas lecciones. No cabe duda de que conquistaron todos los pueblos del planeta y los tuvieron mucho tiempo bajo su dominio, pero acabaron por calibrar los límites de esa dominación, con lo que se volvieron más sabios, más responsables y también a veces, hemos de reconocerlo, más timoratos.

En la mayoría de los europeos, la arrogancia de los colonizadores ha cedido el sitio a una postura más circunspecta y más respetuosa con los demás.

* * *

NO MENOS IMPORTANTES DESDE MI punto de vista son las lecciones que el continente aprendió de sus heridas internas. Al intentar sobreponerse a ellas, empezaron a escribir una página esencial de la historia humana.

Nada más concluir la Segunda Guerra Mundial, los diseñadores del proyecto europeo comprendieron que apremiaba la reconstrucción del continente sobre cimientos muy otros para conseguir que los diversos pueblos superasen sus peleas seculares y

vivieran en adelante juntos como si fuesen las diferentes ramas de una misma nación.

La idea no era nueva, ya la habían expresado un siglo tras otro eminentes personalidades, como Erasmo y Victor Hugo, por no citarlos sino a ellos. Pero existen en nuestros días realidades específicas que otorgan al proyecto europeo un alcance universal.

Lo que caracteriza efectivamente al planeta en esta época nuestra es que está dividido, como Europa, en multitud de países independientes cada uno de los cuales tiene su historia, su novela nacional, sus lenguas, sus creencias, sus referencias culturales y también, con frecuencia, conflictos seculares con sus vecinos.

Sean o no conscientes de ello, para todos esos países, grandes o pequeños, ricos o pobres, resultaría muy conveniente traspasar los límites de su intimidad y garantizarse una firme presencia en el mundo integrándose en conjuntos amplios donde todas las naciones, todas las lenguas y todas las culturas pudieran proteger su existencia y su dignidad.

Eso implica, no obstante, la existencia de un modelo en el que pudiesen inspirarse esos países varios. Un «proyecto piloto» ya en vías de realización y que mostrase de manera concreta cómo romper con las conductas de antaño para vivir en adelante todos juntos bajo el mismo techo. Ahora bien, sólo el proyecto europeo podría haber brindado un modelo así puesto que precisamente ambicionaba la reunión de esos países que se habían enfrentado durante toda su historia y ahora estaban intentando edificar un porvenir común.

Si el viejo continente hubiera conseguido constituir sus propios Estados Unidos, le habría demostrado a toda la humanidad que un porvenir así era completamente plausible y no sólo una utopía o una quimera.

CIERTO ES QUE, PARA CONVERTIRSE en la encarnación plena de un modelo de referencia así, la Unión Europea habría tenido que convertirse en un Estado federal dotado de todos los atributos de una gran potencia global en los ámbitos político y militar y no menos

en el ámbito económico para poder contar con un peso real en la marcha del mundo. Pero no tuvo la voluntad necesaria. Seguramente a los pueblos no les apetecía mucho ese papel. Y seguramente los dirigentes de las diferentes naciones no querían renunciar a su pizquita de soberanía.

El drama para los europeos es que en este mundo despiadado en que vivimos quien renuncie a convertirse en una potencia fuerte acaba por permitir que lo zarandeen, lo maltraten y lo extorsionen. No se convierte en un árbitro respetado, se convierte en una víctima potencial y en un futuro rehén.

* * *

DE AHÍ ME VIENE LA inmensa frustración que siento hoy cuando pienso en el destino de mi continente adoptivo. Se creó la Unión, por supuesto, creció y supone un progreso inmenso respecto a la época anterior. Pero es un edificio frágil, inconcluso, híbrido y que ahora mismo se tambalea.

Digo «híbrido» porque los padres fundadores no supieron escoger entre los dos caminos que se les brindaban: el de una auténtica unión, plena e irreversible, siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos de América, o el de una simple zona de librecambio. Quisieron creer que esa decisión podría tomarse más adelante. Pero no se podía. El acuerdo que quizá habría sido posible adoptar entre seis o nueve partes no puede decidirse entre veintisiete o veintiocho. No si hay que adoptarlo por unanimidad, como sucede hoy con todas las decisiones fundacionales.

A decir verdad, hubo a la vez un exceso de democracia, al conceder a cada Estado un derecho de veto, lo que impedía cualquier acción audaz encaminada a una unión auténtica, y un déficit de democracia al escoger que se encomendase el poder en Bruselas a comisarios que nombraban los Estados antes que a un gobierno europeo elegido directamente por los ciudadanos de la Unión.

Unos pueblos con una prolongada práctica de la democracia no pueden identificarse con unos dirigentes que carecen de la unción de un voto popular.

QUEDAN MILES DE COSAS POR decir acerca de esta experiencia que era, desde mi punto de vista, una de las más prometedoras de toda la historia humana y que se está desflecando ante nuestra vista. Tal es, lo repito, una de las grandes tristezas de nuestra época. Incluso si sólo viera, de entre los acontecimientos del planeta, este desmoronamiento del sueño europeo, seguiría hablando de naufragio...

6

ES POSIBLE QUE ME haya excedido en la metáfora marítima dando a entender que, a falta de un «comandante» de fiar que lo dirija, el «transatlántico» de los hombres no podrá en ningún caso evitar el naufragio. Mil veces le han vaticinado a nuestra especie el apocalipsis, pero aquí sigue, más próspera, más creativa y más ambiciosa que nunca. A despecho de sus pulsiones destructivas y todas sus extravagancias. ¿Debería creer acaso en una «mano invisible» que, siglo tras siglo, nos preserva de la desaparición?

Aunque este enfoque no encaja con mi visión de las cosas, no puedo descartarlo sin más. Porque hay en él, debo reconocerlo, parte de verdad. Como todos los que vivieron en la época de la guerra fría, pasé décadas con la obsesión de un cataclismo nuclear que se consideraba inevitable. ¡Cuántas veces nos repitieron que los miles de ojivas que acumulaban las grandes potencias iban a causar irremediablemente, por culpa de un iluminado o por una sucesión de traspiés, un enfrentamiento generalizado que destruiría todas nuestras civilizaciones! Sólo un ingenuo, decían, podía pensar que el pulso entre ambos bandos planetarios concluiría sin una conflagración apocalíptica.

Eso fue, en cambio, lo que sucedió. El día en que uno de ambos protagonistas cogió ventaja, el perdedor se resignó a su derrota sin que se disparase ni un solo misil. Salimos indemnes de ese campo de minas como si nos hubiera guiado, efectivamente, una mano invisible. ¿Es acaso aberrante albergar la esperanza, ante los nuevos

peligros que asoman por el horizonte, de que nos bastará con fiarnos, una vez más, de nuestra buena estrella?

QUISE CREER DURANTE MUCHO TIEMPO en esa visión tranquilizadora de la Historia, e incluso hoy, pese a todas mis inquietudes, hay algo en mí que se aferra a ella todavía. Y no es por una fe ciega en la sensatez de los hombres, sino por una razón muy diferente que tiene que ver con el carácter específico de nuestra época y con las leyes por las que se rigen sus cambios.

Ese complejo fenómeno al que llamamos «mundialización» o «globalización» trae consigo, por la propia naturaleza de las tecnologías inherentes a él, un movimiento potente y profundo que impele a los diversos componentes de la humanidad a aproximarse entre sí. Esa vecindad forzosa, bien sea física o virtual, crea a la vez afinidades y aversiones. Desde mi punto de vista, una de las cuestiones capitales de nuestro tiempo es saber cuál de esas posturas prevalecerá a la postre. ¿Veremos retroceder y luego esfumarse las tensiones identitarias? ¿O las veremos agravarse en mayor medida aún, produciendo cada vez más fragmentación y más desintegración?

Cuando nos fijamos en los acontecimientos mundiales, nos llaman sobre todo la atención las manifestaciones de aversión. Porque son fuertes, desde luego; pero también porque se ven más, se oyen más, son más espectaculares. El movimiento inverso, el que procede de nuestras afinidades, es más sutil, mucho menos aparente, lo que nos mueve frecuentemente a subestimarlos. Se trata no obstante de una tendencia histórica robusta y vigorosa cuyos efectos pueden verse en todas las sociedades humanas.

Nuestros semejantes nunca fueron tan semejantes nuestros, siento la tentación de decir. Por mucho que se enfrenten, que se odien, que luchen entre sí, no pueden por menos de imitarse mutuamente. Estén donde estén, viven con las mismas herramientas en las manos, tienen acceso a las mismas informaciones y las

mismas imágenes, se hacen continuamente con costumbres y referencias comunes.

Aunque tiempo atrás tuviéramos una tendencia espontánea a repetir los mismos gestos que nuestros padres y nuestros abuelos, hoy tenemos más bien una tendencia espontánea a reproducir los gestos de nuestros contemporáneos. Nos cuesta admitirlo. Conservamos devotamente la leyenda que dice que la transmisión ocurre «en vertical» de una generación a otra, dentro de las familias, los clanes, las naciones y las comunidades de creyentes; siendo así que la verdadera transmisión es cada vez más «horizontal» entre contemporáneos, se conozcan o no, se gusten o se aborrezcan.

Esta visión de las cosas me ha parecido a menudo reconfortante, lo reconozco, en momentos de gran desvalimiento. Cuando observaba en torno cómo crecían las crispaciones identitarias o se desataban los odios, me tranquilizaba pensando que eran ya combates de retaguardia, los respingos de un mundo acabado ya, obsoleto ya, que ya estaba zozobrando y se aferraba desesperadamente a sus usos y sus prejuicios de antaño.

* * *

LO QUE ME INTRANQUILIZABA UN tanto, sin embargo, y me intranquiliza más aún en la actualidad, es que ese impulso unificador, aunque reside de forma inconsciente en el conjunto de nuestros contemporáneos, no reside conscientemente en nadie. Ese movimiento subterráneo es poderoso, pero «huérfano», por así decirlo, en el sentido de que la mayoría de nuestros contemporáneos, al tiempo que los modela, los cambia, los formatea esa ola unificadora que agujonean los adelantos tecnológicos, abraza sin embargo doctrinas que glorifican las peculiaridades.

Pese a sus conflictos y sus aborrecimientos recíprocos, nuestros contemporáneos se parecen, pues, cada vez más. Esta paradoja sería menos tranquilizadora si le diésemos la vuelta: los constantes progresos de la universalidad van acompañados de una debilitación

de todos los movimientos y todas las doctrinas que preconizan esa misma universalidad.

LA AFIRMACIÓN IDENTITARIA FUERTE, Y también agresiva con frecuencia, lleva siendo desde siempre un elemento esencial de la expresión y del concepto del mundo de esas fuerzas que navegan hoy viento en popa, las de las revoluciones conservadoras. Podemos comprobarlo casi en todas partes, en África y en Europa, en los países árabes y en Israel, en la India o en los Estados Unidos.

La conducta de algunas fuerzas tradicionalmente situadas a la izquierda no es menos preocupante; tiempo atrás enarbolaban la bandera del humanismo y del universalismo, pero en la actualidad prefieren preconizar luchas de cariz identitario, convirtiéndose en portavoces de diversas minorías étnicas, de comunidades o de categorías; como si al renunciar a construir un proyecto para la sociedad entera albergasen la esperanza de volver a ser mayoritarias al coaligar los resentimientos.

No hay en ello nada indigno ni reprehensible, tanto más cuanto que las reivindicaciones de las minorías oprimidas cuentan a menudo con una auténtica legitimidad ética. Pero al basar una estrategia en brechas así, se contribuye inevitablemente a la fragmentación y la desintegración.

ESTE CAMBIO DE PERSPECTIVA Y de lenguaje en los partidarios del progresismo es la consecuencia de un fenómeno que he mencionado ya en este libro, a saber, el giro del «equilibrio de fuerzas» intelectual en el mundo, con el auge inexorable de las fuerzas conservadoras que deciden a partir de ahora los términos del debate. A los perdedores no les queda más remedio que dar de lado sus propias «herramientas de pensar» para adoptar las de los ganadores, esforzándose en sacarles provecho al usarlas. Las doctrinas que glorifican la universalidad están tan desprestigiadas en las últimas décadas que todos los particularismos se han visto, en cierto modo, legitimados.

La culpa la tienen en primer lugar los bandazos del marxismo, pero no ha sido el único en padecer sus consecuencias. En la mayoría de las comunidades humanas se alientan hoy las afirmaciones identitarias y se consideran ingenuas, timoratas o incluso sospechosas las posturas más matizadas, más equilibradas, más ecuménicas. Aunque por ello hayan perdido el rumbo poblaciones que llevaban mucho en la vanguardia de la lucha por la universalidad. Basta con pasear la vista por sociedades que fueron durante mucho tiempo faros de toda la humanidad para poder calibrar la extensión de los daños.

Estoy pensando, por ejemplo, en los Países Bajos y en los países escandinavos, que fueron pioneros en la práctica de la apertura y la tolerancia, y a los que les cuesta cada vez más mantener el rumbo. Estoy pensando en Inglaterra, cuyo sistema político, que fue durante mucho tiempo un ejemplo para la tierra entera, está saltando por los aires hecho pedazos debido a una demagogia nacionalista que linda con la estafa. Estoy pensando también en Italia, cuya vida política e intelectual fue, para mi generación, referencia permanente y objeto de admiración y se está volviendo irreconocible.

¿NOS HALLAMOS ANTE REACCIONES EPIDÉRMICAS fruto de las tensiones del momento y que el tiempo eliminará? ¿O se trata de un fenómeno tenaz, duradero, difícilmente reversible y que puede arrastrar a los hombres a una espiral destructiva?

Mi impresión es que hemos pasado, en las últimas décadas, de un guion a otro. De un guion clásico, al que se atuvo frecuentemente el pasado —comunidades de orígenes diferentes que coinciden, codo con codo, que empiezan por desconfiar unas de otras y por cruzarse golpes antes de que sus relaciones se apacigüen y acaben por olvidarse de que fueron enemigas—, hemos caído en un guion en que ese *happy end* no está ya a la orden del día.

ENTRE LOS FACTORES DETERMINANTES DE esa caída se hallan las turbulencias políticas y éticas que llevan haciendo que se tambalee

el mundo árabe desde la gran derrota de 1967, que empeoraron allá por 1979 con la aparición de las revoluciones conservadoras de Oriente y Occidente y que, a partir del 11 de septiembre de 2001, hicieron que el planeta entero «derrapase», trayendo consigo reacciones en cadena que, en la actualidad, nos conducen hacia lo desconocido y, seguramente, hacia el naufragio.

Uno de los aspectos más preocupantes de ese derrape es «la deriva orwelliana» que afecta al mundo de nuestros días. Me disculpo con el escritor británico por esta atribución, pero desde mi punto de vista se trata de un homenaje, como cuando le damos a una patología el nombre del investigador que la identificó. Y que se esforzó en combatirla.

ENEMIGO DEL TOTALITARISMO, GEORGE Orwell quería alertar a sus contemporáneos de las tiranías por venir y de la utilización que éstas podrían darle a herramientas modernas para liquidar cualquier clase de libertad y de dignidad humana. La impactante parábola que creó en su novela *1984* no podía por menos de impresionar las mentes y moverlas a la reflexión. ¿Nos encaminábamos hacia un mundo en que el Gran Hermano lo vería y lo oiría todo, incluso nuestros pensamientos más íntimos? Un mundo en que estaría tan controlado el lenguaje, tan pervertido, que sólo se podrían ya expresar opiniones conformes con el pensamiento oficial? ¿Un mundo en que todos los gestos, todas las opiniones, todos los sentimientos los observaría y los juzgaría una autoridad onnipotente que asegurase actuar en nombre de los intereses superiores de la especie humana?

Nacido en 1903, Orwell pudo presenciar el crecimiento de los dos principales regímenes totalitarios del siglo xx, el de Stalin y el de Hitler. Se opuso a los dos; con las armas junto a los republicanos españoles y, luego, escribiendo. Pudo regocijarse con el desplome del nazismo, pero cuando falleció —prematuramente, en 1950, de tuberculosis—, el otro totalitarismo parecía en todo su apogeo. Stalin llevaba aún con firmeza las riendas del poder, aureolado con el prestigio de haber salido vencedor de la Segunda Guerra Mundial; sus ejércitos ocupaban media Europa; acababa de conseguir la bomba atómica y el desenlace del enfrentamiento entre Occidente y la Unión Soviética era incierto. La pesadilla que describió el escritor

arrancaba de la hipótesis de que una dictadura de tipo estalinista iba a dominar el mundo en general e Inglaterra en particular.

Si sus pulmones hubieran tenido cura, Orwell habría podido vivir perfectamente hasta el año emblemático de su obra y, más aún, hasta el hundimiento del régimen soviético. Habría asistido entonces a la celebración en vez de ser ésta un homenaje póstumo. Y habría acertado al alegrarse, puesto que la amenaza de que había avisado a sus semejantes parecía a la sazón definitivamente descartada.

HOY ESO ES ALGO QUE ya resulta menos seguro. El Gran Hermano salió por la puerta, pero, en cierto modo, vuelve por la ventana. No porque haya nacido otro poder totalitario, sino por un fenómeno más difuso, más pernicioso: el crecimiento inexorable de nuestras angustias referidas a la seguridad.

Con la escasa perspectiva con que contamos cuando estoy escribiendo estas líneas, está ya claro que el mundo tras los atentados del 11 de septiembre no volverá a parecerse nunca más al de antes. La guerra contra el terrorismo se diferencia de todas las anteriores, sobre todo de las dos guerras mundiales, así como de la guerra fría, porque no hay en ella una vocación de concluir. Es algo así como si le hubiéramos declarado la guerra al pecado o al Mal. No habrá nunca una posguerra. En ningún momento podremos bajar la guardia y proclamar que está descartado el peligro. Sobre todo cuando miramos lo que sucede en el mundo árabe musulmán. ¿En qué momento recobrará éste el equilibrio y la serenidad? La única certidumbre con la que podemos contar es que se precisarán varias décadas antes de que las cosas tengan alguna oportunidad de remediarse.

Nos espera una larga temporada de disturbios salpicada de atentados, de matanzas y de atrocidades varias; una temporada peligrosa por fuerza y traumática en cuyo transcurso una potencia como los Estados Unidos querrá, fuere cual fuere su administración en cada momento, protegerse, defenderse, perseguir a sus enemigos allá donde se escondan, oír todas sus conversaciones

telefónicas, vigilar cuanto escriban en Internet, controlar todas y cada una de sus operaciones financieras...

Es algo ineludible y no pueden evitarse los descarríos. Lo que se pretende es evitar que se les envíen fondos a los grupos terroristas. Pero se aprovechará también para comprobar si hay ciudadanos estadounidenses que estén defraudando a Hacienda. ¿Qué relación existe entre el terrorismo y el fraude fiscal? Ninguna. Pero, ya que se cuenta con la tecnología adecuada y con un buen pretexto para controlar, se controlará.

La intención es interceptar los contactos entre terroristas, pero se aprovechará para oír las llamadas de los competidores comerciales. ¿Qué relación existe entre los contactos de alguien que coloca bombas y los de un industrial italiano, francés o coreano? Ninguna. Pero si existe un buen pretexto para esa escucha y puede serles útil a las empresas estadounidenses, se escuchará. Se escucharán incluso las conversaciones privadas de los dirigentes alemanes, brasileños, indios o japoneses; y si al final se enteran, se disculpa uno y luego se los sigue escuchando tomando algunas precauciones más para que no se llegue a saber.

HE MENCIONADO EN PRIMER LUGAR a los Estados Unidos, pero también es cierto —o lo será en los próximos años— en lo referido a Rusia, China, la India, Francia y, de forma más general, a todos cuantos hayan sabido hacerse con las capacidades necesarias.

Es casi una ley de la naturaleza humana: todo aquello para lo que nos capacite la ciencia lo haremos antes o después, con el pretexto que sea. Al menos mientras las ventajas nos parezcan superiores a los inconvenientes.

* * *

TRAS DEJAR CONSTANCIA DE ESTAS inquietudes, y antes de expresar unas cuantas más, me apresuro a destacar que, por fortuna, el mundo en el que vivimos hoy no se parece aún al que describe la obra de Orwell.

De momento, los temores que podamos tener se refieren sobre todo a peligros potenciales. Las múltiples vigilancias que padecen nuestros contemporáneos suscitan irritación, incredulidad y a veces una legítima indignación; pero no, desde luego, espanto como el hundimiento de las dos torres neoyorquinas, el secuestro de las colegialas nigerianas por el siniestro «Boko Haram» o las decapitaciones filmadas. Ante tales abominaciones, nuestros demás temores se difuminan, por supuesto.

Pero hacemos mal en subestimar los peligros inherentes a una deriva «orwelliana». Porque cuenta con una característica que la convierte, a la larga, en tremendamente perniciosa.

EFFECTIVAMENTE, SIENDO ASÍ QUE LAS salvajadas asesinas nos hacen pensar en un retroceso hasta las horas sombrías del pasado, la deriva contra la que nos puso en guardia el autor de *1984* nos llega más bien desde el futuro, si decirse puede. Lo que la hace posible son precisamente los avances de la ciencia y las innovaciones tecnológicas que siempre la acompañan, como su sombra, pervirtiéndola. Nos parece que avanzamos y, en realidad, vamos derivando. Progresamos en muchos ámbitos, vivimos mejor y más tiempo. Pero algo vamos perdiendo por el camino. La libertad de ir y venir, de hablar y de escribir sin que nos vigilen constantemente.

Como el aceite de un depósito agujereado, nuestra libertad se escapa gota a gota sin que le demos importancia. Todo parece normal. Podemos incluso seguir circulando deprisa, tarareando. Hasta el momento en que el motor falla. El vehículo no volverá a andar.

He mencionado la vigilancia de las comunicaciones telefónicas y de las operaciones bancarias para decir que me intranquilizan los usos abusivos a los que las autoridades sienten la tentación de recurrir incluso en las grandes naciones democráticas. No son sino ejemplos de una deriva que va mucho más allá y que todos podemos observar en la actualidad en la vida cotidiana.

A veces tengo contactos por correo electrónico con amigos escritores o compositores. Y desde hace unos años ocurre, con mucha regularidad, un fenómeno. Mientras les escribo o leo sus mensajes, me aparece un aviso en la pantalla que me propone que compre sus libros o sus discos. Lo mismo sucede si menciono en mis correos a Simone de Beauvoir, a Saul Bellow o a Robert Musil. En el acto me aparecen avisos que me proponen que compre sus obras a un precio más económico.

La primera vez que me llamó la atención me quedé intrigado, e incluso me irritó; ahora ya me he acostumbrado, lo cual no quiere decir que me parezca bien el sistema. Precisa, para funcionar así, y tan deprisa, un acceso inmediato a lo que estoy escribiendo, un análisis de las palabras clave y la capacidad de mostrar en el acto en mi pantalla un texto que ha generado mi correspondencia.

No voy a entrar en detalles técnicos; no sé lo suficiente y, en cualquier caso, los cambios son tan rápidos en este campo que los usos que nos parecen ahora innovadores serán ya obsoletos, probablemente, dentro de dos años. Lo que seguirá siendo cierto, y lo será cada vez en mayor grado, es que todas las palabras que tecleamos en un ordenador, todas las palabras que decimos por teléfono, todas las imágenes que tomamos y conservamos en un soporte digital pueden verlas u oírlos unos desconocidos que tienen medios para analizarlas, almacenarlas y usarlas como quieran.

Además de oírnos, nos pueden localizar en cada momento del día y, a veces, filmar incluso merced a nuestros móviles, a las cámaras de vigilancia, a los drones, a los satélites y a otras herramientas sofisticadas que no dejarán de inventar. Así podrá saberse con precisión quién se ha reunido con quién, qué se han dicho, dónde ha pasado la noche cualquier persona y otras mil andanzas.

Personalmente, todo lo dicho no me supone un gran trastorno en la vida cotidiana. Sé que los programas que analizan el contenido de mis mensajes y abren avisos publicitarios en mi pantalla no son sino autómatas y que es poco probable que una mirada humana intente espiarme. No soy un maniático de los secretos y no me molesta

excesivamente que se sepa dónde compro los libros, el vino o las camisas y bajo qué techo paso la noche.

Pero no es preciso elaborar guiones alambicados para darse cuenta de que la posibilidad que tienen en la actualidad autoridades varias para meterse en la vida privada de nuestros contemporáneos puede desembocar en abusos intolerables. Ya se trate de agencias gubernamentales interesadas en vigilar las opiniones políticas de los ciudadanos o de sociedades privadas ansiosas de adueñarse de las incontables informaciones que proporcionamos —ese océano de datos que se ha tomado la costumbre de llamar macrodatos— para venderlas luego a precio de oro. Todo se convierte en mercancía; nuestros gustos, nuestras opiniones, nuestras costumbres, nuestro estado de salud, nuestras señas y las de las personas con las que tenemos trato, y otros mil elementos más.

Podríamos estar debatiendo hasta el infinito para saber en qué resulta realmente nociva esta «captación» de nuestras vidas y si no será sencillamente una característica irritante, pero inofensiva, del mundo moderno. Por mi parte, no puedo por menos de estimar que es malsana y susceptible de conducirnos a una cuesta abajo resbaladiza.

* * *

SE DIFUMINA CADA DÍA UN poco más la frontera entre lo que, en nuestra vida, sigue siendo privado y lo que se exhibe en la vía pública. Por lo demás, frecuentemente somos cómplices de ese acortamiento de nuestro propio espacio íntimo. Por deseo de comunicarnos y agradar, por mimetismo, por resignación o por ignorancia, permitimos la invasión. Pocas veces intentamos seleccionar entre lo que nos enriquece y lo que nos desposee, entre lo que nos hace libres y lo que nos hace esclavos.

Tenemos herramientas cada vez más perfeccionadas que nos proporcionan una sensación de prosperidad y omnipotencia; pero son como las pulseras electrónicas de los presos en libertad vigilada.

O como correas que llevamos al cuello sin preocuparnos por saber qué manos sujetan la otra punta.

¿Cómo extrañarse de que una deriva así pueda recordarnos a algunos el universo obsesivo de *1984*, con esos ojos incontables que van siguiendo a los habitantes por las calles, en las oficinas e incluso dentro de las casas, por cuenta del Gran Hermano y de su Policía del Pensamiento?

8

DESDE LA ADOLESCENCIA SENTÍ pasión por los relatos de Orwell, al tiempo que los examinaba con ojo crítico y selectivo. Siempre me pareció una obra maestra *Rebelión en la granja*, pero me atraía menos *1984*. No podía negarse que la idea tuviera mucha fuerza, pero, como ocurre con frecuencia en las novelas con tesis, la tesis asfixiaba un tanto la novela. A mayor abundamiento, cuando empecé a estar pendiente de lo que sucedía en el mundo, Stalin ya había muerto, acababan de sacar sus restos del mausoleo de la Plaza Roja e incluso le habían cambiado el nombre a Stalingrado; la amenaza de un estalinismo victorioso, del que nos avisaba el libro, no era ya muy creíble y la sirena de alarma que ponía en marcha no parecía justificada.

Me reconcilié con *1984* el día en que caí en la cuenta de que lo más importante de una obra literaria no era el mensaje que el autor había deseado enviarnos, sino los alimentos intelectuales y afectivos que cada lector podía sacar de ella personalmente. Por mi parte, de lo que tomé conciencia al volver a leer la novela al llegar a la edad adulta fue que existía el peligro para las sociedades humanas, por muy avanzadas que estuvieran, de verse un día atrapadas en un engranaje que pusiera en tela de juicio todo cuanto han edificado desde el principio de los tiempos.

CIERTO ES QUE LA FORMA que adopta hoy esa amenaza no es la que temía el autor. Sus representaciones mentales las condicionaban las realidades de su época: por estar al tanto de las derivas totalitarias

de su siglo, creía saber de dónde llegarían las tiranías futuras, en nombre de qué creencias gobernarían y por qué métodos se perpetuarían. En esto se equivocaba. Pero acertaba en lo esencial. Porque había en él, más allá de su aborrecimiento de las dictaduras tanto de izquierdas cuanto de derechas, una preocupación aún más básica: la de que se desviase la ciencia, se pervirtiesen los ideales y todo cuanto se suponía que debía liberar a la humanidad la esclavizase.

Fue esa preocupación la que nos transmitió con sus obras. Y sigue estando, por desgracia, completamente justificada. Si no en lo tocante a la pesadilla totalitaria que lo tenía obsesionado, al menos en lo tocante a otras pesadillas que seguramente lo habrían dejado horrorizado si hubiera podido imaginarlas.

Un mundo amedrentado donde la vigilancia cotidiana de todo cuanto hiciéramos vendría de nuestro deseo, real y legítimo, de vernos protegidos continuamente, ¿no es a la postre más preocupante que un mundo en que esa vigilancia nos la impusiera a la fuerza un tirano paranoico y megalómano?

En el pensamiento de Orwell, la apelación «Big Brother», «Gran Hermano», era por supuesto engañosa, como también lo era la de «padrecito de los pueblos» que a veces le encasquetaban a Stalin. Dar por hecho un carácter «fraterno» o «paterno» a las relaciones entre el opresor y sus víctimas no puede ser sino el fruto de una maligna perversión. Pero a quienes vivimos en el siglo XXI esos ojos electrónicos que nos siguen a todas partes no nos parecen hostiles.

Ante el mundo gesticulante que nos rodea sentimos cada vez más la necesidad de vivir seguros. Por eso no vemos a quienes asumen la tarea de protegernos como a unos opresores, sino como a auténticos «hermanos mayores». Por lo demás, no albergan ningún propósito maléfico; sus incursiones en nuestro universo privado suelen ser el resultado de una deriva en que van embarcados con nosotros.

¿ACASO NO HE RECONOCIDO QUE esas injerencias no me molestaban demasiado en mi vida cotidiana? Ciertamente es que, en general, me apañé bien con ellas, e incluso les veo a veces ventajas. Supongo que le sucede lo mismo a la mayoría de mis contemporáneos. Cuando nos enteramos de que han podido identificar a un malhechor gracias a unas cámaras que filmaban sin pausa las calles por las que había ido o que se ha podido demostrar que un dirigente era corrupto por sus facturas telefónicas detalladas, que en Francia se llaman cariñosamente *fadettes*⁷, nos sentimos tan contentos.

Sólo cuando nos enfrentamos a una invasión exagerada de nuestra intimidad nos rebelamos a veces y nos indignamos. Pero la indignación nos dura poco. Y no llega la sangre al río. Es como si nuestra capacidad de reacción estuviera entumecida o coartada.

En circunstancias diferentes de estas en las que vivimos en la actualidad, la mínima coerción de nuestras libertades nos habría provocado un estallido de ira. Que se nos pueda escuchar y filmar, que se puedan vigilar nuestras idas y venidas nos habría parecido completamente inaceptable; que alguien se permitiera en los aeropuertos registrarnos, escanearnos, obligarnos a quitarnos el calzado y los cinturones nos habría parecido insultante; se habrían formado ligas de ciudadanos para imponer a las autoridades estrictos límites.

Pero no es así como reaccionamos. Si me arriesgara a buscar en el vocabulario de la biología, diría que el resultado de lo que ha sucedido en el mundo en las últimas décadas ha sido «bloquearnos la generación de anticuerpos». Las injerencias en nuestras libertades nos escandalizan menos. Protestamos sin convencimiento. Tenemos tendencia a fiarnos de las autoridades protectoras; y, si a veces se exceden, les concedemos circunstancias atenuantes.

ESTE ENTUMECIMIENTO DE NUESTRO ESPÍRITU crítico es, desde mi punto de vista, una evolución significativa y muy inquietante.

He mencionado a veces en este libro el engranaje en que nos han metido a todos en este siglo. Recurriendo a esa idea de un «bloqueo

de los anticuerpos» es como podemos examinar de cerca el mecanismo del engranaje: la escalada de las tensiones identitarias nos causa unos temores legítimos que nos mueven a buscar la seguridad a toda costa, para nosotros y también para aquellos a quienes queremos, y a ponernos en guardia en cuanto nos sentimos amenazados. Y por ello bajamos la guardia ante los abusos en los que puede desembocar esa circunstancia de vigilancia permanente; bajamos la guardia cuando las tecnologías se meten en nuestra vida privada; bajamos la guardia cuando los poderes públicos modifican las leyes para volverlas más autoritarias y más expeditivas: bajamos la guardia frente a los peligros de una deriva «orwelliana»...

* * *

CADA GENERACIÓN TIENE QUE HALLAR un equilibrio entre dos exigencias: protegerse de quienes se aprovechan del sistema democrático para promover modelos sociales que acabarían con cualquier libertad, y protegerse también de los que estarían dispuestos a asfixiar la democracia so pretexto de protegerla. Ahora mismo no me parece que ese equilibrio se haya roto ya, pese a algunos bandazos en alguno de los dos sentidos; pero las perspectivas de futuro no son nada halagüeñas. Se ha puesto en marcha una dinámica que infantiliza y podría esclavizar; y será difícil frenarla; los avances tecnológicos le irán abriendo nuevos campos de acción y las amenazas que la justifican no van a desaparecer. Hay quienes ven en ello una empresa taimada, si no totalitaria, o al menos sí autoritaria y manipuladora; en lo que a mí se refiere, no veo, desgraciadamente, sino una consecuencia inevitable de los demonios identitarios que se desatan en el mundo y que hemos sido incapaces de domeñar.

Esta calamitosa dinámica podría incluso empeorar y acelerarse más de lo que hoy podamos concebir. No me atrevo a imaginar cómo se comportarían nuestros contemporáneos si el día de mañana nuestras ciudades se convirtiesen en dianas de ataques masivos que

incluyesen armas no convencionales, bacteriológicas, químicas o nucleares.

Tengo la esperanza de que no sucedan esos cataclismos, pero, por desgracia, no es una insensatez pensar que podrían ocurrir un día y que sus consecuencias en nuestras sociedades serían devastadoras.

INCLUSO AUNQUE CONSIGUIÉSEMOS DEMORAR indefinidamente semejantes abominaciones, la deriva continuará. Con cada escrutinio comprobamos que, en Europa, en los Estados Unidos y en otros lugares, los electores atienden ahora a quienes les dicen que habrá que protegerse por todos los medios en mucho mayor grado que a quienes los ponen en guardia contra el uso inmoderado de la fuerza y la obsesión por la seguridad. Es una actitud comprensible en los que temen que los tomen por diana y se consideran agraviados; queda por saber hasta dónde puede llegar esa aspiración a que lo protejan a uno sin poner en tela de juicio otras aspiraciones no menos legítimas.

La marcha del mundo, tal y como podemos observarla ahora mismo, no va a calmar, desde luego, los temores de nuestras sociedades en cuestiones de seguridad.

A decir verdad, no se me ocurre ni un solo guion en el que esa tendencia pudiera invertirse. Todo mueve a creer que seguirá adelante, y a veces de forma acelerada, pero siempre en la misma dirección: la de un agravamiento de los temores.

¿CÓMO SERÁN NUESTROS PAÍSES DENTRO de veinte años, o de cincuenta? Me habría gustado poder vaticinar que los cambios tanto del paisaje político cuanto del paisaje intelectual serán efímeros, que los temores relacionados con el terrorismo o las migraciones serán transitorios y que nuestras sociedades saldrán de esas pruebas más generosas, más tolerantes, más magnánimas. No es eso por desdicha lo que avistamos en el horizonte. Es de temer que nuestros contemporáneos y sus descendientes hagan cada vez más caso a las

voces que les digan que más vale vivir en una fortaleza de elevadas murallas y eficazmente protegida, incluso aunque para ello haya que dar de lado ciertas libertades y ciertos valores.

La humanidad tiene que elegir entre la libertad y la felicidad, y para la inmensa mayoría la felicidad es mejor, ponía cínicamente Orwell en labios de uno de los personajes de *1984*. Nadie nos va a presentar las cosas de forma tan cruda; pero, en el contexto de este siglo, un dilema así no parece ya del todo una insensatez.

SI ME HE DEMORADO en la deriva «orwelliana» es porque compromete el porvenir de la democracia, el del Estado de derecho y el del conjunto de los valores que dan sentido a la aventura humana. Pero esa amenaza, por muy angustiosa que sea, no es la única que asoma por el horizonte. En un mundo en descomposición en el que prevalece el egoísmo sacro de las tribus, de los individuos y de los clanes, muchas situaciones se complican y se emponzoñan tanto que ya es imposible gestionarlas.

Un ejemplo entre otros, y no de los menores: el de las alteraciones climáticas. Hay investigadores que llevan décadas avisándonos del calentamiento del planeta y de los cataclismos que podría causar; tierras inundadas y otras castigadas por la sequía, lo que entraña el riesgo de provocar migraciones en masa; quizá incluso un incremento acelerado de las temperaturas que ya no sería posible frenar y volvería la tierra inhabitable.

Nos avisan continuamente de que las medidas adoptadas hasta ahora para prevenir el desastre no bastan, que su incidencia es mínima y que las señales alarmantes se multiplican: el tamaño de los glaciares se reduce más deprisa de lo previsto, algunas corrientes marinas se comportan de forma errática, fenómenos meteorológicos extremos ocurren a un ritmo inaudito. Y al final de cada año nos enteramos de que ha sido el más caluroso del que se tenga constancia.

Ya sé que existen escépticos, y es legítimo que haya un debate. Pero cuando tantos investigadores respetables están tan

preocupados, al menos habría que plantearse que podrían no estar equivocados.

A DECIR VERDAD, YO ALBERGO la esperanza de que se estén engañando. Pues si, por desgracia y como me temo, sí estuvieran diciendo la verdad, entonces la catástrofe parece, en vista del estado de confusión que impera en nuestros días, difícilmente evitable. Este dirigente opina que los avisos de los investigadores no son sino jeremiadas que proceden de un enfoque ideológico mundialista y que hay que seguir dando prioridad absoluta a los rendimientos económicos; este otro considera que su país se esfuerza ya bastante y que son los países más industrializados o más contaminantes los que tienen que asumir su parte de la carga; el de más allá se contenta con anuncios virtuosos o con medidas de repercusiones mediáticas halagüeñas, sin preocuparse gran cosa por su efecto real...

Fueren cuales fueren las razones que se aleguen para no hacer nada o para hacer lo menos posible, está claro que el mundo de hoy, al que caracteriza una desconfianza creciente hacia las instancias internacionales y una exaltación del «sálvese quien pueda», es completamente incapaz de gestar el impulso solidario que sería necesario para enfrentarse a un peligro de esa magnitud.

Algún día recordaremos estupefactos que en diciembre de 2018, al caer la tarde de un sábado caótico en las calles de París, un presidente estadounidense se congratuló de que hubiese habido algaradas en las calles de la ciudad donde se firmó el acuerdo internacional sobre la lucha contra el calentamiento.

A ESTA AMENAZA CLIMÁTICA SE suma otra, menos inusual en lo que se refiere a la Historia pero no menos intranquilizadora: la escalada de armamento. Tras menguar después de que estallase la Unión Soviética, se ha reanudado ahora con brío renovado, sobre todo entre los países que sueñan con llegar a ser o con volver a ser

grandes potencias planetarias y los Estados Unidos, que están decididos a impedirselo.

Una nación enorme, como China, que se ha desarrollado a una velocidad vertiginosa en las últimas décadas, ambiciona, por supuesto, desempeñar un papel de primer orden en el escenario mundial. Cuenta para ello con recursos humanos, medios financieros y capacidad industrial; y está poniéndose al día a pasos agigantados en el retraso que tenía en determinadas tecnologías militares punteras. Dispone también de un sistema político capaz de planificar a largo plazo, una baza que escasea mucho en el mundo de hoy.

La competencia entre Pekín y Washington, cuyas primicias estamos presenciando, será, forzosamente, enconada; adoptará con frecuencia el aspecto de guerra comercial, mediática, diplomática o cibernética y la acompaña ya una desenfrenada carrera armamentística, en la tierra y en el espacio.

Rusia tiene también la intención de desempeñar un papel más importante. Salió de la guerra fría arruinada, humillada y desmoralizada; y se está esforzando ahora en volver a conquistar el terreno perdido, políticamente, como en Siria, o incluso geográficamente, como en Crimea. También Moscú ha iniciado un pulso con Washington y con el resto de Occidente en varios terrenos.

A estas grandes potencias se suman otras, que tienen la ambición de desempeñar un papel mundial o regional más firme y también van a participar en la escalada armamentística. Estoy pensando en la India, en Pakistán, en Turquía, en Irán y también en Israel, sin olvidarme de Francia, de Alemania, de ambas Coreas y del Japón.

SEMEJANTE «CONTIENDA» NO CARECE DE precedentes. En todos los siglos hemos visto a algunos países codiciar una plaza de mayor importancia y a otros replicar, volver a conquistar o, al contrario, retroceder y luego venirse abajo. Sus enfrentamientos eran, por lo demás, mucho más feroces que los nuestros.

Lo que convierte nuestra época en más peligrosa es que, precisamente por nuestros progresos científicos, ha cundido una destreza perniciosa en el conjunto del planeta y continuamente se desarrollan nuevas herramientas de muerte. Muchos Estados las tienen o intentan conseguirlas, así como también movimientos extremistas o incluso organizaciones mafiosas.

En consecuencia, cuesta más evitar los derrapes y sus consecuencias podrían resultar devastadoras. ¿Cómo no recordar con angustia las «bombas sucias» capaces de liberar sustancias radiactivas y contaminar por mucho tiempo provincias enteras o, peor aún, esos frascos cuyo contenido nos dicen que podría acabar con toda la población de una ciudad?

Hay muchos protagonistas en el mundo que sueñan con acabar de una vez por todas con sus enemigos jurados y, en determinadas circunstancias, corremos el riesgo de que pasen a la acción. ¡Sólo nos queda albergar la esperanza de que no tengan nunca esa posibilidad!

* * *

LAS COSAS MEJORES QUE SABE hacer la humanidad las corrompen las cosas peores: tal es la trágica paradoja de nuestro tiempo y se cumple en muchos sectores.

Incluso los avances médicos más prometedores y más beneficiosos para el porvenir de nuestra especie pueden volverse peligrosos en un mundo en descomposición. Si el día de mañana la ciencia consiguiera controlar el proceso de envejecimiento de las células, así como el de la sustitución de los órganos, y, por lo tanto, prolongar considerablemente la duración de la vida, ¿no sería acaso, innegablemente, una evolución fascinante? Pero también sería aterradora en vista de que de esas costosas técnicas sólo se beneficiaría una fracción ínfima de la población mundial, al menos durante dos o tres generaciones; y esa minoría de elegidos se apartaría entonces del grueso de sus contemporáneos para formar

una humanidad diferente con una longevidad muy superior a la del común de los mortales. ¿Cómo transcurriría esa disparidad, la culminación suprema de todas las desigualdades? ¿Se conformarían con su suerte los excluidos de esa longevidad? Podemos suponer, antes bien, que su ira sería aún mayor y soñarían con una revancha sangrienta.

¿Y los privilegiados? ¿No sentirían acaso la tentación de encerrarse tras unas elevadas murallas y liquidar sin compasión a quienes los amenazasen?

ESTA PERSPECTIVA PUEDE PARECER LEJANA, pero hay otra que va en el mismo sentido y que, en lo que a ella se refiere, está muy cerca e incluso en camino de realizarse. Me estoy refiriendo a los avances prodigiosos de la inteligencia artificial, de la robotización y también de la miniaturización, cuya consecuencia es traspasar a máquinas sofisticadas incontables actividades que hasta ahora eran exclusividad de los humanos.

Los orígenes de esta evolución son, por supuesto, muy antiguos; se remontan a los comienzos de la era industrial. En aquellos tiempos, la mecanización, muy criticada e incluso a veces satanizada, resultó no obstante beneficiosa pues permitió reducir los costes y estimular la producción al tiempo que liberaba a los trabajadores de las tareas más ingratas. Pero lo que sucede en nuestros días tiene otro carácter. No son sólo los ademanes rutinarios lo que se intenta reproducir, sino la inteligencia humana con su increíble complejidad la que se imita a partir de ahora y, progresivamente, se supera.

Como todo el mundo sabe, el mejor jugador de ajedrez es ahora un ordenador, de la misma forma que también es el mejor jugador de go. Y sólo son dos gallardetes sin importancia clavados en la punta visible del iceberg.

QUE LAS MÁQUINAS SUSTITUYAN A los hombres es algo que, por descontado, ocurre cada vez con mayor frecuencia en todos los

sectores de actividad, bien sea en el transporte, en el comercio, en la agricultura, en la medicina o, desde luego, en la producción industrial. Hay ya robots conductores, robots repartidores, robots recepcionistas, robots cajeros, robots intérpretes, robots cirujanos, robots aduaneros, etc. La lista es interminable y no deja de crecer con los progresos de la investigación. Todo lleva a creer que «nuestros primos mecánicos» serán en el futuro omnipresentes en nuestras casas, en nuestras calles, en nuestras oficinas, nuestras tiendas y nuestras fábricas.

Empleo constantemente la palabra «robot», aunque a veces no sea la adecuada. Las máquinas dotadas de cierto grado de inteligencia o de maña no siempre tienen apariencia humana, y aunque algunas cuenten con brazos, piernas, cabeza y voz, otras muchas tienen sencillamente aspecto, luces y chasquidos de máquinas. Pero esa palabra en sí, que han adoptado tal cual numerosas lenguas, ha conservado de sus orígenes checos la idea mítica de un trabajo del que el hombre se descarga en una criatura fabricada a su imagen y semejanza porque le resultaría penoso, desagradable o físicamente imposible hacerlo por sí mismo.

El día de mañana, cuando se quiera explorar Marte, Júpiter y Saturno, o planetas más lejanos aún, situados fuera del sistema solar, ¿a qué astronautas podrían enviarse sino a robots? Sólo ellos serían capaces de llevar a cabo misiones de treinta o de ochenta años en condiciones atmosféricas insostenibles para nosotros. Y sólo ellos podrían fundar una base permanente en nuestra luna sin que los preocupase la escasez de oxígeno.

De la época de los astronautas humanos no quedaría ya sino el recuerdo de un tiempo heroico, el de los primeros tanteos.

ES PROBABLE QUE OCURRA UN fenómeno semejante en el ámbito militar, al menos en los países más ricos. ¿Por qué iban a enviar a sus soldados a la muerte, siendo así que las mismas misiones podrían llevarlas a cabo unos robots con la asistencia de drones? Da la impresión de que estoy cayendo en la ciencia ficción, pero se trata

de un tema que algunos Estados se están planteando ya y en el que trabajan a diario unos cuantos investigadores.

Existen, desde luego, tareas que un soldado humano puede desempeñar mucho mejor que un autómatas. Pero lo contrario es aún más cierto. Un robot se puede programar para que corra a cien kilómetros por hora y puede tener el tamaño de una ardilla, de un elefante o de una rata. Tiene sobre todo la inmensa ventaja de no causar ningún alboroto en el frente interno si «muere» en combate. Ni bolsas para meter el cadáver, ni ataúdes cubiertos con una bandera, ni familias de luto, ni veteranos traumatizados, ni manifestaciones para exigir que «nuestros hijos» regresen. Por supuesto, seguiría habiendo víctimas en el campo contrario, pero ése es un problema de otro orden que a los dirigentes les cuesta muy poco gestionar política y mediáticamente.

A VECES INTENTAMOS TRANQUILIZARNOS recordando que detrás de todos esos robots, por muy perfeccionados que estén, siempre se hallan la mano y el cerebro del hombre. Sí, no cabe duda, pero no se trata de eso. No se trata de saber si los Humanos, con mayúscula, seguirán siendo necesarios; se trata de saber cuántos humanos necesitaremos aún dentro de veinte años, o de cuarenta. Si la tendencia actual a la robotización continúa, cientos de millones de empleos acabarán por desaparecer y, dentro de unas cuantas décadas, sólo una reducida fracción de nuestros congéneres tendrán arte y parte en la producción de las riquezas.

¿Qué iba a ser entonces de los demás, de otros miles de millones? Apartados del mundo del trabajo, al margen y literalmente «en desuso», ¿cómo vivirían? ¿Los mantendría, en nombre de la solidaridad humana, la minoría «útil»? ¿No corremos el riesgo de que ésta los vea más bien como algo superfluo, como un estorbo, como unos parásitos, como potencialmente perjudiciales?

La mismísima noción de humanidad, pacientemente construida al hilo de los milenios, quedaría entonces vacía de sentido.

* * *

ACABO DE PASAR REVISTA A algunos de los peligros con los que estamos o estaremos enfrentados en el presente siglo. ¡Habría podido hablar de tantos otros!

Algunos de ellos tenían que salirnos forzosamente antes o después al camino, en vista de que son la consecuencia directa de los progresos de nuestros conocimientos; otros se deben más bien a los extravíos que hemos visto en las dos últimas décadas.

Está claro, en cualquier caso, que hemos entrado en una zona de borrascas, imprevisible, arriesgada y que parece destinada a durar. La mayoría de nuestros contemporáneos han dejado de creer en un porvenir de progreso y prosperidad. Vivan donde vivan, se sienten desconcertados, rabiosos, amargados, sin norte. No se fían del hervidero mundial que los rodea y sienten la tentación de dar crédito a extraños fabuladores.

A partir de ahora son posibles todos los descarríos, y ningún país, ninguna institución, ningún sistema de valores ni ninguna civilización parece capaz de cruzar por estas turbulencias y salir indemne.

6 Versión castellana de Antonio Fernández Lera.

7 Palabra formada con las primeras sílabas de *facturas detalladas* de los operadores telefónicos y que usa la policía judicial; y que coincide en francés con un hipocorístico y con el nombre de un personaje entrañable de George Sand. (N. de la T.)

Epílogo

No siempre lo peor es cierto.

Pedro CALDERÓN DE LA BARCA (1600-1681)

Comedia (entre 1648 y 1650)

CUANDO EMPECÉ ESTA MEDITACIÓN sobre la época desconcertante que me ha tocado vivir, me prometí no hablar de mí sino cuando hubiera sido, directamente o a través de allegados, testigo ocular de los hechos; y sólo si podía aportar, con un relato en primera persona, un punto de vista útil. Lo que menos quería era salirme de mi papel de espectador ni dar a mi enfoque propio un lugar desorbitado.

Más de una vez hice un alto, incluso, entre dos capítulos para asegurarme de que no padecía una «ilusión óptica» y que era de verdad el mundo el que estaba naufragando y no sólo mi mundo: el Egipto de mi madre, el Líbano de mi padre, mi civilización árabe, mi patria adoptiva, Europa y también mis ideales de universalidad. Pero en todas las ocasiones volví a poner manos a la obra, convencido de que, por desgracia, no me estaba equivocando.

No, no es la nostalgia la que habla por mi boca, es mi preocupación por el porvenir; es mi legítimo temor a ver a mis hijos, a mis nietos y a sus contemporáneos vivir en un mundo de pesadilla. Y es también mi temor de ver desaparecer todo cuanto presta sentido a la aventura humana.

Cuando mencioné, en el primer párrafo de este libro, la civilización moribunda en cuyos brazos nací, no pensaba sólo en la de Levante. No cabe duda de que estaba algo más moribunda que otras, por así decirlo: siempre fue frágil, titubeante, evanescente y ahora está en ruinas. Pero no es la única que reivindico ni la única de la que me nutrí, ni la única tampoco que amenaza ahora con naufragar.

No puedo por menos de añadir, en lo tocante a mi civilización originaria, que si su desaparición es forzosamente una tragedia para quienes crecieron en su seno, apenas si es menos trágica para el

resto del mundo. Sigo, efectivamente, convencido de que si el Levante plural hubiera podido sobrevivir y prosperar y florecer, el conjunto de la humanidad, con todas las civilizaciones fundidas en un solo crisol, habría sabido evitar la deriva que estamos viendo en nuestros días.

Fue desde mi tierra natal desde donde empezaron las tinieblas a extenderse por el mundo.

ESTA ÚLTIMA FRASE HABRÍA DUDADO en escribirla hace unos años, me habría dado la impresión de estar extrapolando burdamente a partir de mi propia experiencia y la de los míos. Hoy no cabe ya duda de que las convulsiones que estremecen el planeta están directamente vinculadas a las que conmocionaron al mundo árabe en las últimas décadas.

No llegaré a decir que las llamas que incendiaron el centro de El Cairo en enero de 1952 y las que incendiaron las dos torres neoyorquinas medio siglo después pertenecen al mismo incendio. Pero todo el mundo puede percatarse ahora de que existe una relación de causa-efecto entre el naufragio de «mi» Levante natal y el de las demás civilizaciones.

DURANTE MIS SETENTA AÑOS DE vida he podido presenciar, de cerca o de lejos, una sucesión interminable de acontecimientos. Ahora los abarco todos con la mirada como si todos fueran parte del mismo fresco. Capto las líneas de fuerza, la mezcla inextricable de colores, las zonas de sombra, las sinuosidades, y tengo la sensación de poder «desencriptar» mejor que antes el universo que me rodea.

No negaré que a veces me he pasado de temerario al dar a evoluciones complejas fechas demasiado concretas; cuando he escrito, por ejemplo, que la desesperación árabe nació el 5 de junio de 1967 o que «el año del gran vuelco» del mundo fue 1979. Habría podido limitarme a formularlo de forma más aproximativa y que fuera menos fácil de contradecir. Pero quise dar prioridad a la urgencia, la eficacia y la claridad. Me fie de mi intuición de testigo

cercano y atento con la esperanza de que las semillas ciertas que encierran mis imprudentes afirmaciones le resultasen útiles a quien quiera entender realmente los dramas que asoman en el horizonte.

* * *

AL ENARBOLAR, COMO HE HECHO en este libro, el fantasma de un naufragio inminente, ¿no me he arriesgado a desesperar a quienes me lean?

Mi intención no era, desde luego, predicar el desánimo, pero es obligación de todos, en las gravísimas circunstancias por las que estamos cruzando en este siglo, conservar la lucidez y la sinceridad y seguir siendo merecedores de confianza. Cuando, para calmar los temores de nuestros contemporáneos, escogemos negar la realidad de los peligros y minusvalorar la ferocidad del mundo, nos arriesgamos a que los hechos nos desmientan a no mucho tardar.

Si las carreteras del porvenir están cuajadas de trampas, la peor forma de comportarnos sería seguir andando con los ojos cerrados y mascullando que todo saldrá bien.

TENGO LA CONVICCIÓN, POR LO demás, de que sigue siendo posible una reacción. Me resulta difícil creer que la humanidad vaya a resignarse dócilmente a la destrucción de todo cuanto ha construido. Todas las sociedades humanas y todas las civilizaciones salen perdiendo con derroteros cuyo rumbo se extravía de esa forma y todas saldrían ganando si se enderezase ese rumbo. El día en que tomemos conciencia de ello, las conductas cambiarán radicalmente, se enmendará la deriva y aparecerá una dinámica saludable.

Es pues necesario, e incluso imperativo, dar la alarma, explicar, exhortar y avisar. Sin cansancio, sin indulgencia, sin desaliento. Y sin saña sobre todo. Recordando continuamente que los dramas que ocurren en nuestros días son el resultado de una maquinaria cuyos dispositivos no controla nadie y que nos arrastra a todos, pobres y ricos, débiles y poderosos, gobernados y gobernantes, lo queramos

o no y cualesquiera que sean nuestras filiaciones, nuestros orígenes o nuestras opiniones.

Más allá de las peripecias y de las urgencias de la actualidad cotidiana, más allá del alboroto de este siglo y sus charloteos ensordecedores, existe una preocupación esencial que debería guiar permanentemente nuestras reflexiones y nuestras acciones: ¿cómo convencer a nuestros contemporáneos de que, al seguir presos de los conceptos tribales de la identidad, de la nación o de la religión o al seguir glorificando el egoísmo sacro, les están preparando a sus propios hijos un porvenir apocalíptico?

En un mundo en que las diversas poblaciones viven codo con codo y en que tantas armas devastadoras están en incontables manos, no puede darse rienda suelta a las pasiones y las avideces personales. Si nos imaginamos que, en virtud de algún «instinto colectivo de supervivencia», van a desaparecer por sí mismos los peligros, eso no es prueba de optimismo y de fe en el porvenir; es vivir en la negación, la ceguera y la irresponsabilidad.

* * *

DE TODOS Y CADA UNO de los peligros que he mencionado en este libro hemos tenido, en estos últimos años, vistas previas reveladoras y a veces incluso esbozos angustiosos, algo así como un anticipo de lo que podría suceder mañana si no se enmienda la deriva. ¿Sabremos sacar la moraleja antes de que esas calamidades se nos vengán encima? ¿Tendremos la fuerza de ánimo de recobrarnos y enderezar el rumbo antes de que sea demasiado tarde?

No quiero perder esa esperanza. Qué triste sería que el transatlántico de los hombres siguiera navegando así hacia su perdición, inconsciente del peligro, convencido de ser indestructible, como tiempo atrás el *Titanic*, antes de hundirse, en la oscuridad, al chocar contra su fatídica montaña de hielo, mientras la orquesta tocaba *Más cerca de ti, oh Señor* y el champán corría a raudales.

Título original: *Le naufrage des civilisations*

Edición en formato digital: 2019

© Éditions Grasset & Fasquelle, 2019
© de la traducción: María Teresa Gallego Urrutia, 2019
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9181-682-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es